

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS II (1968 - 1985)



¿Te acordás?
¿Dónde estabas?
¿Quién te lo contó?

Cuando hablamos de memoria y DDHH, pensamos también en la verdad, la justicia, y la reparación integral. Está todo vinculado.

La reparación para que sea integral debe abarcar la memoria, la cultura, la educación, el reconocimiento público, lo económico, la salud, la verdad y la justicia. La lucha por la verdad y la justicia debe ser algo permanente. Es algo de toda la sociedad, porque el terrorismo de Estado afectó a la gran mayoría de nuestro pueblo. El país fue una gran cárcel. Es responsabilidad del Estado esa reparación, ya que fue él quien cometió dichas violaciones. El terror político en nuestro país fue aplicado desde la década del 60. La represión recrudeció a principio de los 70, con un pico en el 72. A partir del golpe de estado del 27 de junio de 1973, el gobierno cívico militar ejerció la violencia sistemática y generalizada a través de las armas y la anulación de los derechos de los ciudadanos, incluso el de la vida. La tortura, las violaciones, el asesinato, la desaparición y la prisión prolongada fueron lo habitual de los años duros.

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS II (1968 - 1985)

Organizado por:



ISBN: 978-9974-93-6
Todos los derechos reservados.
Compilación: Nibia López.
Diseño y diagramación: Tatiana Taroco

TE INVITAMOS A SEGUIR CONTANDO

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS 1968 -1985

Esta iniciativa de CRY SOL (Asociación de expres@s polític@s de Uruguay), ya en su segundo tomo, nos invita a contar historias vividas, o historias que nos hayan contado. Todas esas vivencias que aún no han sido contadas y que merecen ser conocidas por más simples que parezcan.

No es válido aquello de que “no sé escribir”. Esto no es un concurso literario, son simples crónicas de algo vivido o que nos contaron. Ya sean relatos del exilio, el incilio, las cárceles o cuarteles por donde pasaron muchos compatriotas.

Como decimos, la gran mayoría de la población sufrió el terrorismo de Estado de distintas formas. Solo una minoría se benefició de ello.

Pensemos que cuanto más compartimos nuestras experiencias, nuestras pequeñas historias, más rica se torna esta historia no oficial que intentamos construir entre todos, en total igualdad de condiciones, sin requisitos, sin nutridos currículums. Contemos lo que hemos vivido, y estaremos aportando al conocimiento de nuestra historia cotidiana de esos años duros. Con ello contribuimos al conocimiento de ese pasado con la idea del nunca más, buscando conocer la verdad, combatiendo la cultura de la impunidad, haciendo memoria. Para que nuestros hijos y nietos no tengan que pasar por eso.

**POR VERDAD, MEMORIA, JUSTICIA REPARACIÓN Y NUNCA MÁS
TERRORISMO DE ESTADO**

PRÓLOGO

El Uruguay venía de una elección donde se volvía al sistema presidencialista luego de dos períodos colegiados.

Era la época de inicio del “pachecato”, un gobierno con medidas prontas de seguridad, con clausura de diarios y militarización de trabajadores. El 68 fue el año de inicio de una predictadura de nefastas secuelas.

A partir de entonces el país vivió horas muy dramáticas, de persecuciones, de miedo. De desapariciones en “plena democracia”, antes del definitivo golpe de estado.

Durante el período definido como Terrorismo de Estado, alrededor de doscientos uruguayos fueron secuestrados y desaparecidos en el marco del Plan Cóndor. Este plan fue ideado e impulsado desde los Estados Unidos, aplicado dentro y fuera de nuestras fronteras por parte de los servicios represivos. Dos de estas desapariciones, Abel Ayala y Héctor Castagnetto, fueron cometidas por el Escuadrón de la Muerte cuando gobernaba Jorge Pacheco Areco. Mientras que a Gomensoro Josman lo desaparecieron en marzo de 1973 cuando gobernaba Juan María Bordaberry, el resto de las desapariciones ocurrieron luego del golpe de Estado del 27 de junio de 1973.

Si bien el miedo estuvo instalado durante todos esos años, así como fue permanente el accionar de los represores, siempre hubo acciones individuales y colectivas que de alguna manera resistían a la represión y el terrorismo.

Las secuelas de esa etapa de nuestra historia son múltiples y diversas. Pero sabemos que están presentes en la mayoría de quienes vivimos aquellos hechos. Es más, hay mucha gente que lo niega, y la secuela está justamente allí, en esa negación, dado que es imposible salir siendo la misma persona después de haber vivido bajo un régimen de terrorismo por parte del estado.

Hay muchas historias no contadas de la resistencia que merecen ser conocidas.

En el primer tomo hemos recogido veitiocho crónicas y en este segundo tomo las hemos superado.

Reafirmamos nuestra voluntad de promover la democracia y la vigencia de los derechos humanos mediante la recuperación, construcción y difusión de la memoria colectiva a través de los relatos.

Esperamos seguir con muchos tomos más.

Nibia López y Baldemar Taroco

Cuando llegamos, en abril de 1974, más de 20 compañeros, al Penal de Punta Carretas, la atención médica y odontológica era muy limitada y peculiar.

A pesar de que existía, dentro de muros, el Hospital Penitenciario, a partir de una fuga efectuada desde el hospital mismo, el acceso era muy difícil y restringido a sus, por otra parte, limitadas atenciones.

Esto era subsanado, en parte, con mucho tesón, por compañeros del área médica detenidos en el área del Penal dedicada a presos políticos, la llamada 'Tercera Especial'.

Contando con que eso les evitaba el traslado hacia el edificio del hospital, las autoridades habían autorizado que, dentro de la Tercera, se pudiera trasladar, por rato limitado, presos de una celda a otra, para ese objetivo. Así 'los galenos' recorrían sus 'pacientes'.

En materia dental, cuando llegamos, estaba allí detenido el odontólogo Dr. Barone. En su celda, con limitadísimos y artesanales recursos, y algunos pocos materiales y sustancias que le podían hacer llegar colegas, atendía a los compañeros.

Muchas veces, para limpiar una dolorosa carie, la herramienta principal era una de tallar hueso.

A los pocos meses, Barone fue 'flauteado' (trasladado) al Penal de Libertad y la Tercera Especial sufrió las consecuencias.

Con el correr de los días, los dolores de muelas fueron apareciendo con caries que avanzaban. El hospital tenía una sola solución: la extracción del diente afectado. No era muy útil para compañeros con años por delante...

No faltó entonces quien intentara convencer al compañero de celda de Barone de que lo intentara.

— Dale Conejo, no doy más!. Vos le ayudabas a Barone y viste como hacía!

Los casos aumentaban y finalmente el Conejo (Roberto Arnoso), decidió intentarlo.

Un primer compañero sometió su carie al trabajo del Conejo que, con las

herramientas de tallar hueso, ninguna anestesia y mucho esfuerzo y voluntad (y aguante de los involucrados!), comenzó a despejar algunos problemas....

Otros compañeros pidieron algún texto explicativo a dentistas amigos y hasta alguna fresa de dentista se empalmó a una funda de birome plástica y se agregó a las opciones.

El Conejo avanzaba, pero con las limitaciones fácilmente imaginables.

Un día hubo una fuerte novedad: entre los presos que llegaron ese día, a raíz de ‘antecedentes universitarios’, estuvo el Decano de Odontología, Dr y Profesor Julián González Methol y un consejero de Odontología, el Profesor Dr. Artagnan Salerno.

Les contaron lo que hacía el Conejo y a los dos días, fueron autorizados a agregarse a concurrir a los tratamientos.

Lo que vieron los impactó y valoraron mucho el trabajo del Conejo. Para ellos era imposible trabajar con esos medios, pero se dedicaron, en especial Salerno, a quien el Decano encomendó el tema, a capacitar al Conejo. Anatomía de la zona, los músculos y nervios de la zona, mejores formas de proceder, aún con herramientas limitadas. En pocas semanas se fueron, pero el Conejo ya era Gardel! Incorporando las instrucciones y la validación recibida, pudo encarar más temas que los iniciales. La Tercera tenía dentista!

Al poco tiempo, sus dos compañeros de celda, con algunos datos previos y mucha voluntad (Gonzalo Ares y Héctor Sosa, ‘Sosita’), se pusieron a avanzar en mecánica dental, para permitir reponer algún diente y, muy especialmente dentaduras enteras a cros que no tenían diente alguno.

El primero fue el viejo Corujo (Eduardo Luján) que, de boca totalmente vacía, pasó a bajar un día al Patio 23 luciendo con orgullo una completa dentadura que los compañeros le habían hecho a medida. Nuevamente con aportes de dentistas amigos que mandaban materiales a Punta Carretas (entre ellos el querido Juancho Blengio). Y, por supuesto, de los familiares, que compraban los acrílicos, dientes y otros requerimientos, con admirable esfuerzo y dedicación.

A las caries curadas se agregaron las dentaduras necesarias. Luego de las dos primeras, Gonzalo y Sosita, se percataron que algo chocaba, pues ninguna dentadura es perfecta, de forma que empezaron a engarzar los

dientes con pequeños giros y asimetrías que daban un aspecto mucho más natural. Las dos primeras fueron nominadas ‘dentaduras tipo piano’ y sus poseedores siempre las lucieron con orgullo, pudiendo recuperar la capacidad de sonreír y de masticar.

El Conejo pivotaba todo y su criterio y decisión era palabra santa.

Varios años después, el día que, también él fue flautado, la Tercera volvió a quedar sin dentista y desolada, pero ya con más experiencia para solucionar los problemas dentales.

Esta historia muestra como era el entrañable Conejo (hoy fallecido), dedicando horas, estudio y más horas a resolver los problemas de compañeros con dificultades.

Es también un ejemplo de muchas pequeñas-grandes-asombrosas historias de solidaridad en la Tercera Especial de Punta Carretas. Y conste que cada Penal tuvo las suyas!

El traslado, impulso a un cuerpo ciego empujado por una fuerza demoníaca.

Laberinto oscuro, intestinal, largo, sinuoso, sin salida ni en tiempo ni en espacio.

¿Hacia dónde lleva esta inexorable inercia dolorosa, dañina, incierta?

¿Hacia dónde?

La oscuridad permeabilizaba el sentido horario.

Quizás este es el limbo, o la antesala del infierno, ¿importa? No existo.

Y así como un cuerpo emerge de la profundidades, vi la luz.

LA TORRE

Llegué no importa cómo, o mejor decir no sé cómo.

Ya no predomina el negro, aquí es todo gris, las paredes lloran.

Bloque y arena salada.

En mi calabozo rectangular sólo entra mi cama rectangular.

Incómodo.

Ducha de agua fría.

Para necesaria entrada de aire, ventanucas o mejor decir orificios enfierrados.

Calentador de rulo, endeble, delicado, necesario.

Fuerte olor a bota vieja, sucia, transpirada de muchas horas de guardia.

A partir de las veinte horas sólo el santo y seña permitía el acceso a aquella sórdida torre.

Por doce horas era un espacio de alta seguridad.

La escalera perturbadora cobraba gran relevancia, nuestros oídos eran la vanguardia de nuestro cuerpo.

Pasos que se tornaban golpes eran de oficiales, apenas un sonido cansino eran de soldados.

Hora a hora cambiaba el soldado.

Hora a hora por vintinueve meses.

Hora a hora por novecientos días.

Hora a hora por veintiún mil seiscientas horas.

Sucesión de tiempos zozobrados, palpitantes, temerosos. Días tristes, olor a cuerpos muertos y el dolor de las ausencias.

La triste vacuidad de presencias.

Siquiera algunas veces, se filtraba un rayo de sol amigo por algún agujero de la puerta.

Esos rayitos nos advertían que afuera la vida seguía.

Cuando gritaron mi número pensé en sanción, calabozo o traslado.
Nunca en la partida de mi padre.
Me lo comunicaron en el mismo tono que “venga a buscar el rancho”.
El mundo a partir de ese momento fue distinto.
Se formó una grieta. Se partió.
Partió mi padre.
Seguidamente, vino la orden de traslado al calabozo para “reflexionar”.
Sacó la lamparita y con ironía dijo: es mejor así.
Aislamiento, pero no absoluto.
Las compañeras supieron de mi duelo.
Ya no era solamente mío.
Los días pasaron, un día igual a los otros pasé al baño.
En mi jabonera había una palomita de migas de pan.
Escondía su cabecita en su cuerpo en un gesto de dolor meditativo.
Gracias.
Esa palomita me acompañó por un largo tiempo.

Cuento del desarraigo: "Mi patito amarillo"

Lucía Pérez De Sierra

Estaba confundida, no entendía nada. ¿Era posible que después de tanta insistencia para que durmiese en mi cama, abrazada a mi patito amarillo, ahora me privaran de ello? ¿Por qué no podía ahora estar en mi cama de noches tan largas, contenidas por mi lindo juguete?

Sus tiernas palabras fueron: *"por un corto tiempo, no para siempre, podrás dormir con nosotros. Es sólo porque necesitamos tu cuarto para una persona que lo necesita más urgente que vos"*. Y así fue por un lapso que luego me enteré fue por tres meses y que a mí me pareció eterno. Porque curiosamente me había encariñado con mi cuna, mi cuarto, mi llanto, y mi patito amarillo.

Así que a esa "señora" que apenas recuerdo de pelo negro y largo, le tomé un poquitín de rabia, era como la "usurpadora". Sin embargo ese sentimiento era contradictorio, pues asociaba bien que era por su causa que yo tenía unos cuerpos calentitos y arrulladores a mi lado por las noches.

Mi hermanita dormía también en el cuarto de mis padres y el espacio era pequeño para moverse sobre todo en las noches de verano. De la mujer que "cuidaba mi cuarto", sólo recuerdo que un día de otoño no la ví más, y que mis papás me dijeron que había ido a encontrarse con su familia a un lugar mas lejos y seguro. Yo no sabía bien el alcance de esas palabras, pero la sonrisa suave, tranquilizadora de ellos me hacía sentir bien. Y volví a mi cuarto sin preguntarme más nada. Todo había pasado ya. ¿Todo? Igual tenía miedo de perder mi cuarto, mi cuna, mi lugar.

Un buen día, ya de invierno, donde el frío intenso se colaba entre el abrigo cuando nos llevaban al jardín en el coche del Señor Nelson, sentí un temblor inusual, diferente. Quise agarrar a mi patito amarillo y apretarlo, me daba seguridad, pero ya era tarde, el Sr. Nelson nos esperaba con sus grandes bigotes mostaza y su sonrisa tan especial. Miré

para atrás, antes de que cerrara la puerta, mirando ese pasillo inmenso (para mí) que conducía al porche de cada uno de todos los apartamentos o viviendas, inclusive el 3° que era el nuestro. A mi me gustaba pasear en triciclo por ese pasillo, llevando atrás a mi hermanita. Cuando la llevaba me sentía más grande, poderosa, como si yo fuera el patito amarillo de mi hermanita. Por el costado de la calle, que era cortada, había un muro enorme que daba a una casa de monjas, que tenía enredaderas desde el piso hasta arriba. Con ese verde tan fuerte, mis ojos observaron las primeras maravillas de mi patria. Me refiero a las hojas mas lindas, el olor de la tierra, los bichitos que caminaban inocentes por las enredaderas, el brillo de la luz solar en las tardes de invierno, el placer de tocarlas, jugar a quién tenía la hoja más perfecta, más verde, mas suave, mas linda. Yo no sabía bien por qué, pero amaba esa cuadra. Corría por el pedregullo, jugaba a las escondidas, me escondía atrás del árbol más grande de la esquina (sólo cuando me animaba a ir tan lejos). Sin que lo supiera papá, agarraba su “portafolios” y me sentía una gran profesora que enseñaba a otros niños de la cuadra a sumar redondeles amarillos y rojos como lo hacían en el jardín.

Recuerdo una niña triste del barrio (fue mi primera noción de ese sentimiento), que siempre jugaba a que era una bebé y que su madre le pegaba dejándola llorando, para irse con unos “amigos”. Yo me cansaba de ese juego y me daba miedo. Más de una vez fui corriendo a decirle a mamá que no quería jugar a eso y que la nena esa era “triste” y a veces “mala”.

Como decía, ese día me fui con un sentimiento extraño al jardín. Cuando volví mi papá tenía una cara rarísima. Nunca lo había visto así. El era muy alto, y nunca lo había visto triste. Más bien lo conocía serio o enojado, a veces cariñoso, más nunca así, con los ojos hinchados, con la mirada perdida, hasta me parecía más bajo, y pensé que quizás le hacia falta mi patito amarillo.

Había cuchicheos entre ellos (mis padres) y un señor que mi madre decía que era un “santo”. Lo había visto en la Iglesia, con mucha gente a su alrededor.

Mi hermanita lloraba por una gran cucaracha que le había pasado por su piernita, pero ellos no la miraban y cosa más extraña aún ¡no le

decían nada! Ni siquiera un abrazo, un ya se fue, un acá estamos “no te preocupes”, ¡nada!

A poco que pasaba el rato, su mirada era mas extraña, con las cejas arqueadas, la boca fruncida, mi mamita joven y bonita se me antojó fea y vieja.

Esa noche nos acostaron temprano.

No sé porqué esa noche, miré mis juguetes como nunca antes de dormir. En mi cuna había varios, y otros en una repisa celeste en medio de la pared.

Los de mi cuna eran “Alicia”, una muñequita de trapo que mi mamá había hecho para mí como regalo de cumpleaños, morochita de unos enormes ojos verdes “dibujados”, un vestido floreado con falda tableada, unas manos grandes y piernas largas, era sin duda, mi muñeca preferida. Luego, estaba el osito verde de ojos amarillos, que a veces lo tiraba por la noche porque sus ojos brillaban y me daban miedo.

Le seguía una tortuga a la que llamaba “manuelita”, en honor a las canciones de Maria Helena Walsh. Y bueno, por último mi patito amarillo del que no me despegaba nunca, sobre todo cuando tenía miedo, estaba celosa de mi hermana, o estaba nostálgica de algo.

En la repisa, tenía un caracol de rueditas, un reloj de Mickey de plástico y varios peluches de colores de los cuales mis preferidos eran “paco” (un topo), “juli” (una ratoncita coqueta con una moñita y vestidito largo) y la pantera rosa, ganada en un sorteo con Cacho Bochinche.

Esa noche, los miré con inusual ternura, sin hacerles ningún reproche, ni siquiera al osito verde de ojos amarillos. Todos eran “mis juguetes”. Mi mundo. Mis compañeros. Mis amigos. Así sonriendo con ellos me quedé dormida.

El momento

Me levantaron muy temprano. La casa olía a tierra húmeda. Había llovido y sentía el frío y la humedad en la casita. Había mucha agitación. Mis padres llevaban cosas para el comedor, muebles del cuarto se apilaban cerca de la puerta. Habían sacado las cortinas blancas de los ventanales y se veía las gotas de lluvia golpetear fuertemente sobre el vidrio.

Los colchones estaban arrollados y atados con una cuerda, las camas levantadas, la ropa en algo llamado “valijas”. Yo corrí asustada a los brazos de mi madre. Ella apenas me recibió con un suspiro y me dijo: *“junta los juguetes y ponlos en una bolsa, se los daremos a niños más pobres”*. Sentí que una daga me clavaban en el pecho y grite con todas mis fuerzas ¡NOOOO! .Entonces mi madre me explicó: *“tendrás mejores a donde vamos”*.

Por un ratito quedé callada, pero fui corriendo a agarrar a mi patito amarillo. Comprendí que algo serio estaba sucediendo, y que no debía contradecirlos. Pero mi patito amarillo ¡Nooo! ¡Eso si que no!

Entonces mi padre me agarró a upa, hacía mucho que no lo hacía y eso me distrajo. Me dijo suavcito que nos teníamos que ir, porque señores malos se habían adueñado del país, y no podía dejar que nos hicieran daño.

Recuerdo esas palabras como si fuera hoy. Mi papá estaba más triste que la niña “triste” con la que yo jugaba. Mis abuelos nos esperaban dijo mi padre, estaríamos con ellos en Colonia un tiempo, mientras él nos conseguiría un hogar lejos. Pronto nos llevaría también para que nadie nos separe nunca más-dijo mientras- sin poderlo evitar- una gruesa lágrima corría por su mejilla como las gruesas gotas de lluvia corrían por los gruesos vidrios de los ventanales sin cortinas.

Y en esa compleja y terrible declaración, mi patito amarillo, junto con todos mis demás juguetes, marchaban en un viejo camión gris, a los brazos de otros niños.

Pero yo no entendía. El perder mi “consuelo” a tan temprana edad, mi fuente de “seguridad”, no era nada, en comparación con todo lo que perdía junto a ese patito.

Mi abuelo murió antes de que partiéramos a Venezuela. Murió de tristeza. Esa sí que era tristeza.

Ahora sabía, sabía lo que era. A tan tierna edad supe. Supe muy bien lo que era el desarraigo.

Supe lo que era vivir, sabiendo que se “moría por dentro”. Perder mis abuelos, mis primas, mis tíos, y mis fantasías. Perder mis suaves y lindas hojas verdes con olor a tierra mía”

Era la madrugada del 6 de enero de 1976, en la profundidad del barrio, nuestra sencilla casa una de las tantas de bloques y chapas que formaba parte de aquel lugar, se vio sacudida por uno de los actos más violentos que he vivido y del cual en nombre de tantas familias que han sufrido la violencia del terror del estado me parece vital dejar testimonio.

Esa madrugada de verano la perra ladró, lloró, gritó y calló, era el terror de los fusileros navales desplegando un operativo que derribó la puerta de la casa, yo dormía solo en una de las habitaciones, fui el último en levantarme, un soldado me despertó golpeándome con la punta de su fusil en la espalda, me sacó al living donde ya estaban mis dos hermanos mayores y mis padres, los gritos del oficial a cargo tenían a mi padre en el suelo con una pistola en la cabeza, me empujaron contra la pared, manos y piernas abiertas como los demás, el interrogatorio a mi padre continuaba, amenazas, gritos, “lleven a la señora al dormitorio, quiero escucharla gritar” ordenó el oficial a cargo. Los gritos de mi madre quebraron los ruegos de reclamo de mi padre, los tres niños aterrorizados contra la pared fuimos arrebatados de tantas cosas de un solo golpe, que definitivamente marcaría nuestras vidas para siempre.

Se fueron. Se llevaron a mi padre. Reinó un silencio devastador, mi madre temblaba, yo me quedé con ella el resto de la noche, la vida continua, pero ya con responsabilidades distintas, esa fue la charla de mi madre ya recompuesta a la mañana siguiente. Vinieron los días donde yo acompañaba a mi madre por distintos cuarteles y comisarías para saber el destino de mi padre, nunca obtuvimos información. Muchos meses después de los hechos, y sin saber nada de adonde estaba papá, estando solo en casa preparándome para ir a mi primer año de liceo, llegaron dos personas en una moto Vespa y me dieron una lista de elementos que deberíamos llevar, en día y hora señalada al FUSNA, lugar que fue uno de los tantos centros de detención y torturas.

La primer visita, en la que vimos a mi padre después de interminables meses, era también un acto de tortura y terror, el viejo estaba demacrado, su aspecto era el de un hombre muy enfermo pero estaba vivo.

Los enormes galpones del FUSNA agolpaban a los familiares de los secuestrados, niños pequeños con sus madres mayormente, recibíamos las órdenes a los gritos pelados, innumerables fusileros con capuchas negras montaban guardia desde los andamios, esa parte del ejército uruguayo entrenado para aterrorizar a niños y familias indefensas, cubría su rostro avergonzado.

A todo esto siguieron seis largos años de reclusión del viejo, el terror en las calles, las detenciones continuaban. En el año 1978 la policía de la seccional 26 en aquel entonces, nos detuvieron con una amiga en las inmediaciones del Parque Durandó, en una vieja parada de adoquines que estaba sobre la calle Bolivia, dos efectivos me sometieron a un interrogatorio y posteriormente me dieron una golpiza dándome el primer golpe en el rostro por la espalda, cuando me ordenaron subir a la parte trasera de la camioneta donde posteriormente me tiraron, mi amiga intentó defenderme pateando e insultando a los milicos. A todo esto, no teníamos quince años, nos dejaron tirados en el parque, y otra vez la vida continua.

En el año 1979 se hizo una jornada de volanteadas, pintadas y diversos reclamos populares pidiendo la liberación de los presos del terrorismo de estado, me tocó cerca de las 6 de la mañana, soltar desde la bicicleta un paquete de volantes frente a Carrasco leña, con todo, el pueblo resistía.

En el año 1983 nos negaron los permisos para trabajar embarcados junto a Hugo, un amigo que también tenía el padre preso, pero nuevamente la vida continúa.

En el año 1984 era el delegado general de los trabajadores que construimos las primeras instalaciones del LATU, junto a otros compañeros y amigos generamos las condiciones para el primer paro en dictadura de un empresa privada con contrato de obra pública. Las dificultades para conseguir trabajo continuaron por razones obvias, pero nunca abandonamos el amor por el gremio de la construcción, y seguimos en el trabajo, inventando formas de resolver el pan.

Todo estaba diseñado para quebrar, para frenar, para instaurar, para perpetuar, pero no pudieron, no supieron, no los dejamos, no olvidamos.

A mediados del 71, hubo una Convención de la FEUU, la cual determinó un cambio en la organización de la misma, instaurándose un Ejecutivo de 9 miembros, que fueron tres del PC, tres del 26M, dos del PS, y uno del GAU.

Asumí como miembro del mismo, encargado de la Secretaría de Relaciones (Exteriores).

En setiembre se organiza en Chile (donde gobernaba la UP de Allende) un encuentro de solidaridad con VietNam, Laos y Camboya. Concurrimos por la FEUU el querido “Tito” Gomensoro, el “Turco” Markarian y yo.

El evento duró una semana, volviendo Tito por sus medios, mientras que el Turco y yo, esperamos que la FECH (el gremio estudiantil universitario chileno organizador del evento) nos diera los pasajes...

Pasaron los días y no había respuesta, y unos compatriotas allí radicados (el Ec. Octavio Rodríguez, el Soc. Gustavo Beyhaut y otros..) tuvieron que aunar esfuerzos para resolver la estadía y la vuelta.

Al fin partimos, vía terrestre. Al venir cruzando Argentina, en tren desde Mendoza, sucedió lo importante.

Estando a mitad del viaje, se nos apersona una especie de Inspector del tren y nos solicita que vayamos a un compartimiento, donde nos somete a un breve interrogatorio: identidad, motivos del viaje, destino y origen.

Volvimos algo extrañados a nuestros asientos, pero al rato, vuelve el personaje a solicitarnos de vuelta la comparecencia, solo que en el compartimiento, ahora estaba instalado un coronel del ejército argentino, quien, mientras el “inspector” nos identificaba y relataba con todo detalle los motivos reales de nuestro viaje -nuestras actividades en Chile- murmuraba “a éstos habría que hacer como hacen los brasileiros: subirlos a un helicóptero y tirarlos en la selva”

A todo esto , el “inspector” había finalizado su pormenorizado informe, y nos despedía amablemente: “ahora, váyanse”.

Parece de recibo recordar que en 1971 no había celulares, así que llegamos a B. Aires a buscar cómo llegar al País más que ligero.

Y también es de recibo señalar que nuestros datos sólo podían haber sido suministrados por la Policía uruguaya, -presidencia del sr. Pacheco-, el informe de nuestras actividades, la Policía chilena -presidencia del Dr. Allende-, para manejo de la Policía y el ejército argentino - “presidente” Lanusse -... hoy diríamos en “tiempo real”. Yo diría que la fecha de nacimiento de la coordinación represiva habría que revisarla.

Mi primer día de escuela

EL 22 de setiembre de 1976, a mi madre Ana, mi padre Jorge y mi hermana Gaby de dos años, ACNUR nos sacó del refugio que estábamos en Buenos Aires para subirnos a un avión que aterrizaría en Austria. Gracias a esto, seguramente tengo la posibilidad de contar hoy esta historia.

Mi padre era empleado bancario y militaba en AEBU y en la ROE a raíz de lo cual estuvo varias veces detenido. Yo fui testigo de esas detenciones que se dieron en presencia mía y de mi madre. La última vez que lo vinieron a buscar, él se había ido a Buenos Aires. Mi madre estaba embarazada de seis meses y yo estaba por cumplir tres años. Allanaron de noche el apartamento donde vivíamos en la zona de la Unión, e ingresaron con perros y buscando a mi padre a los gritos, con linternas por si estaba escondido debajo de las camas o debajo del agua de la bañera donde mi madre me había bañado minutos antes. Le decían a mi madre que le aconsejara a mi padre presentarse a la brevedad – por su bien - en la Comisaría. Pero sobre esto volveré más adelante.

Cuando llegamos a Austria, yo tenía 5 años. Llegamos literalmente con lo puesto y una valija donde mi madre y padre se encargaron de poner algunas pocas cosas y otras que para mi hermana y para mi tenían un valor afectivo como mi oso, libros, etc.

Estuvimos en dos refugios durante los primeros dos años, antes que el estado austríaco nos asignara una vivienda en Viena. Ambos se encontraban en el departamento de Niederösterreich, uno en Traiskirchen y otro en Hinterbrühl. Cuando pasamos al segundo refugio, a mi me tocaba empezar la escuela. Fue en setiembre del '77. No recuerdo mucho de cómo me sentía previo a mi primer día de escuela; si estaba nerviosa, contenta, ni si estaba muy charlatana o muda mientras iba camino a la escuela. Lo que sí recuerdo con mucha claridad fue cuando con una amiga chilena que también estaba en el refugio, entramos a la clase y nos sentamos juntas en una mesa. Recuerdo que no sé por qué motivo, a ella y a mí nos pusieron en una clase de primer año, y al resto de los chiquilines del refugio de nuestra edad, en otro primero. La cuestión es que

cuando la maestra comienza a hablar – obviamente en alemán, nosotras nos empezamos a matar de la risa!! Nos mirábamos y señalábamos a la maestra como si hubiese enloquecido!! La maestra siguió hablando y nosotras nos seguíamos riendo. Sería una extraterrestre caída de un ovni?? No entendíamos por qué ella hablaba de una manera totalmente incomprensible para nosotras. Así transcurrió mi primer día de escuela. Al otro día, llegamos a clase, y la maestra nos separó, nos sentó a cada una al lado de otro/a compañero/a.

Durante muchos años, esta pequeña historia de mi primer día de escuela, yo la contaba como una anécdota graciosa que me había pasado teniendo seis años. Eso cambió cuando nació primero mi hija Sara y cuatro años después mi hijo Lucas. Yo ahí tenía 30 años. Recién a partir de ver crecer a mi hija e hijo, pude dimensionar la monstruosidad vivida durante mi infancia y adolescencia que me marcó para siempre, a mí y a mi familia. A medida que iban creciendo mis hijos, me imaginaba cómo me debí haber sentido cuando teniendo dos años, le gritaba a los milicos que no se llevaran a mi padre, o cuando de un día para el otro, mi madre tuvo que desarmar todo un apartamento, regalar un montón de cosas y venderlo porque ya no era tampoco seguro para nosotras estar en Uruguay. O cuando ya nacida mi hermana, nos tuvimos que ir a Buenos Aires y poco después empezar una odisea por casas, sótanos, etc. porque también ahí tuvimos que dejar el apartamento donde vivíamos. Hasta el día de hoy tengo miedos de todo tipo – aunque no se note -, le tengo terror a los perros, y hace poco, cuando se nos inundó la carpa estando acampando en verano, me vino una especie de fobia que no tenía dimensión con el poquito de agua que teníamos adentro y alrededor de la carpa. Meses después recordé que en uno de los sótanos donde habíamos estado escondidos, se inundaba cada vez que llovía. Ahí estábamos en una piecita chiquita donde dormíamos en una cucheta. Pero tengo un lindo recuerdo de allí, que era poder hacer mis obras de arte en cerámica, al igual que lo hacían los artesanos de la Cerámica del Carrito. A estos daños psíquicos y emocionales, se le llama estrés postraumático que se desencadena cada vez que una recuerda un evento aterrador. Después que nació mi hijo en marzo del 2006, empecé a hacer terapia en SERSOC

con un psicólogo especializado en víctimas del terrorismo de estado, luego de tener pesadillas cada vez más recurrentes con amigos/as de mi madre y padre que hasta el día de hoy permanecen desaparecidos/as. Durante muchos años, dejé de contar sobre mi primer día de escuela, por la angustia que me significaba. Hoy lo cuento, pero desde otro lugar. No desde el lugar de lo anecdótico, casi cómico, sino desde la vivencia de hechos traumáticos que vivimos mi familia y yo, pero también tantas otras personas. Y lo que tengo claro es que no quiero ni que mi hija ni mi hijo, ni ninguna otra persona vivan el terrorismo de estado, vivan el exilio, el estar “aquí y allá” y tantas otras cosas.

ALQL!

P.D. Mantengo muchos lindos recuerdos y amigos/as de Austria. Lo que mantengo como lindo recuerdo en relación a la historia que conté más arriba, es la calidez de esa misma maestra que al segundo día nos separó a mi amiga y a mí, pero que una vez terminada la clase, nos dio durante todo el primer año, clases de alemán a todos/as los/as niños/as que vivíamos en el refugio de Hinterbrühl.

La Chacra, 20 de junio de 2019
20 horas... Ya de noche

MOMENTO 1

Después de haber leído lo que escribió Irma sobre nuestra ida al Boiso Lanza, (emblemático centro de tortura de la Fuerza Aérea con el TAC, tropa aérea de combate, a la cabeza de las llamadas operaciones anti sediciosas) el pasado domingo 2 de junio

TRAS LA HUELLAS DE UN PASADO QUE SIGUE LATIENDO FUERTE...
PENSANDO EN ROSTROS QUE YA NO ESTÁN Y PODRÍAN ESTAR AMARGUEANDO
AHORA CONMIGO... CON LA FOTO DE RAÚL (desaparecido en el 77 en Argentina) EN LA FLOR DE MADERA FRENTE A MI HOJA EN BLANCO, QUE
PARECIESE ENTENDER CUANTO SENTIMIENTO CONTENIDO Y CUANTA
IMPOTENCIA SIENTO INTENTANDO ENCONTRAR LAS PALABRAS CAPACES DE
TRANSMITIR LO VIVIDO EN SU REAL DIMENSIÓN...

Empiezo

Saboreando unos amargos... rabiando contra el moquerío que me trajo una gripe, propia de la época, tan indeseada como esperada pues con los años vamos aprendiendo a convivir con dolores físicos que llegan para quedarse... y que nos obligan, si pretendemos evitar la autodestrucción emocional, a dominarlos, a incorporarlos a nuestro “modus vivendi” sin perder fuerza o alegría.

En cambio hay otros dolores, esos que no son del cuerpo, que suelen llamarse “del alma”, que son más bravos de “naturalizar” o dominar... que tienen cicatrices, algunas tan profundas, que nunca terminan de cerrar. De este tipo son los que me aquejan al proponerme escribir sobre lo que pensé, sentí, percibí el pasado domingo 2 de junio, cuando después de 43 años volví a entrar al Boiso... Pero esta vez vestido, sin capucha, sin manos esposadas atrás, sin golpiza... para seguir construyendo un NUNCA MÁS que todavía está muy tiernito en la sociedad uruguaya... Esta vez junto a

un grupo de cros/as todos marcados por esos “otros” dolores, junto a mi “tribu” (hijos, hijas, compinches y la que fuera mi compañera de 32 años de vida).

Si esta visita, este reconocimiento de un centro de tortura, lo hubiéramos hecho por ejemplo en los años 90, mis sentimientos seguramente nada hubieran tenido que ver con los de ahora.

A finales de los 80, principio de los 90, si bien sobrevolaba la impunidad pactada dentro y fuera del Club Naval; si bien la derrota del “voto verde” empezaba a dañar la memoria social intentando frenar los legítimos reclamos de verdad y justicia; si bien se palpaban los miedos aún vigentes sembrados por el terrorismo de Estado; “el paisito” de aquel entonces era sin duda alguna MUY, MUY OTRO! ... Los sueños revolucionarios, que inspiraron nuestra militancia, nuestras luchas de los años 60/70, por un HOMBRE NUEVO, por un mundo nuevo sin explotados ni explotadores, permanecían más frescos, más vivientes. La lucha social y política seguía ocupando un lugar preponderante en la vida de cada uno. El consumismo recién comenzaba; la ola digital daba sus primeros pasos; el “pos modernismo” solo se insinuaba sin haber hecho su irrupción triunfal; y ni que hablar que aún no había cobrado valor de dogma o axioma la “ideología del pragmatismo o realismo” ... Las renunciadas a los principios, a los programas, a la utopía revolucionaria, recién despuntaban tímidamente... los oportunismos, las ambiciones, el poder jerárquico y las corrupciones por aquel entonces eran tan solo señales que presagiaban el “gran viraje”.

Pero la visita en este 2019 resultó más contrastante; más impactante por la gigantesca distancia entre una época y la otra. A medida que nos arribábamos a “la perrera” (sala de tortura) empezaron a sacudirme los recuerdos de lo vivido aquel 15 de agosto de 1975, día en que me detienen los integrantes del TAC . Un Boiso Lanza modificado, ya sin los tenebrosos calabozos que nos albergaron en aquellos años; ya con “la perrera” convertida en oficina de los instructores y sin la histórica torre que se convirtió en el infierno de las compañeras presas. Un Boiso modificado, pero igualmente igual!!!

Caminamos más. Nos arribamos, envueltos, tal como aquella fría noche... por los aullidos y ladridos de los perros y entonces empezó a activarse mi memoria.

Los recuerdos invadieron mi memoria conciente: los tres meses

de incomunicación en que ni yo mismo sabía donde estaba (mi familia menos); prácticamente tres semanas (según mis cuentas posteriores) que permanecí en la sala de tortura sin ni siquiera subir a un calabozo; los 30 kilos que perdí, la sed enloquecedora que me producía continuos delirios; mi cambio de piel convertido de blanco a negro todo el cuerpo por las interminables palizas del chicote de goma; la picana en el ducto del pene o el ano; desplomado todo mi cuerpo sobre la mesa metálica mojada para desparramar los choques eléctricos y al mismo tiempo el tacho en una de la puntas para que el picaneo y el submarino fueran simultáneos; los testículos quemados con cigarros; el submarino total en la piscina que registró en sus fotos Irma, colgado de una cadena que me lesionó para siempre los primeros anillos de la traquea; el caballete, incrustada la madera entre los testículos y el ano los pies colgando y ese dolor indescriptible que nunca acababa...

Rodeado por todos pero en silencio, sin atinar a hablar. Entre los perros, sus aullidos, el sol, y los milicos que nos vigilaban se produjo este rescate de imágenes y vivencias, almacenadas para siempre en mi memoria.

Cuanta locura inimaginable!!! Cuanto sadismo tan cruel que nos hacía clamar por la muerte como alivio a tanto suplicio pero que en general no llegaba porque un médico controlaba para que no se pasaran de rosca y adiós posible fuente de información.

Seguimos recorriendo, reconstruyendo... siempre custodiados quizás por mantener todavía el estatus de “sediciosos”.

Rememorando aquellos gritos histéricos de la patota de oficiales que a cada momento en medio de la golpiza te decían: “canta hijo de puta, no te hagas el guapo porque aquí tarde o temprano todos hablan... sos nuestro! nadie sabe donde estás ni siquiera si vivís... Te podemos tener así días, semanas, meses... hasta que al final vas a cantar...” Padecían excesiva soberbia y con este tratamiento pretendían destruirnos psicológicamente.

Pero lo que era indudable es que en aquellos años de dictadura el tiempo y el mundo eran de ellos... estábamos en sus manos!!

Por eso la máquina se transformó en el escenario de lucha más importante de nuestras vidas ¿Como soportar todo eso? ¿Cómo derrotar al enemigo en su terreno? ¿Cómo ocultar, callar, engañarlos? ¿Cómo?. Frente a tanta barbarie que superaba todo lo que hubiéramos imaginado de ante mano... ¿Cómo no autodestruirse, bajar brazos, perder la dignidad de ser humano?. En circunstancias así uno saca la fuerza de sus afectos

más profundos: la compañera, los hijos, los compañeros, referentes especiales que nos marcaron el camino... vidas ejemplares como la del CHE que lo entregaron todo por la revolución.

Este pasado domingo caminaba con los gurises ya hombres, ya mujeres las gurisas y sentía cierta paz interior por haber encontrado ante semejante prueba (sin temor a equivocarme la más dura y grande en mis 68 años de vida) la fuerza moral necesaria para resistir y no defraudarlos. Parecía increíble estar nuevamente en el Boiso, con vida, junto a compañeros que en aquellos aciagos días también jugaron un importante papel alentándome con gestos, frases o silbando gallo rojo-gallo negro cada vez que me subían a los calabozos del fondo después de la sesiones de tortura en “la perrera”. Como sin duda alguna alimentaron mi capacidad de resistencia las convicciones más profundas que inspiraron nuestra militancia... las verdaderas razones de por qué hacer la revolución ... todo lo que uno había arriesgado, dejado por el camino, en pos de ideales revolucionarios, que nos marcaban un rumbo, una ética, un compromiso total con la causa. Y es aquí en este punto que me detengo para volver al principio del relato: a lo primero que sentí cuando siendo más | menos las 10:30 de la mañana bajo ese sol radiante otoñal cruzamos todos el portón de entrada al Boiso.

¿Esos ideales revolucionarios que lugar ocupan hoy? ¿Dónde quedaron? ¿Murieron aplastados por el “realismo” o la impotencia? ¿Es que no nos queda más horizonte que este capitalismo de cuarta generación que este modelo civilizatorio llamado “pos modernismo”? ¿Cuánto nos costó en vidas, en renunciadas, en dolores humanos, en desprendimientos materiales la lucha por hacer la revolución y transformar la sociedad?. Lo veo a Eduardo caminando a unos metros y revivo aquella tarde en la que el Teniente Urban me saca del calabozo lúgubre en que me tenían entre sesión y sesión de máquina (llevaría más menos un mes y medio en la picota) y me dice: “tengo una sorpresa para vos, aprontate”. Salgo, no me encapuchan, me esposan con las manos hacia adelante, lo que ya era más que raro, y me llevan a unas oficinas desconocidas para mí. Rodeado por 4 oficiales y no se cuanto soldados del TAC, entro. Sentado sobre una mesa, también él rodeado, allí estaba Eduardo mirándome con una cara que jamás podré olvidar... Un saludo mio y ni una palabra más. Ambos conteniendo el llanto ante tanta desolación; irreconocible yo hasta con una herida en la frente y él con solo 3 años. Estamos frente a

frente solo unos minutos, no me quitan las esposas... ni siquiera puedo tocarlo! Cuando salimos del lugar ahí si me ancapuchan, me esposan por atrás y a "la perrera". En el trayecto me decía Urban: "ahora si vas a hablar hijo de puta"

Entonces cerrando lo escrito ésta noche, lidiando con la gripe, el cansancio del trabajo y con un dejo de amargura existencial me pregunto: ¿Toda esa enorme puja para bancar, resistir en la máquina, para qué ha servido? En su momento me sentía en paz, hasta orgulloso; con la necesaria autoestima como para creer que aún en las peores condiciones es posible vencer al enemigo... Que así como tantos otros compañeros y compañeras lo habían demostrado con sus conductas personales, la mía aportaba un granito de arena más para continuar la lucha... un ejemplo más de que no había que bajar brazos!! ¿Cuarenta años después qué?? Termino; termino ya casi rendido de escribir, preguntándome ¿Porqué tantas renunciadas, tantos acomodados de cuerpo y discurso, tanto abandono de la lucha?. Capaz que la siga... Veré.

Cómo un eco insistente me vuelve la pregunta: ¿Vale la pena contar estas cosas?.

MOMENTO II

Sábado 22 de junio, la Chacra... también 20 horas, también saboreando un mate

Releo lo escrito el jueves de noche. Ocurrió así: lo escribí de un solo tirón. Brotó desde muy adentro y conscientemente decidí no ponerle envoltorio racional alguno. No cuidar las palabras y menos andar calculando para evitar posibles juicios ulteriores.

Quizás suene un poco duro o pesimista. Quizás para viejos compañeros de ruta, hoy instalados políticamente en el sistema burgués de democracia representativa, suene nostálgico. O como muchos me han dicho, "sesentista". Quizás lean estos testimonios y concluyan con condescendencia que muchas de las víctimas del terrorismo de estado, no hemos podido "aggiornarnos" a los nuevos tiempos que corren. Nos

faltaría “perestroika”... parecería que la historia, como vaticinó Fukuyama tocó su fin: no queda otra que capitalismo, inversiones extranjeras, corporaciones transnacionales, tecnología de punta, cibernetizaciones, robotizaciones y sobre todo mucho furor consumista, mucha privacidad, mucho individualismo. Entonces para cerrar retomo aquella vieja pregunta que a nuestra generación de los años 70 nos marcó a fuego: ¿Reforma o revolución?

Hoy estamos procesados por atentado (cuestión reciente de unos días atrás) algunos de los que protestamos el 15 de febrero de 2013, fecha en que la suprema Corte de Justicia trasladó a la jueza Mariana Motta de la órbita penal a la civil. ¡Nosotros procesados! mientras tanto prácticamente TODA la patota del Boiso que violó, asesinó, torturó sigue impune. Recién ahora al cabo de más de 40 años el fiscal encargado de delitos de lesa humanidad ha solicitado el procesamiento de 7 oficiales del TAC.

Tres gobiernos en estos 15 años que se denominan de izquierda, con mayorías parlamentarias y ni siquiera tuvieron el mínimo coraje de derogar la mentada ley de caducidad. Se ampararon en el discurso de la voluntad popular, volviéndola a plebiscitar en el 2009.

¿Izquierda que plebiscita derechos humanos?... Ta bravo de digerir, no?

Para terminar me gustaría citar la letra de una canción que escuché en NICARAGUA en marzo del 84, a los pocos años de haber conquistado el poder el sandinismo, que decía: Y cerrando, las palabras de un grande, Bertolt Brecht:

“NO ES ESTO COMPAÑEROS, NO ES ESTO
POR LO QUE MURIERON TANTAS FLORES
POR LO QUE LLORAMOS TANTOS ANHELOS
QUIZÁS DEBAMOS SER VALIENTES DE NUEVO
Y DECIR NO AMIGOS, NO ES ESTO”
(Lluís Llach)

“NO ACEPTES LO HABITUAL
COMO COSA NATURAL.
POR QUE EN TIEMPO DE
DESORDEN, DE CONFUSIÓN
ORGANIZADA,
DE HUMANIDAD DESHUMANIZADA.
NADA DEBE PARECER NATURAL.
NADA DEBE PARECER IMPOSIBLE DE CAMBIAR”

12 años de experiencias, dolores, terrores y anécdotas...

Carmen Vernier

En el '72 me fueron a buscar, yo estaba estudiando para rendir los últimos exámenes y entrar en la Facultad de Medicina.

Estuve presa 10 meses, por Medidas Prontas de Seguridad, en la Ex Escuela Naval (Conocida popularmente como Escuela Carlos Nery), allí pasé por una rápida sucesión de situaciones, Depresión o intento de Evasión, encubierta con falta total de Menstruación por varios meses, dolores en zona lumbar, tan así que dormía con el colchón en el piso, pasé de sentir Rabia, Ira, a la Alegría y Agradecimiento...

Eso sí, siempre en actividad porque era muy joven, aprendí rápidamente a tejer con 2 agujas, con ganchillo (o Crochet), a cortar cuero, a repujarlo, pirograbar madera, lo que fuera en manualidades, además tenía mi guitarra, rascaba y cantaba.

Leía mucho, participaba cuando me lo permitían las compañeras mayores, de las discusiones políticas, siempre aprendía, nunca me callaba...

Por esa dinámica juvenil y como tenía dos compañeras de cana que eran, una profesora de Biología y la otra de Física, las hermanas Chifflett, puesto que esas eran las materias que yo debía rendir para ser Bachiller y poder entrar a Facultad de Medicina, pedí a mi padre, que era quien me visitaba, los libros correspondientes, ellas empezaron a prepararme, solicité por nota el permiso para dar los exámenes y esperé muy esperanzada la respuesta. En esos días se declara por parte del Parlamento, a pedido del Presidente Juan María Bordaberry, el "Estado de Guerra Interna", se pudrió todo, las condiciones de internación cambiaron drásticamente. Puesto que luego del 10 de Julio de 1972, se votó la Ley de Seguridad del Estado nos enterábamos de lo que sucedía al escucharlo en una radio clandestina que teníamos, porque prácticamente no podíamos hablar con la familia en la visita, las milicas, escuchaban todo, también supimos que ante el Plan de ofensiva contra el "Escuadrón de la Muerte" desplegado por el MLN, con varias acciones armadas, la respuesta del Ejército fue

la de asesinar a Compañeros Tupamaros y las infames ejecuciones a los Obreros – Compañeros de la 20 seccional del Partido Comunista, yo estaba horrorizada.

En nuestra realidad de reclusión no se hicieron esperar los cambios, las visitas de los familiares se volvieron caóticas, lo hicieron así las milicas de azul, estaban militarizadas, los cambios en las condiciones se sucedían varias veces en el día, no los dejaban entrar a vernos, nos cerraban una reja que separaba los dormitorios – talleres, de un amplio salón que usábamos como gimnasio, no dejaban salir determinadas manualidades, ni entrar determinados libros o materiales de uso cotidiano, no podíamos entregar o recibir cartas, nos mezclaban los comestibles que dejaban los familiares, harina con yerba, champú con azúcar, pasta dental con manteca, campeaban los gritos, el nerviosismo de nuestras carceleras era notorio, se respiraba un aire de desconfianza, miedo, rabia, hasta odio, sí!

Todas las noches llegaba un camión del ejército a llevarse a una o dos compañeras, no sabíamos a dónde, la tardecita llegaba, nos entraba un desasosiego y el terror del no saber a quién le tocaría esa noche...

Justo en ese estado llega la respuesta que yo tanto esperaba, obtendría el permiso para dar los exámenes? respuesta Negativa! me grita la milica a través de la reja.

Dolor, frustración, bronca, se me suma ftofobia a la sintomatología anterior.

Cada semana iba un Médico/a diferente al lugar, yo consultaba y siempre tenía la misma respuesta, me mandaban el cúralo todo: “aspirinas”, hasta que en una de esas consultas un médico, aparentemente, tomó en serio mis problemas y dejó indicado de que me llevaran a una consulta con Ginecólogo.

Para esa consulta se debían sortear una serie de trámites y bueh!, pasadas unas semanas, llega el día del traslado, camioneta estilo Jeep cerrado del ejército en la puerta, al lugar se accedía desde la calle por una escalera de, muuuchos escalones...

Me sacaron dos milicas azules (Policías), escaleras abajo casi en el aire, en la puerta me entregaron a dos soldados que me esposaron con las manos a la espalda, me subieron a empujones al Jeep y salimos rumbo al

Hospital Militar, eso era lo que yo creía, pero antes tuvimos una parada en el FUSNA!, ahí me tembló la pajarilla, estuvimos allí, en mi sentir, horas... en la realidad unos 30', luego de reiniciada la marcha del vehículo, escucho la conversación de los soldados y pasaba que tenían que pedir autorización para el traslado de las "Pichis" fuera del lugar de reclusión y de la Ciudad vieja, jurisdicción del FUSNA.

Llegamos al Hospital Militar, entramos por una puerta lateral, se aseguran de que no haya "civiles" en los corredores y me llevan a empujones hasta el consultorio ginecológico, me sacan las esposas, me empujan hacia adentro, me dejan sola y cierran la puerta, al rato entra un Sr. alto, mayor, con túnica blanca, yo tengo 18 años, nunca fui a una consulta ginecológica, no se presenta, supongo que es el médico, no hay enfermera allí. Me da la espalda, mira una nota que hay sobre su escritorio, me habla en tono arrogante y de mal modo, me hace quitar la ropa de la cintura para abajo, me dice que me acueste en la camilla con perneras y me pregunta qué me pasa, le digo que hace 3 meses que no tengo la Regla, no escucha lo demás que le transmito. Se pone los guantes de látex, mientras va hacia una mesada que está detrás del escritorio, me grita: "estarás embarazada!", busca y rebusca en una bandeja esmaltada y luego viene hacia la camilla, me dice que abra bien las piernas...me introduce algo en la vagina que me hace aullar de dolor, me grita que no me queje, que no me haga la víctima, que no soy ninguna Santa y que eso que me puso, seguro que no es peor, que "lo que vos Putita, hacés con los "Sediciosos"! Se quita los guantes, los tira en una papelera y gruñe: bajáte y vestite! Llama a los soldados y les dice que me lleven, me ponen de nuevo las esposas con las manos a la espalda, yo casi no puedo caminar del dolor, me siento mojada entre las piernas, a los empujones me sacan, me suben al Jeep, pasan de nuevo por el FUSNA, espera que se me hace interminable, estoy de vuelta en la Ex Escuela Naval, nunca tuve idea del tiempo que estuve fuera, entre ida, estadía en el hospital y vuelta, sólo me sentía dolorida, vulnerada, agraviada, por ese ser despreciable, lacra, que de médico nada! para la idea que yo tenía de un Doctor en medicina, profesión con la que yo soñaba poder ejercer algún día!

Al llegar, me suben de arrastro, me reciben las compañeras, me

contienen, lloro largamente, por mucho rato no puedo contar lo que me pasó, voy al baño, tengo la ropa toda manchada de sangre, me lavo, me cambio, me duele el cuerpo y el espíritu!

Cuando puedo contarles a mis compañeras de “internación – prisión” todo lo sufrido, tratan de consolarme dando lo mejor de sí, yo era la menor de todas, entonces sentí que tenía un montón de cariñosas Madres y Hermanas mayores.

Al salir de la prisión, pasé al régimen de “Libertad Vigilada”, en la órbita del ejército, durante 12 años tuve que ir una vez a la semana, los lunes, al Grupo de Artillería Nro. 1 de La Paloma en el Cerro, para reportarme y firmar una planilla. En ese tiempo, di los exámenes que me faltaban para entrar a facultad de Medicina, pero como tenía prohibida la entrada a la Universidad, luego de ser despedida de varios talleres, fábricas, oficinas sin derecho a explicación, me vi en la necesidad de hacer dentro de lo que era mi vocación, un curso corto de Enfermería, ya casada y con un hijo de 18 meses, necesitaba de un trabajo en corto plazo, seguro, para colaborar con mi esposo en mantener la economía familiar. Pasado el Plebiscito de 1980, en el que ganó el “No a los Militares”, ya trabajando como Enfermera en La Española, un día cualquiera, me cruzo en un corredor del Sanatorio con “la Bestia que me había maltratado en el Hospital Militar”, ahí, averiguaciones mediante, me entero que era el Dr. Rodríguez de Armas un ginecólogo muy respetado en la Institución y en el medio profesional, yo no lo podía creer, también averiguo que lo que me puso en la vagina en la Horrible “consulta” del Hospital Militar, era un Espéculo, el más grande que encontró en la bandeja, ese Torturador, el que con total Impunidad gozaba de prestigio mal habido y atendía mujeres que ponían sus cuerpos con total confianza a su cuidado, sin la menor idea de que sus manos estaban manchadas con la sangre inocente, de no sabemos aún cuantas valientes, corajudas mujeres que fuimos vilmente Torturadas por creer en el Hombre Nuevo, por soñar con una Sociedad equitativa, justa, sin Explotados ni Explotadores!

Ayer se realizó un encuentro, hermoso encuentro o reencuentro, como quieras, de compañeros de la Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER). Se había programado hace bastante tiempo y allí se iba a hacer, como se hizo, un reconocimiento a todos los compañeros que hoy no están entre nosotros, en la figura de un militante de la Federación y posterior integrante del MLN, Richard Aníbal Piñeyro Jiménez. La casualidad quiso que ocurrieran dos hechos notorios y afines con el evento. Por un lado el triste y doloroso fallecimiento de un líder mundial, precursor de la lucha por la igualdad y la justicia en África, como lo fue Nelson Mandela. Por otro el inicio de las obras de restauración del Liceo 13 de Maroñas, al cual accedieron gran cantidad de integrantes del actual gobierno, incluyendo al Presidente.

Que tienen que ver estos tan disimiles acontecimientos con lo celebrado por el FER, te andarás preguntando. Bueno, por un lado el Negro Richard, como lo conocíamos, era uno de los cuadros del liceo 13, allá por los '70. Además de ser un excelente estudiante, nunca repitió un año, estaba firmemente comprometido con su barrio, con la gente de su barrio, barrio de laburantes con olor a caballos, algunos, con olor a curtiembre, otros, con olor a pobreza la mayoría. Los profesores de entonces también estaban, en su mayoría, comprometidos a educarnos, como querían nuestros viejos, ayudarnos a ser mejores. Todos anhelábamos salvar los cursos y sobre todo aprender, aprender, conocer, saber un poco más, era vital.

Mas no estábamos aislados de la realidad. Algunos de los integrantes de este gobierno que ayer visitó el 13, fue cobijado, tal vez, en alguna de las casas de aquellos compas cuando rajaban de los milicos, cuando estaban en la clande. Es verdad que los tiempos cambian y nosotros con ellos. Hoy por hoy, el 13 es el liceo con mayor índice de repetición, nosotros y vosotros compas de entonces, soñábamos con la utopía y la veíamos difícil, pero no inalcanzable. Entonces, no hagamos imposible ahora, estando en el gobierno, lo que entonces creíamos y por lo cual

cayeron tantos compañeros. A levantar a nuestros jóvenes, a volver a creer en la utopía!!

El otro punto es obvio, le decíamos “ el Negro Richard “, vaya pues nuestro mayor homenaje a la negritud, a Mandela, en la figura del negro. Bueno, deberíamos escribir más y más. Se ha dicho mucho y es poco sobre Mandela. Se ha dicho poco y le debemos mucho al Negro y a todos los que, como él, cayeron en aras de un mundo mejor.

Con una enorme moña azul, bien azul y bien planchada, que le iba de hombro a hombro. Sobre una blanca túnica cruzada, bien blanca y bien planchada, demasiado blanca y demasiado planchada. Dentro de unos zapatos acharolados con medias blancas, limpiatas, hasta la rodilla, brillantes y brillosos los zapatos, como su piel brillante, casi negra, pero no acharolada. Lo querían disfrazar, hacerlo blanquito, con su túnica, sus zapatos, su moña y hasta inglés lo hacían estudiar. Así nos conocimos, en sexto año de la vieja escuela 113 de 2° Grado, del barrio Ituzaingó, con el Negro Richard.

Los amigos lo jodíamos, “...pero, andá, negro traidor”, le espetábamos para hacerlo calentar, pero allá arriba, donde nacen las ideas, esas motas, brillantes, brillosas, acharoladas, enruladas, firmes, motas de negro convencido, guardaban raíces regadas de idealismo, inconformismo, rabia y ganas de pelear, como lo hizo, por la igualdad de todos, con todos, por tantas cosas.

En el '67 nos recibimos de jóvenes, en medio de una década tan rica, tan revolucionaria, tan humana, tan sensible. ¿Cómo hacer el amor? ¿Con quién?

¿Por qué? Ella tiene todo el derecho de gozar como vos ¿o no? Y surgía lo más importante: la palabra compañera.

Con el Negro nunca pagamos por sexo, nunca visitamos un prostíbulo y como nosotros otros tantos. No “cogíamos” “hacíamos el amor, ¿cómo hacerlo si para ello teníamos que pagar? ¿Si no sabíamos que sentía, que pensaba la persona que a nuestro lado estaba, cómo hacer el amor?

Éramos muchos, para entonces, que queríamos pelear por lo mismo, por tantas cosas. El Uruguay, como toda América, se estaba levantando. Y discutíamos si Los Beatles o los Rolling, si los Lee o los Levis, si el Che, Fidel, Mao, Sendic o Arismendi y terminábamos vistiendo los Blue Jean, Montgomerys y mocasines porteños descosidos o botitas de gamuza semiandrajosas, gastando caminos, tratando de concientizar, decíamos.

Escuchar a Serrat, los poemas de Machado o las “Nanas” de Miguel

Hernández, alimentaban nuestra alma.

Convivir en el Cante con el hermano del Chueco y tantos, tantos mal llamados lumpen. Y nosotros tratando de aprender a vivir, tratando de imitar, de copiar o de crear.

Y, bueno, era nuestro entorno, el entorno de los poemas del Negro Richard, su entorno. Pelear contra un pasado impuesto, para lograr un futuro deseado.

Así con todos estos elementos, y muchos más, nació y se desarrolló la poesía de un compañero del alma : RICHARD PIÑEYRO JIMENEZ, el Negro Richard, lo demás es historia conocida.

Aquella fría noche del 20 de julio de 1972, se tornaría para mí inolvidable, dado que mi vida cambiaría para siempre. Había pasado la tarde en la casa paterna, en el prado y “sin ton ni son terminé en una desagradable discusión con mi madre.

Volví a casa caminando, con un primo de mi viejo, el cual me acompañó hasta Bvar. Artigas y Ramón Márquez. Desde esa esquina continué sola, cabizbaja y meditabunda.

Sí, me sentía impotente frente a la realidad por la cual había terminado enfrentando a mamá. Ella creyó como otras veces que mi negativa a quedarme a cenar se debía a ella, (pero lo que ignoraba y yo no podía decirle) era que mi casa era un local de la OPR 33. Y lo que más me preocupaba esa noche era que en él, estaba desde hacía dos días una compañera clandestina. Su casa había caído días atrás y se comprobó que en ella habíamos tenido al industrial Sergio Molaguero (hijo), durante su secuestro.

Era una muchacha de unos 27 años, la llamábamos “gorda” y honestamente yo no tenía la menor idea de cuál era su nombre, tampoco había indagado en los periódicos.

La compartimentación era importante y con ella nos asegurábamos un posible delato al caer.

Pensando en todas esas cosas el trayecto se me hizo más corto. La casa era en una esquina, Ramón Márquez, entre Huáscaras y R.Koch, tenía un pequeño jardincito al frente con jazmines y pensamientos.

Cuando nos mudamos con la primera compañera con la que conviví en el local nos esmeramos en darle una excelente cobertura y fue un lugar bastante seguro durante mucho tiempo. En el barrio nos estimaban bastante, para los vecinos éramos estudiantes y trabajadoras con buen poder adquisitivo, simpáticas y solidarias. Fueron muchas las veces que golpearon a nuestra puerta en búsqueda de algo o a dejarnos la llave para otro familiar.

Desde hacía un par de meses, había pasado al local una estudiante de Bellas Artes que justamente esa noche se encontraba en casa de sus padres, debido a su cumpleaños.

Cuando abrí la puerta “la gorda” se sobresaltó, se encontraba en el cuarto del fondo, ya vestida para dormir y con una media de nylon en la cabeza para intentar “domar sus rulos”; estaba muerta de frío con una foto de sus hijitos, se había entretenido tejiendo un gorro para la cumpleaños. Sentí una pena grandota al verla observar a sus hijos (Anita y Andrés) pues a pesar de mis pocos años ,me había tocado perder a mi hija y esa herida sangraba mucho más de lo que me permitía demostrar.

Preparé café y se lo llevé al cuarto, realmente el frío se hacía sentir, al mirar hacia la estufa me di cuenta que no se encontraba en su lugar, miré para otros lados y la compañera se percató de lo que estaba buscando.

“Tuve que sacarla al patio” me dijo,” humeaba horrible y preferí el frío”, eso no debía haber pasado me dije, pero claro está que había extremado los cuidados para no hacer ruido. Teníamos hambre y fui a comprar algo caliente a un bar cercano, desde donde llame a mi madre y la tranquilicé un poco. Me sentí mejor, al otro día la vería.

Estábamos comiendo y haciendo planes para el próximo día cuando escuchamos que corrían por el techo, se me hizo un nudo en el estómago, nos miramos asustadas.

Todo aconteció tan rápido, sonó el timbre, golpearon la puerta , les abrí “sorprendida “ y preguntando “ ¿Que sucede?”

Nos encerraron a cada una en un cuarto distinto, traté de tranquilizarme y sacar a la actriz que llevo dentro .Pero estábamos a la deriva, ya que no esperábamos por lo menos esa noche a los monstruos y no teníamos un verso concreto, de peso. Solo habíamos atinado a acordar “que ella era amiga de Leonor (el alias de la otra compañera) que se había peleado con el marido y que ésta le ofreció la casa por unos días”, eso fue todo.

Recuerdo la mirada libidinosa del Cap. Aquines recorriéndome entera. Cuando observó mi documento me preguntó entre burlón y sorprendido -“¿Sos algo del Diputado de Rivera?-le contesté que sí, que era la hija y de inmediato se pasaron el dato.

-“¿Qué tal? La flaquita ésta es hija de un político de nuestro pueblo” dijo a otro oficial en tono jocoso.

Mis minifaldas en ese momento me resultaban detestables revolían la ropería tiraban mis libros y como dando ya por sentado que era una “sediciosa “hacían bromas con mi ropa íntima. Yo estaba limpia, pero luego de contactarse con jefatura, la suerte de la otra muchacha se complicó. Ambas nos mantuvimos en lo acordado y yo aparecía como que me

hubiesen usado. Los berretines de los muebles no fueron descubiertos, tan inteligentes y tan burdos...

Revolvieron todo y comenzaron a regalarse entre ellos las pertenencias del lugar.

La otra compañera lloraba, yo me hacía la estúpida por momentos, la “nena bien” que engañaron vilmente.

De pronto recordé que si no colocaba la alarma, caerían los compañeros de mi equipo y solicité reiteradamente que me dejaran pasar al baño, al fin logré entrar y sacar el desodorante de la ventanita-nuestra contraseña.

Sentí que la gorda solicitaba desesperadamente ir al baño, también con la misma intención. Sabíamos que a la mañana siguiente llegaría “Leonor” y una cosa era que pasase a la clande, otra muy distinta era que cayese por negligencia nuestra.

Uno de los oficiales encontró un libro de Nikitín, de economía política “raro que a una burguesita le interese esto” a lo que respondí en forma rápida y convincente “no es mío es de un compañero de la caja(BPS), que me lo dio el viernes en la parada ya que el se iba para un asado”-el nombre “gritaron,”Jorge es de la Caja Rural”

Jorge era un nombre fácil y me aferré al libreto, recordaba a los compañeros/as que confiaban en mí...sabía dónde encontrar a más de tres y no podía ni quería defraudarlos.

Nos llevaron al 4to de Caballería, en un calabozo otro Teniente riverense hizo la misma indagatoria sobre mi apellido, pensé en todo el amor que sentía mi padre por su pueblo y no pude menos que decirme: “la pucha cuánta lacra dio tu pueblo viejito”!!!

Me encontraba aterida de frío, sentada sobre unas bolsas, maldiciendo una vez más mi minifalda de gamuza (tan paqueta) y tan fría.

Lo único abrigado que tenía era mi mongomery azul que me lo saqué para taparme y la bufanda roja (hermosa) que habían usado también como capucha.

Me preocupaba Gladis, ya que de ella esperaban sacar muchos más frutos. Al otro día, submarino mediante y golpes mediante me mostraron a un hombre en el otro calabozo,-“no lo conozco”-dije, y en realidad no lo había reconocido, cuando el teniente Gilberto Vázquez cerró la puerta de mi calabozo, sentí que el hombre gritaba:”pero yo solo les llevaba el diario, por favor.<había una muchacha delgadita alta, muy jovencita otra algo mayor y también una petisita pelirroja. Comencé a golpear la puerta,

sonriente me abrió el teniente, "¿Qué pasa recobraste la memoria?" "Por favor –grité –es el diariero, suéltelo"-pero a la tardecita cuando trajeron a mi madre encapuchada me dejaron verla cinco minutos, ahí nos enteramos que en la ratonera montada habían detenido además a mi tía, a su esposo y al hijo de ambos.

"Sólo el diputado se va a salvar que lo traigamos (por ahora)-se jactaba Vázquez-mientras mi madre se quejaba que habían robado casi todo de la casa.

Cuando se llevaron a mamá el pobre hombre que nos dejaba el diario continuaba de plantón

Mientras tanto las bestias habían encontrado un documento de "Leonor", ahí se me complicó a mí, bastante para mi gusto y para el de cualquier ser humano normal.

Querían saber quién era el dueño del libro y me llevaron como a los tres días a trabajar, hablaron con la jefa y se quedaron observando desde el otro lado. Distintas actitudes asumieron mis compañeros de trabajo, una jovencita (Clotilde, que más tarde también corrió mi misma suerte me escribió:-"cuidado, los teléfonos están intervenidos),-otros me miraban asombrados y algunos con desprecio, pero existió una llamada "anónima" que he creído a lo largo de todos estos años saber de quién, que me indicó que tenían el ascensor trancado, que intentase ir al baño y listo.

Lo intenté pero la jefa de la Sección, me lo impidió, fue hasta el baño conmigo y luego les hizo seña a los milicos que me habían llevado. A esa compañera que me llamó no la olvidaré nunca y menos su gesto y ¿saben una cosa? No era del F.A era blanca.

En Personal les dieron los datos de un compañero que estaba requerido y que tiempo más tarde mataron: Lerena.

A Gladis (la gorda) y a mí nos habían metido en una pieza pequeñita al lado del baño pegado a la enfermería donde se encontraban las compañeras del M.L.N. Dividieron a la pieza en dos con una pared de bloques ,no nos veíamos pero nos hablábamos y nos contábamos sobre la carpa, etc, etc,

En uno de los interrogatorios vi la estufa de mi casa,-"por ella llegamos a ustedes-se mofaban-la vecina creyó que pasaba algo raro en tu casa, ya que te había visto salir temprano y el olor a queroseno que venía del patio les llamó la atención. Al no verte llegar y volver a sentir ruidos decidió

llamar a la policía “.

Ahora todo encajaba, cuando fui al bar, supuestamente golpearon en casa, sin obtener respuesta, claro está .La vecina al querer ser precavida y solidaria nos delató.

No podía creerlo, recordé a la vecina y a toda su familia, incluso a los niños “y me enfadé con el mundo entero”. Seguía congelada, no me permitieron poner el jeans, que mi familia (inocentes ellos), había hecho llegar de inmediato.

No nos permitían a Gladis y a mi hablar con las otras detenidas, hasta que una mañana del 2 de agosto trajeron para otra pieza que quedaba frente a la nuestra a cuatro mujeres. A la mayor la llamaban “la mujer del capanga” era bajita, de pelo largo, otra era nurse o enfermera de H. de Clínicas (Nenúfar)-otra solo lloraba, pedía ver a su marido (en realidad había optado por que la creyesen no muy cuerda) y la otra muchacha era en apariencia muy frágil, solo en apariencia.

Pero lo macabro del caso era entre otras cosas para mí, que los compañeros del H.C se llamaban Jorge ambos y los muy enfermos quería que identificase en alguno de ellos al supuesto dueño del libro de economía. La máquina con ellos fue brutal, dantesca...

A Nenúfar la llevaban a presenciar la tortura a su compañero, volvía temblando y con lágrimas bañándole el rostro, se sentaba y trataba de disimular su dolor.

Una noche entró el teniente Vázquez con el Sargento Gómez, fueron directamente a dialogar con las compañeras Tupamaras, las que vinieron compungidas a darnos la mala noticia: el otro Jorge se había degollado con el vidrio de una botella y lo transportaron al hospital. Al otro día luego de enterarla de que su compañero permanecía internado dejaron en libertad a la supuesta “chiflada”.

Durante tres noches siniestras, me vi expuesta a momentos degradantes, indescriptibles y que me marcaron como ser humano, en mi calidad de género para el resto de mi vida.

Los cuerpos de las mujeres eran botines de guerra, y se consideraban con derechos a ultrajarlos...

A tantos años y luego de ser presentadas en octubre de 2011 denuncias sobre abuso sexual en la dictadura, la impunidad sigue tan sólida como en aquel entonces.

Terrorismo de Estado y algunas secuelas

Volver, en definitiva, para que nos digan ahora, desde el mullido sillón de ese poder prestado, que todo fue en vano, y que teníamos mucha novela en las cabezas. Que ésta es la realidad madura y responsable, y que éste sistema que pretendimos despedazar es sólo un plato vacío a llenar en la trastienda del imperio. Volver a ensillar un rocinante cualquiera y gritar hasta enronquecer para que sientan aquellos que la quedaron, compañeros todos analfabetos de sano equilibrio, la moderación y la formalidad, doctorados en poesía, aventura y revoluciones fallidas, inconformistas sedientos de justicia, modestia y bisoña, que estamos aún en su senda, y que caminan empujándonos con la sonrisa fraterna y futurera de habitantes hombres nuevos en el clamor creciente de cada madrugada, hasta que la victoria nos reencuentre fundando el alba prometida.

Hugo Leyton (de su libro “Rendijas de sol” 2019)

Más van pasando los años, las cosas son muy distintas, lo que fue vino, hoy es tinta, lo que fue cierto hoy engaño. De las leyes de hoy me espanto...me paso muy confundido. Han pasado 34 años del regreso de ésta democracia tutelada. Ha pasado medio siglo desde que implantaron la tortura, las detenciones arbitrarias, las muertes de hijos de este pueblo. Estas líneas nosólo refieren a las crónicas de los años duros, también hablan de sus consecuencias en nosotros víctimas hasta el día de hoy. Las víctimas del Terrorismo de Estado -en especial los ex presos- han ido muriendo prematuramente, dado que la tortura y la prisión prolongada, destruyeron su sistema inmunológico, haciéndoles vulnerables a enfermedades de todo tipo: cardíacas, oncológicas, infecciosas, siquiátricas etc. Yo calculo que de unos 8000 presos, quedan hoy unos 2500 o 3000.

El estrés: de la emoción a la lesión.

Ya desde hace unos años nos acechan otros males: la desesperanza, la decepción, la desilusión, al comprobar que el rumbo actual económico y

político de ninguna manera se lo puede considerar un paso (un pasito) hacia la Liberación Nacional y menos al Socialismo. Lo que más duele, lo que más lastima es que compañeros nuestros –queridos y respetados- aceptan impulsar proyectos del capitalismo extranjero y jerarquizan el rol de las FFAA, concepciones inimaginables cuando éramos jóvenes y ellos nos reclutaron para cambiar el mundo.

¿Qué se puede hacer? Hoy reina un gran desconcierto ideológico.

Desde hace ya un tiempo decidí apartarme y salir a internarme en el desierto, o en la estepa pampeana, como se la quiera denominar. Salí rumeando y rumiando mis desilusiones y broncas, ya viejo, jodido de salud, salí a campo abierto.

Hay otros que como yo, cruzan la pradera. Viejos, pero que en nuestro interior, seguimos siendo ingobernables, insubordinados, sublevados, amotinados, insurrectos, indomables, inconformistas, críticos y autocríticos, tal cual éramos en los años mozos. En ocasiones nos encontramos y charlamos y nuestras llagas son las mismas. Nos vemos –cada vez más seguido- en los entierros de otros peregrinos, o cuando coincidimos en alguna actividad de lucha social. Cruzo durante el día, por montes de eucaliptus, plantaciones de soja, mucha soja: Sé que nada de eso es nuestro, no es uruguayo. Son de multinacionales gringas. La cosa llegó a tal punto que pasamos a ser extranjeros en nuestra propia patria. Las naciones lo poseen todo: tierra, industrias, agua-bebidas, pan-galletitas, frigoríficos etc. Y hay compañeros, que afirman que eso es positivo, es crecimiento, que crea fuentes de trabajo. Pienso y pienso y no logro comprender cómo se puede estar tan equivocado.

De noche veo las luces de algún asentamiento, algún cantegril. Colgados de la luz, del agua, sin saneamiento. Cargados de gurises, viviendo como los chanchos. Me arrimo y suelo conversar con ellos, de cualquier tema, de cosas de la vida. En general no son conscientes de porqué viven como viven. ¿Será designio divino?

Bebemos agua de algún arroyo, que por supuesto está contaminado. Están contaminados no sólo los ríos pequeños, también el Santa Lucía, el río Negro, el Uruguay. ¿Qué trajo tanto veneno?

Desensillar hasta que aclare, es nuestro propósito. Ninguna de las banderas político partidarias, hoy nos representan. Desde el año 55 para

acá se alternaron colorados y blancos en el gobierno. Siempre contra los trabajadores, siempre al servicio de los gringos, acatando sus órdenes. Padres de la Ley de Impunidad. Nunca creímos en sus divisas descoloridas, y menos ahora. En el 71, con la creación del FA nació una esperanza. Luego vino la derrota, a manos del fascismo. Luego la reconstrucción de la izquierda, culminando en el triunfo electoral. Tengo el orgullo de no haber votado nunca a blanquicolorados. No he votado nunca a ninguna formación política reformista. Ni ayer ni hoy. Ni siquiera – cuando siendo yo muy joven el 2º Batllismo le quitaba banderas a la clase trabajadora, plasmándolas en algunas Leyes con la concepción ideológica de “que los pobres sean un poquito menos pobres y los ricos un poquito menos ricos”. Asombrosamente el Batllismo – que no tenía nada de izquierda, ni de marxista, ni creía en la lucha de clases-, promulgó leyes progresistas que en cantidad y calidad superan las leyes sociales de nuestro “progresismo” actual. Nacionalización de ferrocarriles y aguas. Apoyo a la industria Nacional, bajando la desocupación. Control de importaciones, exportaciones. Creación del Instituto nacional de Colonización. Control de Cambios. Creación del Consejo Nacional de Subsistencias. Subsidios a la carne, pan y leche. Asignaciones Familiares, Indemnización por despido, vacaciones pagas, bolsas de trabajo. Estatuto del peón rural. Consejo de Salarios, Seguro de Paro.

En aquellos años, siendo yo apenas un imberbe político y habiendo conocido como los patrones tratan a su personal, dada mi condición de pinche de oficina, ya había llegado a la conclusión que mantengo hasta hoy: no hay patrones buenos. Ya corría por mis venas el germen de la lucha de clases. ¿Cómo podía yo entonces votar al batllismo, que sólo pretendía la conciliación de clases, humanizar un poco al régimen capitalista? La izquierda en nuestro país estaba representada sólo por el Partido Socialista y el Comunista. Juntos en las elecciones sólo conseguían un 4 % hasta un máximo del 9 %, lo cual era ya un triunfo. Votaba Socialista y luego a la U.P. y en una ocasión al FIDEL. Y por supuesto al FA cuando surgió. Y lo seguí haciendo, hasta que no pude soportar más las inconsecuencias. Salir a la intemperie a cruzar el desierto, no es para nada fácil o cómodo. Tenés que escuchar: “le estás haciendo el caldo gordo a la derecha”, “votá esto, es lo menos malo”. Ya muchos te miran torcido,

o con odio, te excluyen, te ignoran, algún energúmeno hasta te putea, pasas a ser invisible para ellos, no te llaman, no te invitan, te hacen sentir su desprecio, los más bondadosos solo piensan que sos un ignorante. Hay que apretar los dientes y estar dispuesto a aguantar la maroma. Por suerte hay un pequeño núcleo de compañeros, que por razones afectivas o porque te conocen bien y aprecian, respetan tu opción y nada cambia en la relación que tienen contigo. Me consuelo pensando que cuando muera –más temprano que tarde - , nadie podrá decir aquí yace un cobarde o un traidor a sus ideas. Pare gringo, que aquí somos orientales que amamos la libertad. Miserias y alevosías anudan mis pensamientos entre las aguas y el viento me pierdo en la lejanía.

Hace unos días acompañé a mi compañera al reumatólogo. Él sabía que yo había estado 13 años preso . Nunca comentó nada. Esta vuelta me preguntó si había conocido en Libertad al Gaucho Etorena y al Canario Bonilla. Casualmente yo había estado en el 4º piso en el ala de los médicos y los conocía a todos. Con el gaucho fue por ser “fajinero”, con quien más me relacioné y tengo la más alta opinión de él en todo sentido. El gaucho fue profesor de él y lo sigue queriendo y respetando como si aún estuviera vivo. A continuación me mira y me pregunta: ¿usted es feliz? No lo dudé, la respuesta fue NO. Que no podía serlo al constatar que las políticas que se estaban llevando adelante eran lo contrario de lo que siempre desde joven había soñado y por lo que había luchado. Me quedó mirando, como asintiendo. Interiormente me causó gracia que el reumatólogo se hubiera trasmutado en sicólogo o filósofo. Recordando que mi compañera estaba sentada al lado mío, agregué y sinceramente, que mi porción de felicidad me la daba el poder compartir todo con esa mujer que estaba a mi lado.

La tristeza habitual me acompaña.

Hay caminantes de esta estepa pampeana. Que sin bandera político partidaria alguna están haciendo cosas. Trabajan o crean organizaciones sociales en sitios donde las condiciones de vida del pueblo son más jodidas. Sindicatos, Comisiones de Fomento; clubes barriales de fútbol; radios comunitarias; algunas organizaciones de DDHH no coptadas por el gobierno – por ejemplo Madres y Familiares-; comisiones para juntar firmas contra leyes apátridas (la del Agua, UPM); organizadores de escraches; algunos en el cabeza a cabeza buscan explicarle a los que

la están pasando mal, los porqués; otros en las parroquias cristianas propagan el mensaje social de Cristo; otros que por las redes sociales, llaman a la reflexión acerca de los males que padecemos; los que laburan gratis en merenderos y comedores populares; los hay que protestan contra la arbitrariedad (quema de llantas, bloqueo de calles); jóvenes que protestan airadamente cuando son filmados o reprimidos en sus manifestaciones; y muchos etc. más.

A modo de ejemplo mencionaré un caso.

En bella Unión, desde hace ya muchos años se creó y desarrolló plenamente una organización social llamada “Retoños de lucha y sueños”. Nació en el barrio más pobre de la ciudad, conocido por “Las Láminas” y ahora se ha ido extendiendo. Se ocupa de mejorar la vida de los niños o niñas más pobres y dentro de ellos de los que están más jodidos, los que tienen además de la desgracia de ser pobres, una condición de minusválidos. Impulsan esto dos compañeros: una compañera, (Pediatra) y su esposo. Ambos sufrieron durante la dictadura las peores torturas y verdugueos inimaginables. Ella se traslada en silla de ruedas.

Ella cuando yo les hablo de lo que les acabo de relatar a ustedes, me contesta que lo que ellos están haciendo es sólo un “fogoncito” y que no podremos tener una opción política valedera, hasta que se unan todos los “fogoncitos” que hoy humildemente y sin bulla están surgiendo en nuestra patria. Cuando se unan será llamarada. Entonces... ya viejo, voy a morir –como todo el mundo-. Y moriré soñando.

Qué linda la llamarada alumbrando al mundo entero.

(en memoria del Bebe y el Canario Eleazar)

Pucha que son largas las noches de invierno... ¡qué razón tenés, Mago!, y frías además. Sobre todo si se está a salto de mata y no hay casas seguras para dormir. El Flaco pensaba que ya no podía ir más por lo de los viejos, es cierto que oficialmente no estaba requerido, pero los milicos ya deberían saber que andaba por acá y no sería de extrañar que los vigilaran. Ni que hablar de aquellas tías de tradición italiana, que de corazón se supone que apoyaban lo que hacía el Flaco, pero cuando les cayó de improviso hicieron un cónclave con otro tío que vivía al lado y con el tío abuelo que también vivía ahí y la familia italiana resolvió (¿por mayoría? El Flaco no estuvo en la votación) que no podría quedarse: el miedo era mayor a la simpatía y los entendía perfectamente.

Había 2 ó 3 casas más en las que había pasado alguna noche, pero para esas precisaba algún día de anticipación para enganchar el contacto correspondiente. También había un ex compañero de estudios que ya lo había guardado, pero eso era cuando recién había vuelto al país y no lo comprometía demasiado, pero caerle ahora sería ponerle una bola de fuego en la casa... y había gurises.

Entonces, no había otra que volver (otra noche más) al pequeño trozo de terreno con pasto que quedaba atrás del talud de la cancha de fútbol. Era bastante seguro, estaba en un extremo del parque y se accedía por la cancha de al lado que estaba en reparaciones y tenía un tejido roto. Un hombre solo con una gabardina vieja (el portafolio no ayudaba, es cierto) metiéndose en el parque, bien podía estar buscando un árbol donde descargar las aguas. Pero además nunca había visto nadie cerca de noche las veces que había ido. Salir era más fácil: se podía vichar los alrededores antes de quedar visible y esperar el momento adecuado; tampoco había encontrado a nadie las veces que salió.

Pero... estaba aquel local de la Ciudad Vieja. Al Flaco no le gustaba ir por la Ciudad Vieja, se sentía como indefenso, encerrado. Es cierto que había trabajado cerca unos años atrás, en el viejo Hospital que quedaba

a dos cuadras, pero eso era cuando era legal... y de día. Todo lo contrario del Bebe, que a pesar de ser el hombre más buscado en todo el país, le gustaba andar por esos lados, por la Plaza Independencia, el Mercado Central: ¡el primer contacto se lo había dado nada menos que en el Fun-

Fun! “Me buscan por lugares perdidos, no se les puede ocurrir que ando por acá”. Claro que hoy el Bebe debería andar más lejos. Porfiado, no quería irse del país, como le pedían casi todos los compañeros que quedábamos libres todavía; pero el Flaco olfateaba (algo le habían comentado también) que iba a buscar la forma de perderse en alguno de esos montes que tanto conocía. Capaz que ya andaba por alguno de ellos.

Pero...pucha que son largas las noches de invierno.... y frías. Y ese último día de agosto era invierno por unanimidad. ¿Otra noche más tirado a la intemperie? No es que no lo soportara, pero no se dormía bien y al otro día había que salir y andar trillando calles con todos los sentidos alerta. Sí, capaz que por esa noche al menos era mejor agarrar para la Ciudad Vieja.

El Canario entra al Banco, confiado, no va a imaginar que en esa patrulla que pasa por ahí iba un miliquito que era de su mismo pueblo y que encima lo iba a reconocer. Va, hace los trámites que le habían encomendado (entre ellos pagar el alquiler de un local). Cuando sale, lo están esperando, no le dan tiempo a nada. Es duro, por más que le peguen no le van a sacar información; pero ellos tienen todos los papeles, en uno de ellos está la dirección del local de la calle Sarandí.

“El Canario no vino y ya pasó la hora que pusimos como tope” dice el Bebe preocupado. La Negra intenta tranquilizarlo: “Quién sabe, tenía muchas vueltas, se puede haber retrasado”. - “No, ya es muy tarde, no podemos quedarnos acá, vamos a buscar donde pasar la noche y mañana vemos”. Tenían confianza en el Canario, pero podía haber caído y los milicos podían haber encontrado algún dato que los llevara a aquella casa en las afueras de Montevideo. No se podían arriesgar. Y así salieron a buscar algún montecito donde pudieran pasar la noche escondidos y desapercibidos.

El Flaco se baja del ómnibus a la altura de Pérez Castellano y dobla por Sarandí rumbo a la escollera.

A media cuadra está el local: una cortina metálica al frente, que cubre una vidriera y una puerta de entrada; a la derecha un corredor en el que hay un baño y frente a él una puerta que da a la trastienda y por la que se entra de noche. Al acercarse ve que hay luz e instintivamente sigue de largo, pero en la esquina el cansancio le juega una mala pasada, le hace acordar que no miró si estaba puesta la señal de libre, la punta de un diario asomando por abajo de la puerta. Duda unos instantes... y pega la vuelta. Ve la puntita asomando y entra.

Ahí estaban el Bebe y la Negra. Habían tenido que dejar el local donde estaban, porque el compañero que les daba cobertura no había vuelto. No tenían noticia de él. Habían pasado la noche anterior a monte y se vinieron para acá para hacer unos contactos al día siguiente, para volver al interior.

El Flaco sale para conseguir algo de comer. Sabían de un boliche cercano que estaba abierto hasta tarde. Al parecer estaba todo tranquilo, esa parte de la Ciudad Vieja habitualmente era un desierto a esa hora; al fin de cuentas no había por qué sentirse tan inseguro ahí. Llega al boliche y compra unos cueritos de chanco: ya estaba resuelta la cena.

Después de comer se reparten ubicación y fierros. El Bebe con la Negra van a quedarse en la trastienda, él tiene su pistola 45 y la Negra un revólver 38 con algunas balas de repuesto. El Flaco quedará en el frente, durmiendo en un sofá y con una pistola 22. Hay que abrigarse porque la noche de invierno es muy fría.... y va a ser tremendamente larga.

Es acá: Sarandí 225. El oficial de Marina ordena a sus hombres que se desplieguen en silencio de modo de cubrir cualquier posible salida . Uno de ellos golpea la cortina metálica.

El Flaco se despierta: “Nos encontraron”. -“Debe ser un mamao” contesta el Bebe que estaba en guardia. El golpe se repite. “Pa mamao, bastante cargoso” le contesta el Flaco, que ya se levanta y apronta la pistola para juntarse con los otros en la trastienda.

Un milico trepa a la cortina y alcanza a mirar hacia dentro por una

rendija en su parte superior; el Flaco no ha pasado todavía hacia atrás: “Ahí adentro hay uno”.

El Flaco se da cuenta que es el final. No hay escape posible. Salgan vivos o muertos (es lo de menos), este es el golpe que les va a permitir a los militares cantar victoria. Lo que habían buscado a través de la falsa tregua ofrecida y de las “negociaciones” en los cuarteles, lo van a conseguir por una boleta de alquiler: la caída del Bebe. -“Quieren decretar la derrota de la guerrilla para prestigiarse y seguir después por el poder político” había dicho el Bebe, no por profeta sino por un lúcido análisis de la situación.

Otros, con sueños peruanistas, habían apostado a ganarse parte del ejército para hacer una revolución (¿de qué signo?).

El resto es mera anécdota. Un tiroteo desigual, una pistola 22 que se tranca a cada tiro, la resolución del Bebe de resistir solo. -“Salgan ustedes”; y a los milicos “todavía vamos a tirar unos tiritos más”. La salida por el corredor con las órdenes contradictorias de los milicos: “Salgan con las manos en alto” y luego “las manos en la nuca”. (El Flaco ya no piensa lo que dice, solo está pensando en la trascendencia de ese momento: “Al final, ¿donde pongo las manos?”). El corredor no termina más, el Flaco está esperando la bala, pero no llega. Llega un culatazo que le abre la cabeza y un milico que se le para arriba. Después algunos tiros más y luego el silencio. En el hospital un médico le tira una piola para quedarse: “Tiene la cabeza abierta, debería quedarse en observación”. ¿Para qué? Da lo mismo, más vale empezar cuanto antes, habrá que aguantar lo que venga, pero LA CAÍDA ha sido un golpe demasiado grande como para que importen otros detalles.

La noche sigue fría... y va a ser terriblemente larga.

Certeza de la fecha no tengo, pero seguramente estábamos a fines de los sesenta o comienzos de los setenta. El IPA era un centro de estudios bastante pequeño. Tenía tres locales en la calle Sarandí y Zabala. El principal, en el número 420, enfrente un apartamentito lamentable, el 423, y en la cuadra anterior, una casona tan vieja como la sede principal, en el número 372.

Ese día había una asamblea del Centro de Estudiantes del IPA (CEIPA). Se debía resolver qué postura llevaba el Centro al Federal de FEUU que se realizaría al día siguiente. Pienso ahora que se decidiría ir a una huelga de toda la enseñanza superior, o alguna otra cuestión importante. O sea que era un tema de relevancia, no solo para los estudiantes del IPA y de las Facultades, sino también para el gobierno de la época, que si no me equivoco era el del Paco Areco, así le decíamos porque el CHE no le iba muy bien.

Una buena cantidad de los estudiantes estábamos en medio de la Asamblea en el hall central cuando alguna voz gritó: ¡LA CANA! Hubo un revuelo, los que estábamos en la Asamblea nos movimos hacia algún salón de clase.

De algún lugar apareció Ruben Yáñez, y nos dijo que entráramos a un salón. Le parece a mi memoria que éramos como cincuenta en un salón que tendría veinte sillas. Él empezó a hablar hasta que a los pocos minutos o segundos se abrió la puerta y un uniformado (de la policía) apareció en ella. Yáñez con toda la cancha del mundo le dijo “Buenas noches, señor oficial, me presento, soy el profesor Ruben Yáñez y acá estoy con mis alumnos.” Fue de lo más gracioso, pero nadie se rio.

La hago corta porque tampoco recuerdo los minutos que pasaron hasta que fuimos subiendo a dos o tres ómnibus de CUTCSA que nos llevaron a San José y Yi. En el camino cantábamos *que venga el trigo, que venga el maíz*. Terminamos en un gran patio de Jefatura, donde estábamos no solo los estudiantes, sino el Director del IPA, los administrativos, profesores, todo el personal de biblioteca, laboratorios. Se habían salvado los que

estaban en el bar de la esquina, y los estudiantes que, muy tranquilos asistían a clase en el 423 y el 372.

Obviamente el mensaje de las autoridades era para la FEUU. Lo lamento, pero no recuerdo qué pasó al día siguiente con ese Federal. Para nosotros los del IPA fue casi una diversión. Supongo que nos habrán tomado los datos, o tal vez no. Estuvimos unas cuantas horas y eso fue todo. Con su actitud Yañez nos dio una lección de qué tipo de profesores podíamos ser en el futuro.

Pasaron algunos años, ya me había recibido de profesora, y había tenido que ir a vivir a la Argentina con mi pareja. Varias veces fui a Migraciones que estaba cerca de Retiro, en Buenos Aires y tuve allí mis primeras experiencias de discriminación. No porque fuera discriminada yo, una uruguaya de cutis blanco, pelo castaño, que hablaba castellano casi igual al de los funcionarios de Migraciones. No, los uruguayos no éramos discriminados. Pero sí veíamos la discriminación hacia los bolivianos, paraguayos, chilenos. Eso fue un choque para mí. El examen médico para nosotros consistía en algunas preguntas y nada más. A las otras nacionalidades les hacían desnudarse, los trataban como una manada de vacas u ovejas. Era muy triste.

Una de esas veces vi a Roberto Ares Pons que estaba en el portón de entrada de Migraciones, como esperando a alguien. Me dirigí a él y le dije Profe, sin medir las consecuencias, la reacción que él podría tener ante una persona desconocida que le dirigía la palabra como si fuera la cosa más normal. Le vi la cara de desconcierto, de temor. Además Ares tenía unos rasgos muy particulares, enjuto, serio, era raro verlo sonreír. Me apuré a tranquilizarlo, le dije quién era, que lo conocía por una amiga común, pero que no nos habíamos visto nunca en casa de ella, que yo lo conocía porque medio Montevideo lo conocía también. Charlamos un rato, pero no estoy segura de haber disipado totalmente su desconfianza.

El golpe de Videla y compañía no había sucedido aún. Mi compañero encontró un trabajo que no le disgustaba y con el que ganaba bien. Vendía diferentes mercancías a comercios mayoristas que estaban en el Barrio Once. No sé por qué vía llegó Ares, que estaba sin trabajo y muy mal de ánimo, a trabajar con él vendiendo biromes, artículos promocionales

y otras chucherías. No fue por mucho tiempo. Me daba pena que un historiador prestigioso, autor de interesantes y sabios libros tuviera que gastar los zapatos por la calle Corrientes vendiendo semejantes pavadas; mi compañero no lo veía así ya que él estaba conforme con el trabajo y nos podíamos mantener con eso y con unos bolsos de hilo sisal que muchos uruguayos hicimos en esos tiempos. Coincidimos un par de veces en casa de amigos comunes. Luego de dos años nosotros nos fuimos a otra Provincia de la Argentina e ignoro qué fue de su vida en esos años. Supongo que como yo no debe haber podido ejercer su profesión en la Argentina.

Nos reencontramos en Montevideo, después del 85 varias veces, casi siempre en Cinemateca.

Ni Ares Pons, ni Ruben Yañez fueron mis profesores nunca. Los dos murieron ya.

En este relato los recuerdo en los pocos instantes en que mi vida se cruzó con la de ellos. Unos profesores para sacarse el sombrero.

Podemos leer “mil novecientos setenta y uno”, o también,
“primero de setiembre del setenta y uno”

“El olvido está lleno de memoria”

Mario Benedetti

A fines de la década de los sesenta, se fue profundizando una crisis económica, con descenso del poder adquisitivo de la clase media y los sectores populares. Y los estudiantes no éramos ajenos a esa realidad.

Veníamos de una elección en 1966 donde triunfó la fórmula Gestido-Pacheco, con una reforma constitucional donde se volvió a un sistema presidencialista. En diciembre de 1967 fallece Gestido y comienza el nefasto período pachequista, es el inicio de una predictadura. Se implementa un modelo económico que barre con el liberalismo batllista. Se inicia una política económica bajo los lineamientos del Fondo Monetario Internacional (FMI), resistida por trabajadores y estudiantes. Pacheco gobernó con medidas prontas de seguridad y militarizó a muchos sindicalistas, algunos fueron a parar a cuarteles.

Época de gran movilización de obreros y estudiantes. Veníamos de la lucha por el boleto que ya había costado la muerte de varios estudiantes: Líber Arce, Susana Pintos, Hugo de los Santos. (1968) Era el pacheato que gobernaba con medidas prontas de seguridad permanentes. La lucha era completamente desigual, papel y cuerpos frente a gases lacrimógenos, palos y balas. Fueron cientos los baleados y lesionados por los sablazos y palos.

Semanas después del asesinato de Heber Nieto, estudiante de UTU ocurrido el 24 de julio de 1971 frente a la escuela de la construcción en Arenal Grande y Haedo, los estudiantes de Secundaria, UTU y la Universidad realizamos una manifestación en la zona de las Facultades de Medicina y Química para reclamar por las desapariciones de Abel Ayala (riverense, estudiante de Medicina, funcionario en Sanidad Policial, vivía como pensionista en un hogar para estudiantes católicos en la iglesia del Cerrito, es el primer desaparecido, el 17 de julio de 1971) y Héctor

Castagnetto, estudiante de Agronomía, quien también sigue desaparecido desde el 17 de agosto de 1971. El “escuadrón de la muerte”, organización paramilitar, con integrantes del propio gobierno, de la policía y las fuerzas armadas, realizaba atentados, asesinaba y desaparecía militantes como Ibero Gutierrez, asesinado en febrero de 1972 y Ramos Filippini.

Ese primero de setiembre cientos de estudiantes nos concentramos a las cinco de la tarde para hacer un “peaje”(reparto de volantes y pedido de plata a los autos que pasaban, para apoyar algún gremio en conflicto) por General Flores, entre las Facultades de Química y Medicina. Uno de ellos era Julio Spósito, era flaco, rubio, de largos bigotes y barba crecida. Estudiaba en el IAVA. Integraba el Frente Estudiantil Revolucionario, una agrupación estudiantil con presencia sobre todo en secundaria. Yo no lo conocía como a tantos otros de los que ahí estábamos. Las movilizaciones ganaban las calles en forma masiva. La policía tenía la orden desde que se instaló el pacheato de abrir fuego con sus armas de reglamento. Los enfrentamientos con la policía seguían en aumento. Los estudiantes estábamos seguros de que nuestra protesta era justa. Las manifestaciones relámpago de estudiantes universitarios y de secundaria, se sucedían en todo Montevideo.

En los alrededores del Palacio Legislativo había “guanacos”, “chanchitas” y “roperos” todos vehículos policiales, con decenas de agentes policiales. Era muy común que reprimieran las manifestaciones o todo tipo de medida que se hiciera, por lo cual siempre estábamos atentos a ello. De pronto se sintieron disparos y una nube de gases lacrimógenos inundó la concentración, corrimos hacia la Facultad de Química. Julio fue uno de los últimos en entrar, ya dentro de la Facultad, en los primeros escalones, exclamó “me dieron”. Había recibido un balazo en la espalda; disparado por la policía cuando ya estaba dentro de la Facultad. Rápidamente se le dieron los primeros auxilios, alguien pedía por un médico, Tito, a quien yo conocía de mi facultad, fue uno de los que le prestaron esos auxilios. El propio decano, Pablo Carlevaro, indicó a otros estudiantes que lo llevaran a su camioneta que él lo trasladaba al Hospital de Clínicas. Colocaron a Julio sobre un pizarrón que ofició de camilla y lo sacaron por una puerta trasera. Dos o tres estudiantes trataban de reanimarlo. Permanecí ahí paralizado, sin atinar a nada. Luego me enteré que había muerto debido

a una herida de bala calibre 38 que recibió por la espalda. Tenía 19 años. Ese asesinato quedó impune como tantos otros. Nació y creció la generación de la impunidad, nuestro rol es no dejarnos atrapar por el olvido y el desconocimiento de ese período.

A Julio lo fui conociendo luego y lo sigo conociendo hasta hoy. Estudiaba y trabajaba en un quiosco de venta de diarios y revistas. Tocaba la guitarra como una forma de servicio al hombre, a su liberación integral. Militante cristiano integrante de los grupos de reflexión de jóvenes de la Parroquia de Pocitos. Desarrollaba una tarea educativa con niños y preadolescentes en el MIYA (Movimiento infancia y adolescencia), tarea formativa crítica referida a la sociedad y sus valores. Julio sostenía que esta sociedad, por demás injusta, era necesario cambiarla con la práctica diaria de los valores que humanizan. Fue integrante de los grupos JEC (Juventud estudiantil católica); luego se integra al FER en su lucha y pasión por construir un futuro diferente, justo, solidario y libre. Fue un militante estudiantil, social y cristiano, asesinado el 1º de setiembre de 1971, a los 19 años, durante la represión policial contra una manifestación y ya dentro de la Facultad de Química

Julio Spósito fue un joven luchador social, militante estudiantil y católico, que integra la triste nómina de mártires estudiantiles de nuestro país. Mantener la memoria de quienes lucharon y dieron su vida por una sociedad más justa, esa sociedad que soñábamos y seguimos soñando, por la dignidad del ser humano y por su libertad, es una forma de sustentar los verdaderos valores de convivencia que deseamos alcanzar. Confluían en él la alegría contagiosa, la reciedumbre, la profundidad de su reflexión con la intransigencia. Llevaba consigo un sentido de fraternidad y entrega sin límites. Siempre estuvo donde se luchaba por la verdad, por la justicia, por la liberación del hombre.

Cuando salí de la cárcel en 1985 entré a trabajar en una imprenta y el encargado era Julio Spósito, el padre.

Año 1973; año tenebroso para nuestro Uruguay. Las tinieblas y el terror se esparcían por el aire como semillas al viento; el golpe de estado aplastó con su bota inmunda, nuestras esperanzas de jóvenes de una sociedad mejor, más solidaria, sin explotados ni explotadores. Utopía de jóvenes. Yo tenía 21 años y mis ideas bien claras, sabía lo que estaba sucediendo

Era novia de un obrero textil, que había ocupado la fábrica durante la huelga general. El era mucho más militante que yo, más valiente que yo, se la jugaba por sus ideales. Era una mañana hermosa, soleada, en un país oscuro, donde imperaba el miedo. Caminaba por 8 de Octubre y Piccioli, plena Curva de Maroñas, querida y Danubiana Curva de Maroñas, caminaba hacia el centro, por la avenida desfilaban autos, ómnibus, motos; y en un segundo que ha durado 45 años, vi pasar hacia afuera la camioneta verde del ejercito; un soldado manejaba y otro iba de acompañante, y en el medio llevaban a alguien. Nunca supe si era hombre o mujer, joven, viejo, negra, blanco o rubio, gordo o flaca, no sé si su cabeza tenía pelos o estaba pelado, una monstruosa e inmunda capucha negra, cubría su cabeza, casi colgaba hasta su pecho, y en ese segundo olí su miedo, su terror penetró todas las fibras de mi ser, se metió en mi cuerpo, en mi cabeza, yo supe, como lo sabía quién iba debajo de la capucha, que hacia un viaje hacia el horror, del cual tal vez no regresara nunca. Tal vez su cuerpo se hundió en nuestro río como mar, tal vez estará en una fosa enterrado en algún cuartel, o sobreviviste, compañero, compañera. Nunca sabrás que yo te vi ese segundo y que llevo hasta hoy esa imagen conmigo, en todo momento, y a todas partes. Hoy escribo estas líneas por todos los encapuchados del mundo, por todos los torturados del mundo, por todos los desaparecidos del mundo. A los jóvenes les entregamos la misión de borrar todo vestigio del horror que hemos vivido y construir de verdad un mundo más justo, más libre, más solidario.

Fue una mañana de sol, fría.

El barrio parecía el mismo: los vecinos con la bolsa de mandados, los repartidores, el aroma a pan recién salido, los gorriones entre saltos y vuelos.

Irma, trata de asomarse a la ventana de la cocina, pero no puede. Agarra la escoba y repasa motas de polvo inexistentes, busca qué barrer. Después, con el repasador buscar secar algo, o pasarlo por los bordes de algún cajón. Acomoda algún florero en el estante, algún vaso que no está convenientemente alineado. Abre la cortina, y después la corre, para después, distraída, volver a abrirla. Se pasa las manos por el delantal. Después vuelve -ha vuelto tantas veces que no las puede contar- a la mesada a servirse otro mate minúsculo. Tibio, lavado, pero compañero.

Todo parece igual. Pero no es igual.

Anoche, después del informativo, le invadieron la casa donde vive, sola. No precisó preguntar: la pinta los vendía. Cuatro tiras se metieron de pesados a buscar al hijo de Irma.

-No vive acá.

-Ya sabemos. Pero en algún momento va a venir. Viene todos los días.

La indignación repentina, silenciosa: difícil de tragar, pero queda claro que algún vecino les pasó el dato. Es cierto: el hijo pasa todos los días a saludarla, camino del trabajo; y también saben que el hijo pertenece a una agrupación política prohibida. En los diarios los llaman delincuentes, apátridas, terroristas. Y además, saben que va a visitarla de mañana, a eso de las once. Lo saben. Pero no quieren darle ninguna ventaja, y entonces montan la ratonera de noche, por las dudas. "Tranquila"- le dicen, como si fuera posible -"no es con usted la cosa". A una madre: como si no fuera hijo de ella.

-¿No tiene algo de comer? ¿Una botella de agua?

Y entre cuatro tipos armados, ella, pequeña y mujer, pero madre, se planta:

-¿Ustedes vienen a mi casa a llevarse a mi hijo y pretenden que les dé de comer? De esta casa no van a tener nada. Si quieren algo se lo van

tener que ir a comprar afuera. Y si quieren dormir, en el piso.

Vuelca en la pileta de la cocina el contenido de una botella de agua mineral a medio uso y cierra el pase de agua: tira a la basura dos milanesas que guardaba en la heladera, y un paquete de galletas.

Ahora, de mañana, se acerca la hora en que el hijo llega a visitarla, y ella no sabe qué hacer con las manos. No la dejan asomarse a la ventana, para que no dé el aviso. A cambio ella tiró el poco café que le quedaba en la basura para que ellos no lo usen.

Repasó el orden y la limpieza de toda la cocina, mientras ellos terminan de montar la ratonera: entra por ahí, así que vos ponete ahí, vos allá, y vos allá atrás.

Irma maldice la hora que pasa. El hijo llega siempre en una Velosolex y el ruido del motor le anuncia la llegada del hijo antes de que aparezca. Y llega por el lado de la ventana de la cocina: por eso, cuando se arrima la hora, la hacen esperar al lado de la puerta del patio, cerrada con llave, del otro lado de la casa.

La casa es todo silencio y ella lagrimea de desesperación. Solamente se oye el canto de los pájaros y el chasquido de la tijera de podar del vecino de al lado, en el patio frontal.

A las once menos cinco a Irma parece que le estalla el corazón.

Y entonces, la llegada del sonido del motor de la Velosolex, como todos los días, deteniéndose al lado de la puerta: los tiras se disponen en posición de ataque. A Irma le advirtieron que si le grita una advertencia, directamente le van disparar al hijo, en lugar de detenerlo.

Hay un silencio que solamente una madre puede contener en el pecho: quiere gritar pero no puede.

Y entonces, el motor vuelve a encenderse, acelera y se aleja, rápidamente. Los tiras, sorprendidos, demoran unos segundos en reaccionar, y después salen, atropellándose a ver qué pasó.

El hijo de Irma ya no está a la vista. Los tiras salen corriendo en busca del auto en el que vinieron, para perseguirlo si lo encuentran.

Irma también se asoma. El vecino todavía está junto al cerco frontal. Ése que podó hace varios días, y sostiene la tijera, ésa que estuvo haciendo sonar, para poder avisarle al hijo de Irma.

“Cada día es un escalón; yo voy a salir cuando hayamos llegado a la cima de la escalera; pero no sé todavía, cuántos escalones tiene”. Esa era la explicación que nos daba papá a Valentina y a mí, cuando insistíamos en querer saber qué día regresaría a casa, para volver a ser cuatro. Yo tenía cuatro y mi hermana cinco años, y esto nos lo decía en el patio de visitas del Establecimiento Militar de Reclusión N°1.

Era un sábado por mes. Nuestra Abuelita llegaba a casa muy pero muy temprano para ayudar a mamá a aprontarnos para el gran viaje: un trolley hasta la plaza Cagancha y luego un Cita hasta el Penal de Libertad (¡qué largas las distancias, entonces como ahora!)

Largas esperas, minuciosas y tontas revisiones, Amanda y su maltrato, despacho de provisiones que se autorizaba llevarle a los presos... luego otra caminata y llegábamos por fin a donde se encontraban papi y “sus amigos”.

Un rato jugábamos y otro rato “teníamos” que conversar. Ser buenas, justas y solidarias, era lo que papá nos decía, esperaba de nosotras.

En eso y en ayudar mucho a mami, era en lo que siempre insistía.

Siempre sabía mucho de nosotras. Demasiado para no vivir en casa, pensaba yo. Y preguntaba. “Es que un pajarito llamado Tomás -que viajaba periódicamente de Malvín al Penal- siempre me cuenta todo lo que ustedes hacen” respondía papá. Y por alguna razón, su explicación me convencía (reconozco que recién luego, empecé a sospechar que entre mamá y él, nos hacían algo de trampa).

Yo tenía casi siete años. Uno de esos sábados, mamá no pudo entrar. Se había olvidado de su cédula de identidad y no la dejaban pasar del primer portón. No hubo caso. Toda su apuesta para ese día de visita, quedó hecha pedazos. Y los milicos se empeñaban en hacerla sentir culpable.

Y lo lograron. Lloraba y se culpaba y lloraba, por su terrible olvido.

Nosotras igual entramos a visitar a papá. Nos acompañaba Abuelita. Creo recordar que mamá se quedó sola en el portón de entrada. Seguro recuerdo su desconsuelo.

Con algo de angustia por mami, pero con ganas de ver a papá y poder mostrarle mi nuevo buzo, único en Uruguay - de manga larga, color gris, y con un gran dibujo del conejo Bugs en el pecho- seguí adelante. (Único en el país, pues mamá me lo había comprado en el país yanqui, al que debió llevarme por una cuestión de vida. Y ellos me salvaron... entonces ¿por qué sentía yo casi el deber de creer que ellos eran malos?)

Como ocurría indefectiblemente cada día de visita, debimos enfrentarnos a la revisión de Amanda. Y ahí mi mayor angustia: el Conejo Bugs no estaba permitido.

Quién sabe qué cosas “le” iba a querer decir ese conejo a mi padre, me explicaron después.

Pero yo no podía entrar sin él. La camiseta que llevaba debajo, no me protegía lo suficiente del frío que creo recordar, hacía siempre en ese lugar.

Había que encontrar otra solución. Entonces, Amanda, haciendo uso de toda su inteligencia dijo: “se lo pone con el dibujo en la espalda!”.

Quizás por un destello de lucidez inmediata o, seguramente por la gracia que le causó su solución a mi Abuelita, Amanda reaccionó diciendo entonces: “¡ se lo pone al revés y al revés!”. Y así fue.

Ni papá, ni ninguno de sus amigos, pudieron ver al Conejo Bugs luciendo en mi pecho.

Al revés

La persona que quiso a mi padre más que nadie en el mundo, no pudo verlo.

Ella, la mujer más fuerte, era casi que un trapito, cuando la volvimos a encontrar a la salida.

Preso, pero en Libertad. Escaleras sin fin. Los malos me salvan.

Y mi conejo Bugs, sigue al revés, al revés.

Como siempre los familiares que teníamos visita en el Penal de Punta Carretas nos reuníamos en el café de enfrente. A la hora señalada cruzábamos ordenadamente en fila a la visita, de acuerdo a la hora de llegada.

En esa época la visita era en una mesa larga; de un lado se sentaban los presos y del otro los familiares, y al extremo de la mesa un guardia que anunciaba el fin de la visita golpeando las manos. Ese día el orden en que estaban sentados los presos, si no recuerdo mal, era: Sendic, Riera, el Goyo, el Beto Falero, Bidegain, Cámpora, el lagarto Datena, hasta ahí los que tenían tarea y sabían de la acción que se llevaría a cabo.

Los familiares de esos presos nos enteramos allí de lo que iba a pasar allí. David llamó a Pablo y le recomendó que cuando el guardia aplaudiera, él se fuese enseguida conmigo y los hermanos, y que no hiciese, como acostumbraba, ningún escándalo para conseguir quedarse media hora más: “No hagas teatro, ni llores para quedarte” Nos dijo que era importante que la cola para salir se armase rápidamente.

Hubo imprevistos, Celeste al entrar vio al Goyo sentado tan al comienzo y apretado. Ella, con una panza enorme, le dijo: “¿Qué hacés ahí? Vení al fondo que hay lugar”, él respondió muy serio: “Vení y sentate”, ella se dio cuenta que algo pasaba y se sentó. Otro imprevisto fue la visita, no anunciada, de la mujer de Sendic, (Lidia Rodriguez), que venía de Paysandú y hubo que reapretarse ya que Sendic tenía la visita de su hermana Alba quien tenía una tarea a realizar.

Según se me dijo, Raúl era el único que tenía un corte por si algo pasaba. En el curso de la visita los hermanos Bidegain fueron cambiando gorra, lentes, bufanda y llegó la batida de palmas del guardia, fin de la visita. Rápidamente Alba Sendic se fue al guardia para que le firmase un recibo de algo que había entregado, prácticamente lo empujó a la cabina (a tetazos decíamos luego) y lo sacó del medio. Despidiéndonos, hicimos pantalla Riera y su compañera, David y yo, para el intercambio de chaqueta y que cada hermano ocupara el lugar del otro, fuimos

saliendo en la rutinaria revisión. Los milicos tomaban mate y Ariel siempre se iba trasladando hacia atrás de la fila, cuando la fila salía ya revisada, pasaba a su lado él se incorporaba evitando así una revisión que no le gustaba. Eso hizo el coca cola saliendo a la libertad, quedando su hermano (el pepsi) en una prisión que fue más larga de lo que se pensaba.

El coca cola salió con la nena de Corina Devita en brazos.

Nuestra casa fue un cantón a partir de 1968 y como tal se mantenía con dinero de la “orga”. Muchas veces al quedarnos sin dinero iba a empeñar mi anillo de compromiso, un solitario brillante en oro blanco, elegido con el suegro y pagado en cuotas con intereses durante mucho tiempo. Iba a la Caja de Préstamos Pignoraticios y empeñaba el anillo, cuando llegaba la plata de la orga lo iba a retirar y así hasta la próxima vez.

Una noche me avisan que se llevaría a cabo una acción y que teníamos que tener abierto el portón, etc. Al día siguiente me entero: habían vaciado la Caja de Empeño y a casa vinieron a parar algunas bolsas. Así que, en broma, al enterarme les tiro al berretín la boleta de empeño, allí estaban separando las joyas. No habían pasado dos horas cuando oigo que me llaman y decían “¡Qué culo negra! Subí la bolsa” y me enviaban una cajita con mi anillo.

Al día siguiente gran discusión: David decía que el anillo no me pertenecía más, ya que era de la orga, que había que esperar la llegada de Caruso (Rosencof) a ver que opinaba. Este llegó y se reía y me autorizó a quedarme con mi anillo por si lo volvíamos a necesitar.

A las pocas semanas fui a cobrar la indemnización que pagaban a los propietarios de las joyas robadas. Finalmente, en algún allanamiento, el anillo desapareció.

Trajeron por la mañana otras bolsas del robo, la cosa es que un compañero pasó de largo por el lugar donde esperaban para ser levantados una pareja con bolsas del robo, levantó a otra, un malentendido, lo que significó que al día siguiente por la mañana transportasen las bolsas en cuestión.

Como era mucho trabajo, se decidió trabajar arriba en el comedor de la casa y no en el berretín. Por la noche subían los “clandes”, desparramábamos las joyas encima de la mesa para clasificarlas, parecía la cueva de Alí Babá. Para pasar mejor el rato bromeábamos; nos regalábamos y enjoyábamos, y reímos mucho cuando un compañero, “El rústico”, hizo un comentario: “Si tendrá hambre el pueblo uruguayo, que hasta los adornos de plástico empeña”, mientras mostraba un enorme coral.

Creo que el tiempo distorsiona muchos recuerdos de mucha gente. Cada uno le da su matiz, por mi parte, tengo una memoria de elefante, pero a la vez soy muy rencorosa y por eso tal vez no olvido cuando me hacen algo.

Cuando el viejo Fly se enfermó, hizo un infarto, se bajaron todas las guardias del cantón. Recuerdo que la enfermera era Haydée D'Aiuto, y el médico de cabecera era Alvariza, y el consultante, cardiólogo, (el nombre se me escapa en este momento) salió al exilio a París y creo que volvió. En un momento, el compañero, al ver que se decide trasladarlo al Hospital Británico, plantea que está preocupado, pues lo van a llamar a él como catedrático consultante y teme que Fly lo reconozca por las manos. En esos días hubo que romper la pared del berretín para que pasara la camilla. También se habían introducido balones de oxígeno, aparatos para electrocardiogramas, etc. etc. Honestamente, creo que Fly se salvó porque lo teníamos nosotros, sino, la hubiese quedado. Cuando salió la ambulancia con él, y atrás el grupo de apoyo militar, con el viejo Cultelli al volante, se metieron al corso que había en Pedro Primero, y salieron, pero como Cultelli era muy chicato, los perdió de vista, así que hicieron el viaje sin grupo de apoyo.

Es cierto que le regalé, yo, personalmente a Fly una crucecita de oro, recuerdo de los pignoraticios. Y ese día le había cocinado un arrollado de bizcochuelo con mayonesa y jamón. Lo primero que pensé fue que se había enfermado por la comida.

Un recuerdo nítido es el de verla aparecer en el CASMU 3 con un ramo de fresas para mi hija recién nacida.

Después nos trajo una muñeca de rizos rubios, bautizada Sol, y un delantal con voladitos y bordados de un viaje a la Unión Soviética. Dejamos de vernos del todo en el 75. La vecina me avisaba y yo ya estaba con el tubo en la mano, el pasillo —entre el apartamento 2 y el 4— a la espalda. El auricular permitía confirmación de existencia, ratificación de que estábamos. Ella, seguía remontando la cometa de la dirigencia estudiantil. Yo había hecho averiguaciones en la Embajada de Venezuela para que se refugiara. Pero no quiso. Había preferido vivir en el aire, como el viento. Mientras, yo cortaba y golpeaba churrascos, lavaba ropa a mano, criaba criaturas y escribía cartas al Coronel explicando con detalle exhaustivo por qué me correspondía el puesto que me habían sacado. Nuestros tiempos tomaban líneas distintas: el de ella iba por entre las copas de los plátanos —un sendero aéreo de hojas— emitiendo susurros intermitentes, adelgazado y cableado; el que me rodeaba tenía muchas bocas y yo, muchas manos. Y cada tantos días, una tomaba el tubo del teléfono de la casa de la vecina.

En el 76 me pidió algo: que fuera a una oficina a la hora exacta en que abrían y apoyada en el mostrador sacara una cajita de fósforos. Fui. Antes de salir miré a los tres hijos: capaz que no los vuelvo a ver. Se me acercó no sé quién e hice el contacto. Debía volver otro día. Y volví. Pero cinco o seis minutos después de la hora fijada —me entretuve arreglándole no sé qué cosa al bebé mientras pensaba que si un día no me había tocado, en el segundo me quedaba la mitad de probabilidades—, y perdí el contacto.

Unos días después del fracaso aquel nos vimos. Veníamos en sentido contrario por una cuadra donde había una frutería. Nos entreparamos a mirar las frutas encajonadas y dije que no le había podido traer nada porque había llegado tarde.

Había concluido mi vida de “clandestinidad” (consistente en, además de las dos idas a la oficina de la cajilla de fósforos, otro episodio en el 74:

la de los pegotines que había adherido al tanteo en el poste de cemento, de espaldas a la columna del alumbrado) con la vista en dirección a unos cajones y una mirada sobre el hombro.

La clandestinidad (por decirlo de alguna manera) de ella terminó ocho años después, en agosto del 84, cuando salió de Punta de Rieles. Había estado encarcelada desde comienzos del 77. Y ese estado –el de prisión- no difería mucho para mi imaginario, del de la clandestinidad: era inalcanzable. Ella. Estaba hecha de humo humano, de carne intangible, del cuerpo y su sombra. Para mí ella estaba, en realidad, tragada por la sombra. Ella era, en realidad, la sombra. ¿Dónde estaba su sombra? Donde estuviera. O estuviese. La sombra era el lugar. Era persona y lugar.

Así vivíamos.

Fue un 22 de diciembre de 1974, acodada en la borda del Vapor de la Carrera veía como se iba alejando Montevideo y quería retener en mi mente las imágenes que cada vez se hacían más chiquitas con la distancia, no sabía si algún día volvería a ver mi ciudad, si algún día volvería a caminar por sus calles, ver a los compañeros, a la familia. Mi madre que sabía que hacia 4 días que la tenían sin dejarla salir de la casa. En mi casa habían puesto lo que llamaban ratonera para tratar de agarrar más gente. Supe con el tiempo por compañeros que después de ser liberados llegaron a Buenos Aires, que ya estaban cuidando mi casa cuando yo me fui y la única razón por la que no me detuvieron fue que no llevaba más que mi cartera y se pensaron que volvía. En la cartera había puesto un vestido maternal y una muda de ropa interior y eso fue todo el equipaje con el que llegué a Buenos Aires. En los recuerdos, se mezclaba el miedo, la impotencia, el miedo de perder a mi bebé cuando empecé con contracciones demasiado tempranas, los compañeros que se arriesgaron para ayudarme, cómo me cuidaron a pesar del riesgo que ello implicaba.

De Buenos Aires que puedo decir, que nunca me sentí bien, las circunstancias que me llevaron a estar ahí creo que fueron el factor determinante. El día de navidad me dormí y soñé que estaba en Uruguay con mi familia festejando la navidad, y fue la primera vez que pude llorar y lloré por todo lo que no había llorado hasta ese momento. Me recuerdo como el día de hoy el día que un compañero llega a la casa donde estaba viviendo en ese momento y veo que tenía el diario el país debajo del brazo. Incrédula le digo “compraste el país?” “Y él me responde “ lo traje para que veas que linda saliste “ En ese momento lo que sentí fue que todo el techo de la casa se me caía encima. Se borraban las posibilidades de volver por mucho tiempo. Empecé a aceptar que el exilio no iba a ser corto.

A los tres meses quedamos ilegales ya sé que venció la visa de turista que nos dieron al entrar y se acercaba la fecha del nacimiento. El 9 de Abril

me interné en el hospital Álvarez y después de muchos contratiempos nació Ernesto y en el hospital no me denunciaron, pero hasta el día de hoy recuerdo que Ernesto tenía un día de nacido, recién lo había puesto en su cunita ya que se había dormido y desde mi cama veo dos milicos argentinos con uniforme que iban avanzando en la sala y yo pensé que no sea para mí, veía al bebito tan chiquito, tan indefenso y pensaba qué podía hacer para sacarlo de ahí, ellos siguieron caminando hacia mí se pararon al lado de mi cama y dijeron “Nombre” no sé de donde saque las fuerzas para decir mi nombre. Se miraron dijeron: “no es esta” y se fueron. Me levanté, levanté a Ernesto de la cuna y me quedé abrazándolo por horas.

Después fue todo una seguidilla de salir a media noche porque estaban cerca, a media noche alguien nos avisaba y salíamos con lo que podíamos y el bebé. Una vez llegaba a la estación de Merlo me iba a bajar del ómnibus y en eso veo que toda la estación está rodeada por el ejército, a medida que iban bajando del ómnibus hombres para un lado, mujeres para otro y revisión de documentos. Hasta el día de hoy no sé cómo lo hice me bajé del ómnibus jugando con Ernesto y pretendiendo que no los había visto me metí en el tren que estaba parando y el tren cerró las puertas y Ernesto y yo seguimos camino a Buenos Aires.

Nos habíamos refugiado en las Naciones Unidas al poco de llegar a Buenos Aires. Lo que nos dijeron fue que escondiéramos bien la tarjeta Azul que nos daba el estatus de refugiado ante las Naciones Unidas, y que dijéramos a alguien de mucha confianza donde estaba por si desaparecíamos, esa persona podría informar ante ACNUR de que habíamos desaparecido. Pasó el tiempo se empezó a conocer la triste realidad de que cuando nos detenían se quedaban con nuestros hijos sobre todo los chiquitos y se los entregaban a otros milicos para que los criaran odiando todo por lo que nosotros luchábamos.

1976 fue terrible, todos los días sabíamos de compañeros que habían matado y otros que habían desaparecido y también de los niños que nadie sabía dónde estaban. Nos enteramos que muchos compañeros habían mandado a los niños para Uruguay con las familias y se sabía que

a los niños una vez que estaban en Uruguay los dejaban en paz. Así que tomamos la decisión de mandarlo a Uruguay, fue sin duda la decisión más difícil que tomé en mi vida. Presenté un cuadro de hepatitis, de lo que en aquella época los médicos decían Hepatitis de tres cruces y a las dos semanas no tenía ningún síntoma más, estaba bien. El médico del hospital me dijo que la única explicación fue que yo hubiera pasado por una situación de extremo estrés que provocó la subida de la bilirrubina en mi organismo y que por lo tanto no tenía Hepatitis.

Después vino la aceptación de Canadá para que viajáramos para ese país y como la situación seguía empeorando pedimos que nos llevaran a Ernesto solo unos días antes de salir para Canadá y allí comenzó otra etapa de nuestro exilio y sintiendo un dolor muy profundo por alejarnos cada vez más de nuestro país, pero era la única manera de sobrevivir y poder tener a nuestro hijo con nosotros.

Aquella mañana se había despertado más tarde que de costumbre, y por lo tanto decidió salir a trotar para mantenerse en forma y despejarse. Estaba nublado, pero algunos rayos de sol llegaban a través de retazos de cielo azul.

La media hora de ejercicios lo hizo sentir mejor, y buscó algo para leer. Estuvo un par de horas metido en las disquisiciones de Baudelaire sobre la “Vida y Obra de Edgar Poe”: “...ningún hombre ha narrado con más magia las excepciones de la vida humana y la naturaleza, los ardores de la curiosidad, los fines de Estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento sur debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento. El absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica; la historia ocupando el sitio de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado hasta el punto de expresar el dolor por la risa.”

Levantó la vista y pensó que eso había sido escrito para él. Sentía el viento sur compitiendo con el sol para colarse entre los agujeros de las nubes procurando debilitarlo con su persistencia. El absurdo ya estaba instalado hacía mucho tiempo en la inteligencia y la gobernaba con su lógica espantable. La historia ya se había sentado en el trono de la voluntad, y la contradicción estaba echada a sus pies, pero no como un perro fiel, sino como una fiera salvaje a la espera de un acto de renunciamento.

Sin embargo él se había propuesto matar de hambre a la bestia, y para eso no tenía que claudicar. Ese era el único objetivo que debía tener presente cada hora, cada minuto, y a cada latido.

Pero la estrategia también consistía en no evitar la otra realidad. Sabía que debía entrar y salir a voluntad de esos mundos paralelos, pues quedarse en uno de ellos implicaba el fracaso. Por eso ahora se ha sentado en el suelo de piedra del aljibe donde hace tres meses lo arrojaron los milicos, abandonando la pradera donde trotaba hace un rato. Las nubes ahora no son tales, y es por los agujeros de la tapa de hierro por donde se cuelan algunos rayos de sol. Se quedará en ese mundo algunas horas, y dejará de lado a Baudelaire y sus reflexiones sobre Poe. Quizá más tarde busque en los estantes de su mente algo de Quiroga, para ayudarle a buscar algún

capibara en medio de la selva misionera. Eso le llevará casi toda la tarde, y el paseo entre espinillos y ñandubay puede ponerse interesante si tiene la suerte de ver a la anaconda al sol en la resaca.

Cuando llegue la noche, tiene pensado ver 2001 Odisea del Espacio, pues ha descubierto que esa película le permite atravesar el tiempo si logra subirse al hueso que el primate arroja al espacio, antes que la materia ósea se convierta en nave intergaláctica.

“Estas cosas formaron parte de la estrategia del fracaso del sistema –dice mi Amigo cerrando un ojo para calibrar la rectitud de una alfajía-claro....no era fácil.

Muchos compañeros no pudieron entrar y salir a voluntad de esos mundos, y quedarse en uno era la muerte”.

Serían las seis cuando terminamos de cargar las maderas en la vieja Mehari de mi Amigo. Los tirantes sobresalían como un metro y medio de la frágil caja de plástico, y a falta de un trapo rojo colgamos una botella de “Jane” del palo más largo para que oficiara de advertencia.

El “Pato” conservaba secuelas de la tortura física que lo acompañarían hasta la muerte; no podía levantar los brazos por encima de sus hombros, y menos aún cargar cosas pesadas. Era en esas ocasiones cuando yo hacía las veces de peón.

Hablando de bueyes perdidos llegamos a la casa del destinatario, un hombre que pretendía agrandar un galpón para meter bajo techo “aunque sea la cabina” de su camioneta “Internacional”. Desatamos la carga y el hombre comenzó a bajar las pesadas maderas como si fueran escarbadientes, apilándolas en la vereda. Hecho esto, se fueron al fondo del terreno donde mi Amigo le daría algunas instrucciones acerca de la obra. Yo me quedé enrollando las sogas que habían sujetado las maderas, y entonces lo vi. Estaba sentado en una silla de ruedas en la vereda de la casa de enfrente. Tenía el torso inclinado hacia la derecha; la mirada perdida en un punto del espacio, y un hilo de baba resbalaba por la comisura de su boca. Terminé de guardar las piolas y me senté en la camioneta a observar ese hombre. No se movía. Pasaron algunos gurises para sentarse unos metros más abajo y abrir una “ceibalita”, pero el hombre no se movió. De pronto un golpe de viento agitó un par de veces la bufanda blanca que colgaba de su cuello, y otra ráfaga hizo que resbalara al suelo. Tampoco el hombre se dio por enterado. La prenda quedó allí, a sus pies, como un pequeño perro arrollado y friolento.

Mi Amigo y el hombre venían desde el fondo del terreno. En la vereda encendieron un par de cigarrillos y hablaron otro rato, seguramente de algunos detalles del trabajo. El hombre sacó unos billetes del bolsillo y pagó las maderas; se dieron la mano, y escuché que mi Amigo le decía: -cualquier cosa que se le complique, me llama y le doy una mano.

-¿Viste eso?- le dije cuando hubo ocupado su lugar frente al volante.

El miró al hombre inclinándose un poco y quedó así. La mirada inexpresiva; nada en su rostro dejó traslucir sentimiento o reacción alguna. De pronto se bajó de la camioneta y cruzó la calle, recogió la bufanda-perro y se la enrolló al hombre en su cuello con extremo cuidado.

Volvimos sin hablar. Pero ambos sabíamos quién era, y qué papel había jugado ese inválido en la vida de mi Amigo y en la de otras personas.

El no sacó el tema, y yo sabía que no lo haría, porque mi Amigo había regresado sin odios de 10 años de cárcel (que incluían seis meses en el fondo de un aljibe seco). Por eso había sido capaz de recoger la bufanda y abrigar a quien durante varios meses lo había torturado en el Cuartel General Luna, en el mismo lugar donde hoy –devenido en Terminal de ómnibus- los padres despiden a los hijos cuando se van a Montevideo a estudiar. Donde el enamorado espera a que el ómnibus se pierda calle abajo con la mujer de sus sueños en la ventanilla. Donde los ómnibus estacionan sobre la misma tierra que sirvió de “cancha” para el plantón, el culatazo cobarde, y la capucha humillante. Donde algunas señoras hacen sus compras atentas a las ofertas de carteras y zapatos, sin imaginar que bajo sus pies, en un sótano infame, la picana eléctrica fue herramienta de suplicio.

La carpintería nos recibió con su fragancia de madera de pino, y no pude evitar tomar un puñado de viruta para meter la nariz en busca de más sensaciones, cosa que solía hacer con frecuencia y que al “Pato” le provocaba una sonrisa.

Aprontamos el mate, y mientras El medía unas tablas y cantaba algo de Serrat, yo no podía dejar de pensar en el hombre de la silla. Sobre todo por un pensamiento que se cruzó fugaz por mi cabeza cuando lo vi en la vereda: “¡Caramba!... ¿será que Dios existe?”...

Un ratito de libertad, de mentira, pero libertad al fin

Angel Juarez

-¡La pelota se va alta y afuera por un costado de la cancha... throwing para el equipo de Danubio!- dijo el relator desde la radio.

Mi Amigo estiró la mano para tomar el mate; buscó un cigarro en el bolsillo de su camisa “de tartán”, y se quedó mirando el agua que desaparecía de la calabaza mientras sorbía.

-Aquella no era una pelota- musitó con la bombilla casi entre los labios.

Yo estaba acostumbrado a sus silencios. Los respetaba, y los apreciaba. Entre esas pausas uno podía priorizar un sentido; concentrarse en el olor profundo y casi empalagoso de la viruta de pino que alfombraba buena parte del galpón.

O escuchar los niños que jugaban a los fondos de la casa vecina, donde la más chica oficiaba ahora de maestra, y no era precisamente de las más “buenas”.

Mi Amigo me devolvió el mate y clavó su vista en un punto más allá de mi cabeza. Cualquiera diría en la pared opuesta, donde un lote de tablas de álamo esperaba por una cepillada, pero no. Yo sabía que no estaba mirando las maderas.

-Era un planeta.

En el terreno del fondo uno de los niños no quiso quedar en penitencia, y un “no juego más” dio por terminada la clase.

-Algunos días allá (en el Penal de Libertad) nos dejaban armar un partido. A veces éramos quince contra catorce, pero lo que importaba era ganar. Descalzos, con los harapos de los pantalones arremangados por encima de la rodilla; los que pateaban para el arco de la garita con camisas, los otros con casaca de costillas.

Aquello no era un partido de fútbol, y lo que menos tenía era de “amistoso”, porque cada uno ponía en la carrera hasta el último resto de energía, y los “defensas” todos emulaban al “Peta” Ubiñas poniendo los huevos y el riñón en cada trancazo.

Mi Amigo hace una pausa para pasar la lengua por un cigarro extremadamente fino que acaba de armar. Otro resabio de la cárcel, donde un paquete de tabaco debía durar casi eternamente porque nunca se sabía cuándo habría otro.

-Y no era porque fuéramos malos compañeros. Era porque ganar significaba volver al celdario con eso...con un triunfo...con la sensación de haber dejado de ser un “pichi” por un rato, por lo menos para quienes estábamos dentro de la cancha. Por eso todos jugábamos a muerte. Por eso no importaba la rodilla que sangraba, ni el dolor que vendría en la noche a meterse en cada pedazo del poco músculo que nos quedaba.

Pero el partido también tenía otro beneficio, porque había un momento en que alguien la agarraba picando y la mandaba lejos...por encima del alambrado alto y con tres filas de púas. Entonces no era una pelota...era un planeta...todos hacíamos silencio mientras lo veíamos elevarse. Subía y subía, y parecía que no iba a caer nunca, por eso te digo que era un planeta. Describía una parábola perfecta y comenzaba a descender, y mientras lo hacía volvía a ser pelota. Una pelota rasposa, recosida, y media desinflada que ni picaba entre los cardos y quedaba allí oculta. Algunos suponíamos que de vergüenza por ser pelota de preso.

Mi Amigo ahora pone las manos sobre las rodillas y mira el piso.

Los niños han regresado al fondo del terreno y cantan algo.

-Entonces había que ir a la garita y gritar: ¡soldado, me autoriza a ir a buscar la pelota que está fuera del predio!

El soldado autorizaba, y entonces el que le tocaba ir tenía algunos minutos de libertad, de mentira, pero libertad al fin. Estar fuera de la alambrada, entre los cardos y las chilcas. Por supuesto la pelota “se perdía”, y había que ir de un lado a otro buscándola mientras los de “adentro” gritaban todos juntos: ¡ahí no...más a la derecha...más....no...te pasaste!..-

Desde la radio un comentarista le pide al delantero que le cuente el gol que hizo, pero a ninguno de nosotros nos importa.

Ojalá que no hayan devuelto la pelota que se fue a la tribuna. Que haya caído en medio de otra prisión, y que mañana la pateen “pa’fuera” para que alguien tenga un ratito de libertad, de mentira, pero libertad al fin.

Corrían los años setenta y envuelta en un aparente halo de normalidad –quizá debido a su tamaño- la ciudad de Buenos Aires se movía como un gran hormiguero donde los automóviles y la gente se confundían en un todo casi orgánico. Las bocas de los subtes eran los agujeros preferidos por las hormigas que entraban y salían de ellos sin cesar, empujándose, ignorándose, obviándose, cargando portafolios en lugar de hojas y tallos, y tratando empecinadamente de llegar, quién sabe a dónde, quién sabe a qué. Igual que ahora...y que mañana.

Yo andaba por entonces descubriendo cosas –incluso miedos- y solía salir a caminar por los barrios porque quería conocerlo todo, a pesar de la posibilidad de pasar a ser nada en un instante.

Como pasaron a ser nada Rosa y Antonio, quienes vivían en la habitación contigua a la mía en aquel conventillo de la calle Moreno.

Con ellos acostumbraba tomar mate en la azotea –o aeropuerto de palomas, como la habíamos bautizado- y cuando alguno conseguía “yerba uruguaya” llenábamos el “poro” de Antonio, grande y bien curado pero que sin duda justificaba el “derroche”.

Los tres éramos muy jóvenes entonces y el mundo entero entraba en nuestras cabezas. Allí lo arreglábamos planeando políticas justas para todos los hombres, donde no cabían el hambre ni el dolor.

Rosa tenía 19 años, un vestido azul que se ponía sólo los domingos, y una personalidad tan dulce como su voz. Quería estudiar medicina e irse a vivir a un pueblo muy pequeño y tener una casa con flores al frente y lechugas y zanahorias en el fondo. Y en esa casa esperar a Antonio –que sería maestro- y con el tiempo tener algunos gurises para enseñarles a custodiar el mundo que ellos habían arreglado. Antonio quería cambiar los programas escolares. Contarles a sus alumnos la verdadera historia, tener una gran biblioteca para compartir, y aplicar sus planes “infalibles” para que el conocimiento los hiciera libres.

Rosa limpiaba oficinas por las noches para poder vivir. Fregaba pisos, sacudía alfombras, y solía ironizar cuando tenía que “calzar guantes” para limpiar algún inodoro. Algún día serán quirúrgicos –decía- pero no me los pondré si tengo oportunidad de ayudar a alguien a nacer, así podré sentir

la vida más intensamente.

Antonio también trabajaba por las noches. Manejaba el camión de un cartonero “de los grandes”, e iba de Banco en Banco recogiendo montañas de papel picado.

Pero a pesar de esa fachada de amor adolescente, Rosa y Antonio eran culpables. Estaban condenados por soñar, por querer curar a los pobres sin cobrarles, por enseñar todas las letras y no solo el abc, y por pretender edificar un mundo nuevo. Quizá por eso se desvanecieron en el aire. Quizá por eso se convirtieron en nada de un día para el otro. Tan nada fueron que a los veinte días de su ausencia el dueño de la pensión me llamó para que lo acompañara a entrar en la pieza “para evitar compromiso, ¿vivo?”, aclaró el polaco Varowsky en su mal español.

Entrar en la habitación de Rosa y Antonio fue para mi lo más parecido a cometer un acto de violación. Todo el pequeño recinto tenía la calidez y el perfume de la mujer ausente. Flores de papel metidas en frascos de vidrio atados con cintas azules. Pequeños estantes fabricados con maderas de cajones descartables sostenían algunos libros, y sobre la mesa de noche había algunas tarjetas artesanales de navidad que no tenían destinatarios.

La cama estaba sin hacer, y en las arrugas de las sábanas se adivinaba, más allá del último encuentro de sus cuerpos, el último y definitivo encuentro de sus almas.

Varowsky tomó la iniciativa y comenzó a tirar los libros sobre la cama mientras –seguramente– puteaba en su lengua materna. Hizo un montón indiscriminado donde fueron a parar Cortázar, Borges, Morosoli, y Marx, entreverados con algunos ejemplares de “El Tony”, y “D’artagnan”. Anudó las cuatro puntas de la sábana y allí quedaron libros y revistas, como pájaros muertos, algunos con las alas abiertas en un vano intento de volar pero ya condenados a la hoguera. Las manos gigantes de Varowsky metieron en una caja de cartón las ropas de Rosa y Antonio, y el vestido azul de los domingos quedó enredado en el mate grande de cebar con “yerba uruguaya”. Subimos todo al altillo de guardar los trastos viejos y las cosas de los que se van sin pagar, y allí se acabó la historia de Rosa y Antonio en medio de las puteadas del polaco, “porque ahorra falta que vengan los que usted ya sabe a preguntar cosas de estos pibes”.

Pero “los que usted ya sabe” no aparecieron nunca, porque seguramente les bastó con desarmarles el mundo que Rosa y Antonio tenían en su interior, aunque para eso hayan tenido que desarmarles la cabeza.

Al pararse se sonrió con aquella plantación que se mecía como contestándole a su pregunta desaforada. Sacó aquel pasto molesto de la boca. Se sacudió el vaquero duro, como almidonado, con movimiento de coquetería, no sabía para quien, pues allí en la plantación más de una vez la habían confundido con un hombre; sólo allí porque en el pago de su trabajo no se equivocaban. Ella hacía exactamente el mismo trabajo, pero era mujer, eso ya lo justificaba. Tal vez fuera verdad que no rendía tanto como ellos, lo que siempre resaltaban. Pero, ¿quién lavaba la ropa, quién cocinaba, quién limpiaba aquel ranchito siempre bien ponderado? Y todavía las horas incontables puestas en esa plantación de azúcar, tan dulce para el dueño y tan amarga para quienes con los fríos tenían que quemarla. Cortarla, en verano había que regarla, carpirla, como lo estaba haciendo ahora con 42 grados. Necesitaba además, para que sus hijos no tuvieran que pasar de mano en mano de patrón como condenados. Soy mujer, se decía, y aunque me pisen mil veces, seguiré siendo mujer. No estoy arrepentida de serlo. Nuevamente se sonrió, con una sonrisa amplia, esta vez, como si algo nuevo se descubriera. Tiró la azada para un costado, estiró los brazos al cielo como pidiendo amparo, dio vuelta la cabeza, miró sus partes del cuerpo y fijó sus ojos en sus caderas. Remontó sus pensamientos hacia los años transcurridos. Fue todo tan rápido, que no tuvo tiempo de pensarlo. Allí mismo, en la orilla de aquel río, que fue dulce testigo de su primer amor, llevado a cabo como robando algo que no le pertenecía, se abrió como se abren las flores, despacio, muy despacio, con la cara ardiendo de rubor y avergonzada. Caray, se dijo, tenía apenas catorce años la primera vez, la vez de los sueños. ¿Porqué hoy me encuentro distinta? Tengo cosas aquí dentro que me arañan, lo diré, claro que lo diré, que lo nuestro está vivo, que lo necesito en todo, y no es justo que nuestros gurises se críen sin conocerlo. Que también tiene que estar para lavar, cocinar, limpiar, cuidar a los hijos que tanto lo quieren. Que entre los dos será más fácil. Yo trabajo por necesidad, pero también porque me siento fuerte y tengo que ayudarlo y ayudarme. Que sepa que por ser mujer no soy débil, que ese adjetivo nos lo impusieron. Nunca me preguntaron cómo me sentía, como tantas cosas más que lo dan por

hecho, parecería que nacemos con ella, sin explicaciones, simplemente porque somos mujeres. Siempre lo hago saber, que tengo un cuerpo fuerte, una cabeza pensante, que elaboro cosas tan justas como elaboran ellos. Que estoy dispuesta a luchar. Que paren un minuto, y que se me escuche. Que lucharé hasta el cansancio para que me reconozcan como mujer y no, como alguien que se usa. Que soy madre y por nada que se me ofrezca dejaría de serlo. Que lo amo y que en esta lucha que se inició, más que nunca lo necesito y lo quiero. Pensé que esos eran los años más duros. Qué ingenua, creí que con nuestra lucha justa, iba a estar todo resuelto, nunca pasó por mi imaginación, que por querer tener vivienda, salud, enseñanza, y tierra para trabajar, llegarían los años más duros del terrorismo de estado, y que iban a tenernos a las mujeres como botín de guerra. Resistí como tantos y tantas, con mis pensamientos puestos en el horizonte, para seguir acariciando y luchando por los míos. Se oscureció el día, se transformó en muerte y en duelo, las bestias de botas largas, vestidos de azul y verde, arrasaron con todo lo que en el camino se interponía. Para mis adentros pensé en ese hombre, de mirada serena, que entregó su vida al más pobre con esmero. A vos RAÚL SENDIC (EL BEBE) te debo mi conciencia de saber mis derechos donde quiera.

Cuando salí de la prisión, retomé los estudios, di los exámenes para entrar a Facultad de Medicina, pero nunca pude entrar a la Facultad...

Estuve bajo el régimen de Libertad vigilada durante 12 años, a medida que quería hacer cosas me enteraba de lo que no podía, había criterios diferentes para diferentes grupos de “Pichis” como nos llamaban, dependía del humor del Capitán o Coronel al mando, todo tenía que ver con cercarte, anularte hasta que te ibas del país, te encerrabas en tu casa te deprimías y/o te suicidabas, todo apuntaba a quitarte la identidad como Ser Humano pensante, sintiente, reclamante.

Pues bien, conmigo no lo lograron, quizás porque era muy joven, ¿insensata? porque no tenía responsabilidades familiares, marido, hijos o personas a cargo, si bien tenía padre, madre y hermanas, no dependían de mí económicamente, quizás en lo emocional y en el qué va a decir la gente! Como decía mi Madre: la nena, la mayor – sediciosa!

Igual en el barrio, las vecinas, comentaban que me habían llevado: por tema de Drogas, Claro que lo comentaban por lo bajo, cuando yo pasaba por delante de ellas, bajaban la vista, justo algo se les había caído en la vereda, chequeaban el portón, en fin...

El caso es que cuando quise iniciar la carrera de Medicina, me dijeron que tenía prohibida la entrada a estudiar, órdenes de arriba y entre otras cosas porque no figuraba un examen que había rendido en calidad de libre, cuando fui a reclamar el acta al Liceo Bauzá, la misma no existía, tengo en el carné de Estudiante sello y firmas de los profes que me tomaron práctico y teórico, dice: Aprobado, también allí me entero de que el Carné, no sirve como documento!

A trabajar se ha dicho! Salgo con todo ímpetu, consigo un reparto de revistas para maestras a entregar en las escuelas, lo hice hasta que caí en la cuenta que no ganaba, ni para la media suela de los zapatos, entonces me presenté en fábricas, entraba, todo bien con mi rendimiento, 15 días, un mes, llegaba un día a marcar tarjeta, no la encontraba, iba a personal y habían prescindido de mis servicios, sin explicaciones del porqué, vaya, vaya...así me enteré que los Muchachos de uniforme Verde Oliva pasaban por fábricas, talleres, oficinas y otros, con la Lista Negra,

quienes allí figurábamos, afuera y bailando, nos cercaban y cercenaban derechos por todos lados! Comencé a trabajar con unos amigos que hacían prendas combinadas con cuero y lana para exportación. Me había salido de la casa paterna, ganaba bien en el taller, vivía con una pareja de compañeros de estudio, que habían sido los primeros en casarse y no tenían hijos aún, yo aportaba a la economía familiar y todo bien, hasta que informantes de los militares, batieron que los dueños del taller eran izquierdosos, potenciales enemigos de la Patria y les cortaron las exportaciones, quedamos en la vía todos, a mí me pagaron con prendas que fui vendiendo y más o menos la iba llevando, cuando vendí todo, como no entraba en mi sentir revolucionario el vivir de arriba, salí de nuevo a buscar trabajo, ahora busqué algo de bajo perfil, conseguí por medio de amigas, limpiezas, en la casa de una familia integrada por matrimonio con dos niños que vivían con la madre del joven de la pareja, iba tres veces por semana, cuatro horas. Cobraba por hora, incluyendo almuerzo y pago del boleto. Todo bien, el trabajo no mataba, casa antigua, grande, yo tranqui, hacía la limpieza, tendido de camas y arreglo general, comenzaba por los dormitorios, luego el living, comedor, cocina, baños y al final el almuerzo. En ese ir y venir, la Sra. mayor, andaba atrás mío con pañitos para que hiciera bien la limpieza, terminaba de limpiar, ordenar y hacer camas en el cuarto de los niños y ellos iban a jugar allí, saltaban sobre las camas, tiraban todos los juguetes, como sanos infantes, la Sra. mayor, quería que yo fuera a ordenar todo de nuevo, ante mi negativa, se molestó. Ella era la que cocinaba y muy bien, a la hora del almuerzo, pretendió servírmelo en la cocina, le agradecí, con muy buenos modos le dije que eso no era lo acordado con su nuera, que yo no almorzaba en esas condiciones, me fui. Se enteró su hijo de lo sucedido porque la Sra. se queja de que yo había despreciado su comida, me lo contó su nuera, el hijo que la conocía, le dejó bien claro que al terminar mi labor, yo era una invitada del matrimonio para el almuerzo, con un lugar en la mesa familiar del comedor...

De esa familia me recomendaron para trabajar los otros dos días de la semana, cuidando a un Sr. anciano que padecía Alzheimer, él vivía con su esposa en un departamento, a dos cuadras de la playa Pocitos, yo tenía que ir por dos horas en las mañanas, acompañándolo para que no se

fuera de la casa porque se perdía, mientras la esposa daba una caminata por la playa o la rambla y se despejaba un poco, ahora, para que yo no me aburriera, ella me marcaba pautas de limpieza del baño, cocina, repaso de muebles y otras chucherías, luego me entero que las dos Sras. Mayores eran judías que se habían venido de Alemania escapando de los Nazis, Paradoja!

La verdad, ganaba más haciendo limpiezas y con el cuidado del Sr. que trabajando en fábricas o talleres, así que decidí, aprovechar el tiempo restante en hacer algunos cursos en Instituciones públicas no terciarias, además de la militancia clandestina que desarrollaba siempre que entendía, no estaba siendo vigilada muy de cerca, jeje!

En uno de esos cursos nocturnos, integré un lindo grupo de estudios, me fui haciendo amiga de Sol, empezamos a charlar, ella vivía con sus padres y una hermana menor, pero quería independencia económica, aspiraba a entrar en facultad de Odontología, la carrera universitaria más cara, hasta el día de hoy, aunque vayas a la pública.

Nos llevábamos muy bien, yo nunca contaba que había estado presa, que tenía que ir una vez por semana a firmar al Grupo de Artillería nro. 1 de La Paloma en el Cerro, tampoco los problemas que tenía para conseguir trabajo en condiciones aceptables con aportes, por los beneficios sociales, claro y por si algún día me daba por jubilarme.

Una tardecita, estábamos estudiando y Sol me dice que vio en la prensa un llamado para aspirantes a administrativos, entonces la animo a presentarse y ella me pide que la acompañe y me convence para que yo también me presente, no muy convencida, igual accedí.

Le pregunto dónde nos teníamos que anotar, ahí me cuenta que era para trabajar como administrativas en dependencias de La Marina Nacional... se me hizo un nudo en la garganta, en el estómago, sentí que un puño se cerraba... pero ya había dicho que sí y allá marchamos, terminaba la temporada de Otoño con un día de sol espectacular, llegamos a una oficina cercana a la Escollera Sarandí, gran fila, gran, al rayo del sol, avance cansino de las y los jóvenes que estaban delante nuestro, hasta que faltando unos minutos para el medio día, llegamos a un mostrador en el que dos cabos tomaban los datos de los postulantes, nos atienden a las dos a la vez, Nombre?: fulana, mengana; Documento?: presentamos Cédula de

Identidad; Estudios cursados?: Primaria completa, Secundaria completa... nos hacen seña a la vez con la mano en alto, para que no habláramos más y nos dicen: Demasiada instrucción, solo aceptamos, Primaria completa, no califican para el cargo, nos miramos y cuando quisimos acordar dos soldados muy amablemente nos estaban acompañando a la salida, al salir, por dos o tres cuerdas nos desternillamos de la risa, lo hicimos hasta las lágrimas, estábamos en plena Dictadura, para puestos de administrativas teníamos demasiada instrucción? y de mi ni siquiera se enteraron de que no calificaba, no solo por más instrucción de la solicitada, sino por algo “más grave”, por ex presa política, se nota que no tenían ningún listado, nunca se esperaban que las o los “Pichis” nos presentásemos a esos llamados, ja, ja, ja!

La cosa no termina ahí, porque a la semana siguiente cuando voy a firmar al Cuartel de La Paloma como se le conocía popularmente, pido para hablar con el Capitán que estaba a cargo de nuestra “Recuperación”, con pose de indignada me paro frente al Capitán y le digo:

- Así me quieren recuperar para la sociedad y ni tan siquiera me aceptan para un trabajo decente?

El tipo no entendía nada, entonces pregunta: - Qué le pasó Vernier?

Le relato lo sucedido, entonces se sienta, me mira, piensa un rato y me dice:

-La entiendo y tiene razón, yo igual mucho no puedo hacer es otra dependencia de la Armada, no tengo jurisdicción y no conozco a nadie, pero se me ocurre algo, si Ud. conoce algún Oficial en la Marina, yo le aseguro que le paso un excelente informe sobre su comportamiento para que obtenga el trabajo.

La zanjó muy bien, muy astuto...pensé para mis adentros, le agradecí, me tendió la mano, lo saludé, hasta la semana próxima!!

Al salir a la puerta del cuartel unos compañeros que estaban esperando para firmar, se inquietaron por el tiempo que había demorado adentro, pensaron que me habían retenido por algo, cuando les conté lo sucedido, me dijeron: - pero chiquilina, mirá las cosas que se te ocurren, nos vas a matar de un infarto! Me abrazaron y nos echamos a reír.

Supimos sacarle risas a los contratiempos, era la forma de seguir forjando utopías por ese Mundo de Libertad que parecía tan lejano, después de haber estado: a la vuelta de la esquina...

En los tiempos oscuros de nuestra historia reciente, hace unos 46 años, me sucedió:

A pocos meses de haber salido de la prisión, reenganché a estudiar en el nocturno del Bauzá, debía unas materias y quería darlas para poder ingresar a cursar Medicina.

Comencé en un grupo muy diverso en edades e intereses, el mismo, con el correr de los meses se fue haciendo comunicativo, unido y solidario, como la mayoría trabajábamos, unos a diario, otros no tanto, tratábamos de acomodar los horarios para juntarnos a estudiar, preparar escritos o parciales; del grupo las más jóvenes, éramos Sol y yo, como no teníamos trabajo fijo, sólo temporal, al tener mayor disponibilidad horaria la dedicábamos a preparar con más detalle, material de estudio, que luego compartíamos con el resto del grupo, lo que era bien aceptado y muy apreciado. Era un grupo reducido en cantidad, no en calidad, mayoría de hombres de 30 años en más, casados o en pareja, algunos con hijos, llegamos a confraternizar incluso con los docentes, muchas veces coincidíamos a la salida de clases, en un boliche que estaba en Agraciada y Zufriategui, el único abierto hasta pasada la medianoche, en comida no había mucho para elegir, pero igual nos servía para saciar el apetito, tomar algún caliborato y llegar a nuestras casas directo a la cama, en busca de un descanso reparador.

Sol vivía con su familia en la calle Tembetá, paralela al arroyo Miguelete, ¿Al final o al principio del Viaducto? Siempre me queda la duda de dónde empieza y dónde termina el mismo... Bueno, mi compañera de estudios, a esa altura ya muy amiga, vivía en una casa a la que se accedía por una escalera importante y empinada, casa de altos, le decíamos, en el comedor, había un gran ventanal que daba a la calle, con la particularidad de que no tenía persiana o cortina de tela; ese lugar era también nuestra sala de estudios, en una de sus paredes, el padre de Sol puso un pizarrón de muy buen tamaño, en el que combinábamos fórmulas Químicas, Físicas, Matemáticas, con citas filosóficas, poesías y hasta letras de canciones. La relación de compañerismo y amistad con Sol y su familia se hizo tan

estrecha, que yo estaba más en su casa que en la mía, mis padre y madre se quejaban, mis hermanas menores, si estaba o no estaba, ni cuenta se daban.

Ah, lo que omití decir, fue, que no me libré así no más de los milicos, quedé en régimen de “Libertad Vigilada”, creo que por ser muy joven, no tenía consciencia de lo que eso suponía en cuanto a lo que podía y no podía hacer con mi vida, me di cuenta, de una y en unos meses debido a un acontecimiento muy duro de sobrellevar.

El padre de Sol era Mecánico dental, trabajaba en su casa, había aprendido el oficio, siendo apenas un adolescente, con el “Gallego Bugno”, muy conocido en la zona por Odontólogo y Comunista, el Gallego se tuvo que exiliar por motivos políticos, acción que probablemente le salvó la Vida, bueno eso da como para otra historia a compartir en otro momento, sigamos con la mía.

Por ese entonces a pesar de los milicos, como Mecánico dental, este buen padre de mi amiga ganaba muy bien y era muy generoso con amigas y/o compañeros de sus hijas.

El caso es que estudiamos para los parciales, los fuimos salvando uno a uno y al llegar al fin de Noviembre, lo hicimos con la tranquilidad de no tener que rendir exámenes y poder disfrutar de vacaciones en paz.

Por charlas que teníamos en momentos de ocio, Sol, supo y entendió de mi estadía en cana por militancia político-estudiantil, que el pasar con mi familia las fiestas de Navidad y Fin de año, me aburría sobremanera, por ese motivo, me invita con el consentimiento de sus progenitores a pasar con ellos esos días especiales en casa de su Abuela paterna, en el Departamento de Treinta y Tres, en un lugar con quinta cercano al Arroyo Yermal, me encantó la propuesta, estar lejos del mundanal ruido, de mi casa, de mi madre, con la que no congeniaba...consulté y pedí autorización a mi padre, porque si bien tenía 20 años recién cumplidos, era una ex presa política, (se era imputable a los 18 años) pero para otras acciones con efectos legales, las mujeres en ese entonces, éramos mayores de edad a los 23 años y los varones a los 21!

Ahora y más allá de obtener el permiso de mi Sr. Padre, yo tenía que solicitar por escrito al Capitán Sosa, del Grupo de Artillería Nro. 1, de

La Paloma en el Cerro, quien estaba a cargo de las y los ex presos que allí firmábamos, una autorización especial para salir de Montevideo y pasar las fronteras departamentales a los efectos de ir por dos semanas a Treinta y Tres.

Realicé el trámite con tiempo y aparente éxito por lo que luego de obtener la autorización, aconteció, algo que no van a creer o poder entender, yo pasé años sin poder hacerlo, hasta que admití, que es un tema de “Formación Cultural”. Me encontraba preparando las pilchas que pensaba lucir a orillas del Olimar, malla, shorts, blusas, cuando entra mi madre como tromba en mi cuarto con el rollo de que, No quería que fuera a ninguna parte con esa “Machorra”, así calificaba mi madre, a Sol, porque como amiga, muchas veces me iba a buscar o me alcanzaba a casa, en la moto de su padre, así era mi progenitora, prejuiciosa, racista y clasista, una Sra. muy estructurada!

Yo argumenté que mi padre me había dado el permiso y que del Cuartel, ya tenía la autorización firmada, ella se dio media vuelta y salió muy enojada dando un portazo...

Pasados unos días, voy al Cuartel a firmar y me informan que el Capitán Sosa quiere hablar conmigo, voy confiada, creyendo que me daría directivas de comportamiento para el viaje o estadía, cuando llego a su despacho me pregunta si tengo idea de por qué me llamó, lo digo que no y es entonces que pasa a explicarme:

Capitán - Vernier, sabe que estuvo su Mamá por aquí?

Yo - La verdad, no estaba enterada.

Capitán - Bueno, ella estaba nerviosa, muy alterada, me dijo que sospechaba de que Usted anda metida en algo raro, en política o algo así...

Yo – Eso le vino a decir?

Capitán – Sí, sí y sabe por qué no pedí de inmediato su captura?

Yo – No, ni idea...

Capitán – Porque cuando me voy en el auto del cuartel a mi casa, hago una cortada por la calle Tembetá y la veo a Usted, todos los días estudiando o escribiendo en un pizarrón y siempre acompañada con otra joven... como su Padre le dio el permiso se mantiene en pie la autorización para que salga de viaje, pero ante la “denuncia de su Madre”, tengo que

pedirle la dirección del lugar al que va, los datos filiatorios de la familia que la va a hospedar, por rutina y para estar a cubierto.

Yo – Muy bien, muchas gracias, consigo todos esos datos y a la brevedad se los alcanzo, que tenga muy buen día. Saludo y salgo del despacho, firmo y me voy. Furiosa con mi madre por lo arriesgado y loco de su comportamiento, no me lo podía creer, iba maquinando todo lo que me podía haber ocurrido, la vuelta a la tortura, a una muerte eventual o segura, volver a la cana, porque te cantó tu Madre!!!

Obtuve todos los datos y se los llevé al Capitán Sosa, porque ahora más que nunca quería viajar, estar lejos, por unos días, el hombre, quedó en comunicarme a poco si habría cambios con respecto al viaje; dos o tres días después, llama por teléfono diciendo que podía ir tranquila a pasar las fiestas a la casa de la Abuela de mi amiga, que no necesitaba pase sellado para los pasa-fronteras departamentales y que no tenía que ir al cuartel de Treinta y tres a firmar, además de desearme felices fiestas y buena estadía. Yo saltaba en una pata de alegría! No entendía muy bien el porqué de las excepciones otorgadas...pero las usé de muy buen grado.

Al llegar a la casa de la Abuela de Sol, lo vi clarito, el Tío de mi amiga, hermano Menor del padre, era el Segundo, así le decían, del cuartel de Treinta y Tres!

De todas formas, nobleza obliga, tengo que reconocer que el Capitán Sosa, no sé porqué avatares de la vida, si el Universo conspiró en mi favor, o qué, la cuestión es que el Tío, Oficial del ejército, nunca se enteró de que alojaba a una “Sediciosa en Recuperación”, bajo su techo. Conocí el famoso Río Olimar, al que tanto cantaron el Pepe y el Braulio, me bañé, chapotí, tomé agua fresca y cristalina del arroyo Yerbal y disfruté de unas inolvidables vacaciones! **La Vida, cosas que pasan...**

Lo golpeé con todas mis fuerzas. El martillo cimbraba en mis manos. No dejé de hacerlo hasta que el pilar metálico se dobló ante semejante andanada de impactos. Miré para los cuatro lados. Tenía miedo. Mis ojos aterrados se posaron en la tranquilidad de las otras dos personas que al unísono comenzaron también a golpear el refugio peatonal. Otros vecinos salieron a la calle blandiendo cacerolas y otros utensilios que al ser percutidos con el primer objeto que tenían a mano agrietaban el muro del terror erigido unos años atrás. Me sentí más tranquilo, camuflado en la pequeña multitud de caras conocidas que se iba formando. Cada vez más gente... Era la hora convenida. Las siete de una noche invernal. Los “roperos” habían faltado a la cita. ¿O no? Pronto se sabría.

Me invadió de repente una refrescante brisa que aligeró el bochorno de tantos años de sufrimiento. Proseguí con los golpes, ahora más retumbantes.

Las fuerzas conjuntas comenzaron a moverse...

De joven nunca me interesó la cuestión de la política. Me apartaba de las conversaciones que versaban sobre ella, tanto a nivel familiar como en el instituto donde estudiaba. Recuerdo la vez que mis compañeros quisieron postularme para ser delegado del grupo. “No” les dije con voz rotunda, sorprendiendo a todos.

Seguramente mi sencillez y buen compañerismo habían influido en ellos a la hora de la petición.

-No me gusta comprometerme con nada que no me complazca. La política es una forma furtiva, hasta elegante de perder el tiempo. Prefiero ocuparlo en cosas más útiles como mantener la amistad con ustedes y por supuesto en el estudio. Para eso estoy acá. No para otra cosa, les expresé con determinación. En consecuencia otro compañero fue elegido para ese menester. Cada vez que lo escuchaba me felicitaba por la decisión adoptada.

¡Más presupuesto, más autonomía, mejores condiciones de estudio....! Su voz se dejaba oír en todos los ámbitos de la institución. ¡Qué remoto

sonaba para mí todo aquello! Ciertamente todavía no había ingresado a la realidad. Me llevaría unos años hacerlo.

En mi familia se discutía acaloradamente de política. Mi padre y mi hermana se trenzaban en interminables disputas. Hasta que un día dejaron de hacerlo y de hablarse. Roto el diálogo poco o nada quedaba de la relación filial. Intenté vanamente que se restableciera el vínculo. Ninguno transó. No veían más allá de sus propias narices. Si mi madre existiera quizás el resultado hubiese sido otro. Al poco tiempo mi hermana se fue a vivir con su pareja a otro apartamento más chico que el nuestro.

Nunca lo entendí. La pareja primero debía casarse para vivir juntos. Me sentí decepcionado con mi hermana. Al mismo tiempo mi padre volvió a sentirse solo. Otra separación imprevista. Primero mamá y ahora su hija. Me dio pena. Su asma lo hizo envejecer de golpe. Se retrajo en su encierro. Me ignoró por completo. Nos transformamos en dos extraños simulando conocernos. Aborrecí la política por eso. Destruyó lo poco que quedaba de la familia.

El encuentro fue casual. La manifestación nos había tomado por sorpresa aquel 9 de julio. Yo saliendo de la facultad y mi viejo del boliche donde siempre paraba. La deriva de la multitud nos ciñó con su ímpetu demoledor. Liberados de ella corrimos hasta el primer edificio que vimos. Subimos presurosos las escaleras. Una densa nube de gas lacrimógeno nos perseguía. Había que llegar a la azotea. Mi padre no resistió. Al llegar al rellano del sexto piso se dejó caer y me dijo con voz entrecortada:

-Sabes, tu hermana tenía razón. Pídele disculpas de mi parte.

De pronto la nube nos envolvió con su mudez de muerte...

Seguí golpeando hasta que el refugio se ladeó como una insensata marioneta y cayó a la calle con estrépito. Salté de gozo. Aun era fuerte. Mi corazón seguía latiendo. Vivía.

Corrí como un gamo. El uniformado me hostigó por una cuadra más o menos. No me alcanzó. La espesura de la noche me protegió como tantas veces lo había hecho y lo haría.

A fines de los años sesenta, y como consecuencia de una sucesión de secuestros de personas importantes por parte del MLN, el gobierno de Pacheco Areco inventó una paliativo que seguramente les pareció genial: sabedores de que esos secuestrados tenían que estar ocultos en casas de familia dentro de Montevideo, la solución fue una inspección masiva casa por casa en todos los barrios.

Hoy casi nadie recuerda los “Operativo Rastrillo”.

Se movilizaba una gran cantidad de soldados y camiones, y se demarcaba una zona de varias manzanas, se la acordonaba, y de ahí en adelante, nadie podía entrar ni salir hasta que se hubiera inspeccionado casa por casa de todas las manzanas. La capacidad de respuesta de los vecinos creó inmediatamente la respuesta de- una vez constatada una zona acordonada, salir rápidamente a hacer los mandados en los comercios que quedaban dentro de la zona, porque nunca se sabía cuánto podía durar aquel sitio.

La inspección era minuciosa porque se trataba de descubrir posibles “berretines”, de manera que, en cada casa golpeaban todas las paredes y todos los pisos en busca de sitios huecos.

Estos operativos comenzaban a las siete de la mañana y podían terminar a las ocho de la noche, sin detención al mediodía.

En la ocasión que recuerdo, el equipo de inspección era de la Marina. Soldados armados con aparatosos fusiles Mauser en las manos, iban casa por casa, repitiendo, en cada lugar: “¿Quién vive aquí”, „¿Dónde están los que faltan“?, ¿“Qué es eso de ahí“, ¿“Adónde va esa puerta?“ , etc.

En una casa los recibió el dueño de casa, que- dijo- estaba ahí porque estaba desocupado, trabajaba su señora- que no estaba allí por esa razón-, y la otra persona que vivía allí era su madre, una anciana vestida a la antigua, de aquellas con amplia pollera, que cosía y remendaba una torre de ropa. Recién cuando se fue el soldado y ya estaba lejos, la señora liberó el paquete de panfletos sobre los que había estado sentada.

A tres cuadras de allí, los sabuesos encontraron una señora- que vivía

con sus dos hijas-, que estaba en un estado de cierta descompensación de hipertensión, y que solicitaron- con escasa suerte- que el oficial a cargo permitiera el paso de una ambulancia que ya habían solicitado, para la debida atención médica. Solamente después de dos horas, cuando consideraron inspeccionada toda aquella zona, los marinos levantaron el cerco para que pasara la ambulancia...que nunca llegó. Recién entonces, madre e hijas desarmaron la pascualina donde tenían oculta- envuelta en dos hojas de náilon- la matriz mimeográfica con la que irían a imprimir los volantes con las denuncias de detenciones y torturas.

En la última zona del día- era un día de febrero muy cálido y húmedo, con la playa inundada de bañistas-, y en una de las casas, el soldado, con los estragos del calor sumado al uniforme y al peso del arma de toda la jornada, se descascaró de su porte militar para pedir- como un muchacho cualquiera- a la dueña de casa un vaso de agua.

La señora- sin mirarlo-, le contestó que tenía el agua cortada. El soldado, que no se rendía, le preguntó si ella sabía si tendrían para mucho con ese corte. Y ella, también sin mirarlo, le contestó:

- En cuanto ustedes se vayan.

Hacía frío en la parada del 199, era mayo del 74, desde allí se veía la puerta de casa. Iba a la UTU, desde que el viejo se separó de mamá y luego cayó en cana tuve que trabajar más. Continué mi militancia en clandestinidad. Había y quería sostener la casa ayudando a mamá y no dejando de estudiar. La cana del viejo cambió totalmente la vida de la familia, mis hermanos menores algo descuidados en su educación, hice todo lo posible para subsanar esos hechos pero no pude lograr lo que deseaba. Estudiar, trabajar más, hacer de padre y ayudar a mamá era mucho para cualquiera de 15 años, edad cuando cayó mi viejo (72).

Trabajar más horas me trancó mi deseo de cursar preparatorios de Ingeniería pues no había nocturno. No sabía qué hacer! La familia se alejó de los “sediciosos” y los compañeros de militancia estaban para otra cosa, yo necesitaba un padre, una guía. Lo hablo con Azucena - abogada de mi viejo y luego abogada mía cuando yo caí más adelante en el 74 y me dice: “porqué no probás en la UTU, allí hay cursos nocturnos”. Así lo hice y fué mi carrera cursada y terminada como Técnico Especializado en Electrónica. Me salí de tema, vuelvo a la parada del 199 y veo un auto que para frente a casa, de el salen dos personas que entran corriendo a casa. Era clarísimo que me iban a buscar para detenerme. Unos segundos pensé en que hacer y no quise dejar a mamá sola, rumbeé para casa. Me ven y dentro del auto estaba mi patrón - Dueño de Bolsas plásticas-. Sin bajar del auto- los milicos ya me habían esposado- me dice: “Alberto vení tranquilo que no es nada”. Enseguida la capucha - más de un mes con ella- y al Batallón de Ingenieros No 1. Me entero luego de salir libre que el ejército me fué a buscar a la fábrica en el turno de la tarde , pararon la fábrica y al no encontrarme se llevaron al patrón hasta mi casa. Acá comienza otra historia.

Un eucaliptus muy grande

Tenía 17 años, por consiguiente luego de ser entregado por el ejército al Álvarez Cortéz me envían a la Colonia Suárez - hoy Colonia Berro- allí tuve la grata visita del negro Miguel. Mi familia tristemente tenía ahora dos para visitar; mi viejo en el penal de Libertad y yo en la Colonia Suárez.

Me ocupé en todo lo posible a fin de que el tiempo no fuera tan largo.

A las 7 de la mañana pasaba el monteador, íbamos con él al monte y aprendimos a cortar eucaliptus para luego hacer astillas. Se usaban en los hogares para calefacción y cocinar. La mayoría de los gurises internados no tenían futuros planeados, solo presentes muy denigrantes y desinterés por trabajar o estudiar. Quedé yendo yo solo con el monteador.

Ese 13 de octubre me encargó cortar un eucaliptus muy grande, abrazándolo no podía tocar mis manos en el otro lado. Me explicó cómo hacer la “ boca” principal para que cayera hacia donde uno quería. Y cuando ya se notara que casi no se sostenía un corte del lado opuesto a esa boca principal aseguraba la caída más precisamente. Y cayó , el suelo tembló y me sentí orgulloso y triste. Ni bien cayó el árbol se aproxima el director de la Colonia :” Hoy cumplís 18. Ahora te voy a sacar afuera de la Colonia a la calle y llamo al ejército para que te vengan a buscar- ya con 18 me tocarían 4 o 5 años en el penal. Hágalo le dije, no le voy a sacar el teléfono de la mano. Un libretazo del hijo de puta. Por suerte no lo hizo.

Uno de los setenta y pico de proyectos de fuga de aquel penal modelo de América del Sur fue El Gallo, o mejor dicho, el Gallo Frustrado.

Sobre la Rambla, en Punta Carretas, -o mejor “debajo”, existen los desagües fluviales y cloacales de gran parte de Montevideo. Tienen una altura cercana a los dos metros, un ancho un poco menor y unas vereditas a ambos costados.

El proyecto era vincular a esos túneles (o caños, que ya no existen) con el Hospital del Penal.

El relevamiento- sucio y oloroso- permitió que el compañero „Enrique“ considerara viable el intento. Dicho sea de paso, “Enrique” cayó en el Batallón Florida: sorteó interrogatorios y ya se estaba yendo cuando el traidor Amodio Pérez (el “Negro”) lo vio, y alertó a sus nuevos superiores sobre quién era, y ahí empezó otra vez “la máquina” hasta que muere al otro día, en la tortura.

El día elegido para iniciar el proyecto, “Enrique” y yo nos metimos a las cloacas en Punta Carretas, como zonceando, sin levantar sospechas.

A la noche nos abastecieron de todo lo necesario para la tarea emprendida: materiales de construcción, herramientas, comestibles, etc. No sabíamos cuánto tiempo nos llevaría llegar al Hospitalito del Penal.

Al llegar al lugar elegido, entrarían en acción los compañeros que estaban presos, y ellos verían quiénes y cuántos lo intentarían.

No era para muchos, y de seguro algunos de los “comunes” se “subirían”, por darse cuenta de la acción, y no los podés- ni querés- frenar.

El preso tenía que pedir previamente médico o dentista para ser llevados con custodia al Hospitalito, cruzando la cancha de fútbol.

Avanzó la noche y se desató una lluvia bien fuerte. El agua que empezó a llegar fue tremenda, y era imposible el intento: nos tiró casi todos los bultos para afuera de las cloacas, incluso una bolsa con relojes (de la Bruja) para equipar a los compañeros que liberaríamos.

Sin más opciones, “Enrique” me plantea si me aguanto ahí, que él sale a buscar contactos para levantar la acción y los bultos, tratando de no deschavar el propósito.

Y ahí quedo yo, contra el muro de la rambla, empapado con las heces del Pueblo. Ya empezaba a clarear. Veo que suavemente se acercaba una camioneta de la Marina.

Me alejo de los bultos y quedo sentado bajo la llovizna, con un palito de unos cuarenta centímetros, pescando sin tansa ni carnada. La camioneta copó el lugar y empezaron a llegar rápidamente otros vehículos, a ver el descubrimiento. Yo me fui caminando, repartiendo olores hasta el Cerrito de la Victoria.

Jabón y agua caliente. Mucho.

Apronto el mate y por la radio escucho al ministro de Brum Carbajal: habían frustrado una fuga del penal de Punta Carretas. Nadie le creyó al ministro: no era creíble.

Esa vez el MLN coincidió con él: “Gallo Frustrado”.

Cuatro hermanas vivían en la casa, junto a sus padres.

Tres estudiantes de secundaria, una de ellas, la que no estudiaba tenía el síndrome down, y la mayor de ellas era una militante del M.L.N.

Las otras dos simpatizantes de los movimientos revolucionarios, pero, sin militancia política.

Un detenido reconoce la casa y la señala, informando que allí vivía “Adriana” (la integrante del M.L.N.).

Supuestamente “Adriana” tendría que haber salido del país un mes atrás. Cuando los milicos sacan a las cuatro hermanas piden al detenido que diga cual es “Adriana”. El hombre no reconoce a Adriana, dice que no es ninguna de ellas. Los milicos esposan y encapuchan a las cuatro hermanas y las llevan a interrogar a un cuartel. Las cuatro fueron torturadas y violadas. La down murió 3 meses después de ser liberada. Otra se fue del país inmediatamente. La más chica estuvo encerrada en su casa años y “Adriana” quedó presa.

Un grupo de estudiantes, menores de edad decidieron formar un grupo contra la dictadura. Eran cuatro o cinco. Se juntaron en la casa del único mayor de edad en el Barrio Peñarol. El padre de este joven era un militar del CGIOR. Cuando escucha a su hijo que conversa con el grupo, presta atención y les oye hablar de su idea de formar un grupo de estudiantes contra la dictadura, y cuándo sería la próxima reunión de este grupo, a la que invitarían a otros jóvenes a sumarse. El militar les dice a sus camaradas que tal día a tal hora su hijo va a hacer una reunión política, y si ellos no irían a darles un susto.

Llegado el día de la reunión, se presentaron seis jovencitas de 15 y 16 años y ocho jóvenes de entre 15 y 17 años, excepto el dueño de casa que ya tenía los 18 años.

A los 15 minutos golpean la puerta y gritan: FUERZAS CONJUNTAS!! Eran aproximadamente las once de la noche. Alguien abre la puerta, y una veintena de soldados invaden el lugar. Afuera se ve un camión, dos camionetas, y un jeep. Y adentro una sucesión de golpes, gritos de estos adolescentes totalmente desarmados, sin un solo papel que los comprometiera. Sin embargo fueron encapuchados, esposados y cargados en el camión de las Fuerzas Conjuntas y llevados a un cuartel. Fueron torturados, maltratados y por lo menos dos menores fueron violadas. Una de ellas se suicidó unos años después, la otra estuvo en tratamiento psiquiátrico por años. Estuvieron todas entre seis meses y un año en colonias de menores. Excepto el hijo del militar que estuvo preso seis años por “Asociación Subversiva”.

Villa Colón era un barrio tranquilo, donde todo giraba alrededor del Colegio Pío.

Fútbol, vóleibol, Ping pong, cine, museo, misas y casamientos se sucedían en ese ámbito. Barrio de viñedos, multifacético, con trabajadores que convivían con la clase alta, que vivía en grandes mansiones.

Felipe era un italiano de Sicilia que había venido después de la guerra. Vino sólo y maltrecho por una granada que le había dejado esquirlas en el cuerpo, y algunas en la cabeza.

Al tiempo llegó Paula, su señora con un hijo de dos años llamado Antonio.

Felipe trabajaba de noche en una textil y de día en la construcción. Cuando veía a un militar le venía una locura incontrolable, decía que era el ejército nazi y se encerraba en su casa.

Evitaba siempre cualquier contacto con todos los vehículos militares. La Villa era bastante tranquila, hasta el golpe de estado, ya que a partir de esos días se incrementó la presencia de vehículos militares, se sucedieron las pinzas, los allanamientos, los presos y torturados, porque el terrorismo también llegó hasta aquel barrio tan tranquilo. Hasta que una noche en que Felipe se había ido a trabajar en la textil, llegaron los vehículos que tanto temía, las fuerzas conjuntas, y allanaron su casa. Antonio no estaba, su madre se preguntaba en qué estaría metido. El maltrato, el manoseo que ejercieron sobre Paula, enloqueció a Felipe. Tomó una escoba a modo de metralleta y gritó “germany!!!RATATATATA!!!” le dieron un tiro en la pierna derecha que lo hizo caer al piso. El balazo no lo acalló, siguió gritando: “Germany!!!RATATATATA!!!”

El primer día de otra vida

Una mañana de la primavera de 1972 un joven bastante flaco y fumador desde hacía ya unos años salió de su casa en La Blanqueada, ni su hermano ni su padre y mucho menos su madre estaban de acuerdo con su decisión pero no había otra opción. Se tenía que ir, no solo de su casa sino también de su país, así que lo hizo lleno de convicciones, comprometido en su lucha y supongo también que con cierta inconsciencia por sus 16 años, cerró la puerta y se fue.

Adentro quedo su madre, tiendo a pensar que llorando, con una herida que conocí, que no logró sanar hasta que fue muy vieja pero por suerte yo la pude ver sanar, no como tantos otros padres y madres que siguen con esas heridas a flor de piel.

Sin imaginar todo esto comenzó a caminar por esas veredas que esperaba ver pronto, que le intentaron ocultar pero que conocía demasiado bien, pocas cuadras, tres o cuatro hasta llegar al liceo, el Dámaso, estaba todo bastante tranquilo con ese murmullo típico de pasillo, empezó a caminar hacia el gallinero, un aula que está hacia el lado de Centenario. Ahí el murmullo ya no se sentía, era tapado por la voz de su amigo, su compañero, que arengaba a los demás jóvenes, en su postura de adulto porque con sus 17 años se dirigía a unos gurises un poco más chicos, 14 y 15 años, les decía, quizás incluso les gritaba, “no se caguen” porque preparaban una acción, seguramente una distracción para dar ventaja a algún otro movimiento del MLN-T.

Terminada la arenga se despidió de varios compañeros pero sobre todo de su amigo, me puedo imaginar lo que se dijeron pero mejor que quede entre ellos. Un pequeño abrazo y salió del gallinero. Al salir del liceo dudó hacia donde caminar, los pies intuitivamente se hubieran dirigido a su casa pero ese no era el camino que debía hacer.

Luego de caminar unas pocas cuadras paró a fumarse un cigarro en el Parque de los Aliados, lugar que durante sus años en el liceo le había servido de refugio esos días en que se hizo la rabona. Parecía algo muy lejano y sin embargo no lo era, prendió otro pucho, podría creer que hacía tiempo esperando que algo o alguien lo parara pero se terminó y tuvo que continuar, cruzó Avenida Italia y paro un ómnibus que lo iba a llevar hasta el puerto.

Cuando llegó al puerto, medio apurado porque ya estaba justo de tiempo busco el permiso de menor para viajar, la historia de ese permiso es otra pero hay que agradecer que lo tuviera. Luego de un rato se subió al Vapor de la Carrera, lo que parecía un viaje de unas pocas horas en realidad duraría 12 años.

Ese día mi viejo que era un gurí vio por última vez a su padre, abandonó su país que es su único hogar, al contrario que Serrat él siempre se sintió extranjero en todo lugar, renunció a un montón de cosas y se abrió a otras tantas. Ese día cambio su vida o quizás fue un paréntesis, se debe haber sentido como el primer día de otra vida.

En un hogar como tantos de los de Montevideo, en aquellos años duros, vivía una mujer, viuda, con sus dos hijos.

El mayor trabajaba como policía y estaba destacado en el edificio Central de San José y Yí. Había hecho sus méritos, y por tal razón integraba el grupo de los que “trabajaban” en el rastreo y detección de “subversivos” barriales y los posibles lugares de reunión. Salía en auto con otros policías y recababa información de vecinos y delatores que “vigilaban el barrio”.

Entusiasmado, el muchacho comentaba en la mesa, a la hora del almuerzo, los logros que se iban produciendo y el éxito “en la lucha contra la subversión.

A veces sucedía que en el local que allanaban sorpresivamente, no conseguían encontrar lo que, en los papeles, tenían que encontrar: los elementos subversivos ya no estaban, el almacenaje de folletos, tampoco; el mimeógrafo, menos.

Como los “golpes” fallidos empezaron a multiplicarse- y aumentaron en la misma medida, las presiones de los superiores, con las consiguientes sanciones por bajo rendimiento- el muchacho empezó a sospechar el porqué de aquellas pifiadas.

No tardó en darse cuenta que en el único lugar donde él hablaba de aquellas cosas era en su propia casa, y sus confidentes eran su madre y su hermano. E investigando secretamente a su hermano, pronto quedó claro que de él se trataba, que le pasaba información a sus amigos “raros”, algunos de los cuales ya estaban convenientemente fichados.

Entonces habló con la madre, en un aparte y le explicó que iba a denunciar a su hermano para evitar que sus compañeros de trabajo lo mataran. Y así lo hizo.

Lo que nadie puede contar es lo que pasó esa pobre mujer, que todos los días le preparaba la comida a su hijo mayor, y, después que éste se iba a trabajar, hacía lo mismo para su hijo menor, preso en el mismo edificio, en una celda en otro piso.

Cuentos e historias de esa poco conocida época hay muchas y las hay de todo tipo. Hay heroicas, duras, las hay tristes, pero también hay de las otras, porque la historia la hacen las gentes, con su diario vivir. Esta es una de suerte.

Yo “atendía” así se decía en la jerga de la época, todo el interior del país desde la juventud comunista. Lo que hacía era ir “enganchando” a los núcleos de resistencia contra la dictadura. Para ir organizando la acción y la unidad contra ésta y por la democracia.

Eso suponía, orientar, llevar las novedades de la resistencia y de lo que pasaba con las organizaciones y la solidaridad en el exterior, planificar acciones en el sentido de derrotar el régimen de acuerdo a la orientación general y las condiciones materiales concretas de cada lugar. Ahí nos juntábamos desde las comisiones barriales, los clubes sociales, gérmenes de sindicatos, de organizaciones gremiales estudiantiles, articulación con todos los partidos que estaban contra la dictadura, por supuesto el Frente Amplio, el Partido Comunista y la Juventud Comunista.

Una nohecita de invierno, del año 1982, quedamos en ir a reunirnos con los compañeros de Florida. Habíamos arreglado con Gabriel el muy joven responsable de la UJC allí. Cómo llegar, dónde encontrarnos y las reglas de seguridad, para asegurar, no caer presos y que la organización continuara.

Acordamos unos días antes aquí en Montevideo, en otro encuentro por supuesto clandestino, que tomaba el ómnibus de las dieciocho horas y me bajaba ya de noche en la ruta 5 y la ruta 12.

Haríamos la primera reunión con los jóvenes de ahí en una chacra toda la noche y yo volvería de mañana sin haber entrado a la ciudad de Florida.

Gabriel me explica para reconocer el lugar que antes hay una bajada y el cruce queda cuando comienza el repecho, así que yo tenía que pararme

y acercarme a la puerta del ómnibus cuando empezaba la bajada, de ahí veía perfectamente la señal de seguridad, “...un auto con los focos encendidos, estacionado al costado de la ruta,...” esa era la señal para bajarme.

Cuando me acerco al lugar donde debía bajarme, aclaro en el medio de la nada y de noche, me paro y me acerco a la puerta del ómnibus, efectivamente veo el auto y los focos encendidos, me bajo. Llevaba un morral de lona verde, en aquella época se usaban, no se usaban como ahora las mochilas, eso, era solamente para ir a acampar. Bueno el morral lleno de material, Liberarse, Carta, bueno, de todo. Cuando me bajo el auto no era el de los compañeros, era de la policía caminera, ni rastros del auto que me iba a buscar.

¡Se imaginan! Cuando me bajo y veo el patrullero!

Les digo buenas noches! Los policías contestan y quedo paradita al lado de ellos mirando hacía la ruta, pensando que hacer.

Al rato veo que prenden el auto y yo rápidamente me acerco y les pregunto si van para Florida, me dicen que sí, les pregunto si me llevan y me contestan, ¡ por supuesto no la ibamos a dejar ahí!.

Subo al auto yo y el morral lleno de materiales! No puedo transmitir el miedo que tenía, me había metido solita en la boca del lobo.

En ese momento pongo en acción una coartada y les pregunto, si esa era la ruta 56, me dicen no, esa era la ruta 12. Ah! les contesto, me equivoqué, yo tenía que bajar en la 5 y la 56. Me dicen: te equivocaste seguro, te tenías que bajar en la rotonda de entrada a la ciudad! Nosotros decíamos que hace esta chica en el medio de la nada y sola! En la rotonda hay un parador y una estación de servicio y es la entrada a la ciudad, para el otro lado esta “La Piedra Alta ” .

Claro que yo sabía lo de la otra ruta y la entrada a Florida y de la existencia de la rotonda, un lugar más “normal” para que se bajara una

chica a las siete de la noche. Eso queda a unos 5 km de donde estábamos. Esa era una de las coartadas, nunca había tenido que usar una! Fue mi debut. La mezcla de miedo, dominio y sangre fría fue una experiencia que me generó una sensación que nunca más experimenté.

También sabía que en el medio del trayecto había una comisaría. Con un susto terrible, pues no sabía si me estaban creyendo, pasamos la comisaría, me empiezan a preguntar a donde iba, les contesto a una fiesta en una chacra, entonces dicen: ah! vas para lo de fulano, si, sí, les digo, se rien, me cargan un poco y me bajan en la rotonda. Con el compromiso de que al otro día cuando me fuera, - les dije que me iba a las 17 horas el horario de otro ómnibus -, me bajara y los fuera a saludar, porque ellos de nuevo hacían el turno de la tarde en el mismo lugar la 5 y la 12. Se imaginan que yo les alimentaba esa fantasía para que me bajaran en la rotonda, no me detuvieran, no me revisaran y no me violaran. Lo de la fiesta en la chacra era un invento, parece que tuve otro poco más de suerte, pues había una fiesta en una chacra de un fulano conocido.

Me bajan, entro en el parador a preguntar por el próximo ómnibus que volvía a Montevideo, pasaba en media hora, bueno ya tenía algo resuelto, lo siguiente era deshacerme del morral, salgo a la ruta me paro enfrente, había una gran cuneta y tiro el morral, por si vuelve el patrullero, o pasa una camioneta del ejercito, etc. A todo esto ya eran como las 9 de la noche, y veo a Gabriel en una motito, sin luces buscándome, casi lo mato! Pobre había ido al lugar estaba la caminera y se había ido, después buscó la moto y salió a rastrear, le conté mi peripecia, recogimos el morral, subí a la motito y terminamos en la chacra haciendo la reunión y yo volviendo al otro día, de mañana. Fue una noche de suerte, además quedaron enganchados los compañeros y compañeras de Florida.

Los finales de la década de los sesenta eran de una gran movilización de los estudiantes en la lucha por el boleto.

Existía un subsidio para el boleto estudiantil, lo que significaba un alivio para los padres de decenas de miles de estudiantes, en especial para los hogares más modestos debido a la carestía y la inflación que llegó a 180% en 1968.

La Intendencia Municipal de Montevideo había anunciado la suba del boleto. Fue una razón para que el estudiantado comenzara una oleada de protestas. Se hacían asambleas en los centros de estudio y las movilizaciones, ganaban las calles.

Comienza la época de estudiantes apaleados, baleados y asesinados. Es el momento de la introducción de la tortura.

El enfrentamiento con la policía en las calles iba en aumento. Los cortes de calles con cubiertas prendidas fuego, o lo que fuera, en ese enfrentamiento desigual.

Se logró frenar ese aumento del boleto con la lucha en las calles. Pero las protestas continuaron, ocupando liceos y facultades, con movilizaciones, en reclamo de un boleto gratuito para todos los estudiantes. Surgió la consigna “estudiantes a luchar por boleto popular”.

En el liceo 14 de 8 de octubre y Propios (Hoy José Batlle y Ordoñez) estábamos haciendo una movilización por la calle Propios, el liceo tiene entrada por las dos calles. Como siempre utilizábamos ciertos criterios de seguridad, compañeros se apostaban en las esquinas más próximas, para vigilar y dar aviso si venían los milicos. Estábamos tranquilamente repartiendo volantes a los vehículos que pasaban.

No reparamos cuando un camión totalmente cerrado estacionaba por la otra vía, frente al liceo. Se abrió una puerta lateral y comenzaron a bajar milicos palos en mano, fue el desbande. Muchos compañeros estaban más lejos de la puerta que los milicos. Fue una desenfundada carrera para llegar hasta la puerta ya que considerábamos que dentro del liceo estaríamos a salvo. Alguien abrió la puerta de par en par para una

mejor entrada. Detrás nuestro entraron los milicos repartiendo palo, era común las violaciones de los centros de estudio. Uno de los milicos, que razonaba un poco, trataba de detenerlos y sacarlos.

En la refriega, uno de los milicos perdió la gorra que quedó en nuestro poder luego de cerrada la puerta del liceo. Quedamos sitiados por la policía dentro del liceo. Fueron momentos de preocupación de nuestra parte, ya que no podíamos salir sin que nos detuvieran, además teníamos un trofeo en nuestro poder que podía significar un arresto a rigor al que perdió la gorra, o alguna sanción mayor.

Ahí apareció el director del liceo, Ramiro Mata, (Tampoco estaba de nuestro lado). Hizo el papel de negociador, devolveríamos la gorra a cambio de que nos dejaran salir sin que nos ficharan. Fue así que llegamos a un acuerdo, siempre desconfiando, pero lo aceptamos.

Comenzamos a salir en pequeños grupos tratando de perdernos entre los transeúntes por Ocho de Octubre. Muchos con algún recuerdo en el lomo.

Fue en el año 1975, el “año de la Orientalidad”. Yo era locutor contratado en la emisora del SODRE.

En aquella época de dictadura, cada tanto se irradiaban “Comunicados” numerados de las Fuerzas Armadas, con el invariable agregado de “de carácter informativo”, donde se informaba de detenciones, o bien de resoluciones, o decretos u Ordenanzas. Como se trataba de que la información fuera para todo el país- a la manera de las Cadenas Nacionales-, todas las emisoras televisivas se enganchaban en paralelo con Canal 5- emisora oficial-, y en radio, con la frecuencia de CX 6, del SODRE.

Al edificio del SODRE- entonces ubicado en Mercedes y Andes, donde funcionaban las tres emisoras estatales (CX 6, CX 26 y CX 38), y, además la Discoteca, la Cinemateca, el Cuerpo de Ballet y las ruinas de lo que fue la Sala-, llegaba un jeep escoltado, de donde bajaba un oficial y un soldado llevando la cinta grabada con el mensaje del día, y el mismo mensaje impreso en papel, por si había alguna falla.

La falla se produjo un día de mayo o junio. Entró a la parte de radiodifusoras el consabido oficial y el consabido soldado a hacer irradiar la cinta grabada. Nunca supe en qué había consistido, pero no hubo manera, y entonces el técnico de sonido me avisa por intercomunicador que la cinta no se podía reproducir y que yo tendría que leer al aire el texto. Podíamos vernos a través de vidrios gruesos, y la cara era de preocupación.

En ese momento entra corriendo a la cabina que yo ocupaba el oficial, con la cara descompuesta y me entrega dos hojas de papel escritas a máquina y me dice: “¡Lea!”

Manteniendo la tranquilidad, agarré los papeles y esperé a que terminara la marchita militar que abría invariablemente la comunicación, hasta que el técnico me hizo la seña consabida de que podía empezar a leer. El oficial de marras se ubicó detrás mío y yo me concentré en la lectura.

Se trataba de algo absolutamente anodino- un general sustituía a otro en algún organismo creado por y para ellos, y en otro organismo, un coronel era sustituido por otro, y así, pero así y todo, lo leí con la voz más impersonal que podía usar.

Cuando terminé de leer, me moví para devolverle los papeles al oficial y entonces vi que guardaba la pistola en la cartuchera, agradeció (?) y se fue.

Después que se fueron los milicos, el técnico de sonido me comentó que durante toda la lectura me estuvo apuntado con el arma, en previsión de vaya uno a saber qué acto subversivo de mi parte. A él lo apuntaba el soldado con el fusil.

Cuando terminó el turno nos fuimos al bar a tomarnos una grappa reparatoria.

Hace un tiempito que no se queda en su casa por seguridad.

Se enteró por los compañeros que en la cartelera del casmu 1 avisaban que no fuera por su casa, que había una ratonera.

Entonces va por la casa de su madre y le pide que se dé una vuelta por su apartamento y le hace una lista de cosas para que le traiga.

Su madre le pide que cuide a uno de sus hermanos chicos que está en cama. Ella queda allí, y será una de esas casualidades, llaman por teléfono y ella contesta. Es una compañera que le dice si no puede ir por la facultad de derecho a diagramar un pasacalle.

Esas cosas del destino, piensa que no pensarán que pudiera estar en ese lugar...entonces convence a su hermanito que se quede solo y no le diga nada a mamá que se fue.

Ella confía en su hermanito, él nunca contaba las fechorías que ella hacía, como fumar.

Muchos años después fue que se enteró que a su madre la detuvieron en el apartamento y la llevaron a su casa, se llevaron a su hermano que estaba en cama y a la madre a jefatura donde la cachetearon. El nene, acostumbrado a no decir nada de mis cosas, no abre el pico. Los llevan nuevamente a su casa y les dicen que la entreguen para evitar que la maten.

El ingenio criollo es infinito. La madre comienza a tirar desde la cocina papelitos al vecino de al lado (Metalúrgico); y él manda a sus hijos y otros niños a recorrer la manzana y decirle que no se acerque.

Se va con lo puesto.

En una facultad se encuentra con un compañero que le da una cédula de una chica de Salto y una dirección donde quedarse. Le pide se encuentren en una semana, que le dará un pasaje para Buenos Aires.

La encantadora pareja de viejos que la recibe en su casa no tiene ropa adecuada a una chica flaquita.

Para conseguir ropa es otra historia; la solidaridad de los uruguayos es infinita.

A la semana se fue en el vapor de la carrera con una chaqueta y un gorro en forma de cilindro, muy a la moda, de piel mouton dore (oveja), pollera justa atada en la cintura, tacos altos

Esto sucede en el marco de la huelga general

Llega a Buenos Aires, y días después de estar instalada allí es requerida en Montevideo con sus fotos en los diarios y los canales.

-“Que la dejen ir al baile sola, solita y sola, solita y sola, que la dejen ir al baile sola...”

Escucha la canción de moda que desde lejos vienen cantando entre carcajadas burlonas y divertido desparpajo. No son jóvenes a la salida de un baile, son los oficiales de Infantería que le anuncian que vienen para ella, una asustada muchacha embarazada. Es la canción con la que le hacen saber que vuelven a interrogarla. Cada hora que pasó, esperó no volver a oírla. Pero allí están otra vez.

“Vienen”, piensa y al temblor por el frío de agosto con escasa ropa se suma el temblor del miedo.

Se levanta del piso, se sube la bufanda que a modo de venda le han puesto sobre los ojos. Los sentidos despiertan y el corazón bombea más rápido.

En esos días ha aprendido a escuchar, percibir, intuir. A interpretar acciones por las inflexiones de la voz o las intenciones por la fuerza del golpe al cerrarse una puerta. Sabe cuando es noche por el silencio y sabe del día por los sonidos propios del cuartel. La barrera de la entrada, que se sube y se baja dando paso a los vehículos que entran o salen, las voces de mando, las armas, la trompeta, el ruido de las botas sobre el hormigón.

El cerebro funciona a toda máquina. Qué cosas decir; qué cosas no decir; qué cosas decir que no lleven a lo que no quiere decir. Ha oído la canción muchas veces y la puerta golpearse contra la pared cada vez que han venido a hacerle las mismas preguntas

-“¿Dónde estuviste?”-

-“¿Con quién te veías?”-

-“¿Quién es tu contacto?”-

Hace días que está sentada en el piso de la pequeña habitación. Interminables, de cortos sueños involuntarios. Quiere estar siempre alerta y poder manejar sus pensamientos. A veces no domina el cansancio, cabecea. Ha probado todas las estrategias: el llanto, el grito, el silencio, las mentiras o verdades a medias.

Entran. Le parece que son tres o cuatro. Le dicen que se desnude y ella no se mueve. Uno, el de voz fina, le sube el vestido maternal hasta dejárselo colgando del cuello como una larga chalina. La manosean, la golpean y las mismas preguntas una y otra vez. Se les acaba la paciencia y esperan respuestas. No hay más chances, no más tiempo para estirar.

- "Decinos la verdad de una vez o la vas a pasar mucho peor- le baja la bufanda y le muestra una batería de auto- Deberías cuidarte más en tu estado"- le dice el que canta y la patada en el tobillo la hace trastabillar.

- Lo que te pase ahora, será tu responsabilidad- añade con sorna-.

Toma la decisión. Su verdad tiene que ser dicha en el momento adecuado. La intuición y los sentidos encendidos, le hacen calibrar todas las posibilidades. Se deja insultar y pegar un rato más.

- Basta, por favor!- y con voz apenas audible - tengo un contacto.-

El de voz fina comienza con las preguntas que son respondidas a regañadientes.

- Los encuentros están fijados para todos los días a las 3 de la tarde en Carlos Roxlo- dice ella.

Con el mismo ímpetu que entraron salen golpeando la puerta.

Han transcurrido horas, no tiene noción de tiempo pero llegan a buscarla cuando ya creía que estaba salvada.

La suben a un auto los mismos diabólicos jóvenes alegres que ya conoce y que ahora tienen caras.

Descubre que el que siempre conduce los interrogatorios tiene un bigote tan fino como su voz.

- Te vamos a bajar y vas a caminar a lo largo de Roxlo. Un solo gesto que dé aviso a tu contacto_ y está descartado el intento de escapar,_ y te meto un chumbo en la cabeza. Voy atrás tuyo-

Camina lentamente por la vereda tratando de retardar lo inevitable: llegar a Galicia sin haber visto a nadie. Al final, el de la voz de flauta la hace caminar de regreso hacia Dieciocho. El mismo resultado. Nada. Sin una palabra la suben al auto que la lleva de regreso al cuartel.

- Nos mentiste- le dice

- No mentí, -se plantó firme porque lo que diga tendrá consecuencias,- hace días que me detuvieron, se habrá enterado, es lógico que piense que pasó algo.

- Vos me hablás de lógica! ya vas a ver la lógica nuestra!

El ruido del portazo queda flotando en el espacio iluminado de la sala de enfermería donde la dejan.

Cuando comenzaron las actividades de la mañana siguiente, la trasladaron a vivir con el resto de las detenidas y no le hablaron más del contacto fallido.

Hay veces que la mentira suena a verdad.

Si aquella noche fría de agosto hubiera dicho la verdad, no se la habrían creído.

El Gigante de Ojos Azules

A la "Canaria", obrera, militante, compañera.

A pesar de la altura del año en que estábamos, la mañana había comenzado muy fría, helada.

Llegamos a la fábrica en dos vehículos .

Diez compañeros.

Dos choferes permanecen en los autos. Los demás, tal como estaba establecido nos dirigimos a la puerta principal del local.

Eran las 12 en punto.

Sonó una sirena indicando el comienzo de la media hora de descanso.

Era la señal.

Entramos.

Íbamos fuertemente armados.

El portero no ofreció resistencia alguna, le explicamos quienes eramos, a que veníamos y él con una amplia sonrisa nos franqueó la entrada.

Era una pequeña fábrica textil de unos ciento cincuenta trabajadores, en su gran mayoría obreras.

Teníamos mucha información sobre la fábrica, incluso planos de la planta, por lo cual nos fue fácil ubicarnos en los lugares pre establecidos e ir llevando poco a poco a todos los trabajadores al comedor.

Los compañeros que cuidaban la puerta, con orden de no dejar entrar a nadie mientras el grupo estuviera dentro de la planta, dan la alarma de que se aproximaban siete u ocho personas.

Reforzamos la guardia y los dejamos entrar.

La situación era tensa.

Ellos, los recién llegados, miraban perplejos aquel grupo de muchachos con tantas armas.

Nosotros, los muchachos, estábamos un poco desconcertados. No habíamos previsto que llegara mas gente.

Inmóviles, en silencio, nos miraban sin salir del asombro, hasta que

alguien tímidamente balbuceó: “fuimos a comprar pan y mortadela”.

Volvió la calma.

Se unieron al resto que aguardaba en el comedor.

Estaba todo pronto, se leería una proclama a los trabajadores.

Me avisan entonces que una persona no quería ir al comedor. Voy a tratar de convencerlo.

Miré a aquel hombre.

Era enorme.

Pelirrojo, con una gran barba y unos grandes ojos azules.

Al acercarme para hablarle vi que lloraba.

Lloraba en silencio mirando lo que hacíamos.

Dijo entonces al abrazarme: “ no voy al comedor porque no tengo piernas, las dejé en Madrid, peleando por la República.

Gracias compañeros, me han hecho rejuvenecer treinta años.

Ve a hacer lo tuyo camarada”.

Una compañera leyó la proclama mientras otros repartían volantes.

Al finalizar se hizo un gran silencio.

Luego todos aplaudieron, nos abrazaban emocionados coreando consignas, nuestras consignas.

En medio de la algarabía, una obrera , corpulenta y decidida pidió la palabra.

Otra vez un silencio expectante.....

Seguidamente propuso invitarnos a compartir su almuerzo, aparecieron entonces unas enormes fuentes de tallarines con tuco.

Con gran dolor tuvimos que rechazar la oferta y retirarnos.

Ya fuera del local nos abrazamos y nos fuimos como habíamos llegado.

Era el jueves 8 de octubre de 1970, en Maroñas.

Habíamos querido homenajear al Che y a nuestros héroes de Pando.

Creo que cumplimos.

Veinte y pico de años después pude conocer a “La Canaria” y agradecerle aquella invitación a almorzar.

Indice

Te invitamos a contar	5
Prólogo	7
El conejo dentista Martín Ponce De León	9
El viaje Lucía Hadjez	12
La palomita Lucía Hadjez	14
Cuento del desarraigo Lucía Pérez De Sierra	15
Era la madrugada Sergio Gularte	19
FEUU en Chile Ernesto Domínguez	21
Mi primer día de escuela Laura Cafaro	22
Boiso Lanza Alvaro Jaume	25
12 años de experiencias Carmen Vernier	31
El negro Richard Hugo Rey	35
Tras la utopía Hugo Rey	37
Julio siniestro Ana Amorós	39
Terrorismo de Estado y algunas secuelas Juan Miguel García Lamas ...	44
La caída Jorge Ramada	49
Aquellos profesores Elizabeth Katzestein	53
1971 Baldemar Taroco	56
Bajo la capucha Myriam Garrido	59
Irma Hugo Bervejillo	60
Bugs Bunny Sara Ibarburu	62
Bidegain, la fuga Olga Machado	64
Pignoraticios Olga Machado	66
Fly Olga Machado	67
La sombra era el lugar Tatiana Oroño	68
Exilio Sara González	70

Estrategia para un fracaso Angel Juarez	73
El día que casi creo en Dios Angel Juarez	75
Un ratito de libertad de mentira, pero libertad al fin Angel Juarez	77
Como pájaros muertos Angel Juarez	79
Dignidad de mujer Chela Fontora	81
Entre tropezones y chascarrillos Carmen Vernier	83
Aunque usted no lo crea Carmen Vernier	87
Ahora, antes, después, ahora Atilio Escuder	91
Alimento espiritual Hugo Bervejillo	93
El 199 en el 74 Alberto Niño	95
Un eucaliptus muy grande Alberto Niño	96
El gallo frustrado Carlos Martell	97
Las hermanas Miguel Fernández	99
El traicionado Miguel Fernández	100
El italiano Miguel Fernández	101
El primer día de otra vida Felipe Rocha	102
En un hogar como tantos Carlos Martell	104
La clandestinidad en la 5 y la 12 Liliana Pertuy	105
La gorra Baldemar Taroco	108
Me lo contó un amigo Hugo Bervejillo	110
Se busca Susana Escudero	112
La verdad Carmen Maruri	113
El gigante de ojos azules Jorge Pérez Lutz	116

**Algunas publicaciones de
Ediciones del CRY SOL:**

**Del testimonio a la historia.
*Elizabeth Hampsten***

**¿Re-cuerdos?
*Lía Elizondo***

**Derecho a la Reparación
Integral de Violaciones a los
Derechos Humanos.
*Oscar López Goldaracena***

**Historias de la cana y la
represión.
*1er. concurso de cuentos
organizado por CRY SOL***

**Historias y testimonios de la
represión y la cana.
*2º. Concurso organizado por
CRY SOL***

**Crónicas de los Años Duros
(1968 - 1985)
*Primer entrega***

El terrorismo de Estado fue una experiencia traumática en la historia del país. Sus efectos, sus secuelas, siguen siendo visibles, se evidencian, se palpitan, se viven, se siguen transmitiendo de generación en generación. Los relatos de ese pasado siguen siendo necesarios y valiosos. A un grupo importante de ex presas políticas violentadas durante ese período, les demandó más de 25 años poder asumir públicamente el relato de lo ocurrido. Lo hicieron al amparo de la fuerza que brinda el calor del apoyo del colectivo para presentar una denuncia penal. Con enorme valentía y coraje asumieron el desafío de relatar en primera persona lo padecido. Un enorme esfuerzo para sanar el alma del futuro de la sociedad. Estas Crónicas es un nuevo esfuerzo editorial de Crysol para salvaguardar la memoria de lo ocurrido desde la perspectiva de las víctimas, de quienes vivieron "los años duros" y los padecieron. Recogen testimonios simples y sencillos desde distintas sensibilidades y experiencias de vida. Son, en gran medida, testimonios militantes para seguir forjando la memoria colectiva. Es un nuevo esfuerzo para que las futuras generaciones puedan interpretar más cabalmente la magnitud de lo ocurrido y el valor de la resistencia.

Gastón Grisoni